



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA**

**Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica
Especialidad de Historia de la filosofía y pensamiento contemporáneo**

**Trabajo Fin de Máster
LA ARQUEOLOGÍA DE LA VIDA EN MICHEL FOUCAULT.
Del descubrimiento de la vida al surgimiento de la biopolítica.**

**Autor: Manuel Carretero Chica.
Tutor: Cristina Rodríguez Marciel.**

Madrid, Septiembre de 2013.

RESUMEN

El concepto de biopolítica, central en la filosofía contemporánea, encuentra sus orígenes en la reflexión foucaultiana sobre la noción de vida. A partir del pensamiento de Georges Canguilhem y de las críticas hacia la Historia Natural, Foucault pudo establecer los fundamentos de su filosofía política y desarrollar un concepto de biopolítica capaz de cuestionar las actuales formas de gubernamentalidad, así como de replantear el lugar que le corresponde al sujeto moderno, como viviente humano, dentro de la estrategia desplegada por la racionalidad política contemporánea.

ABSTRACT

The concept of biopolitics, central to contemporary philosophy, finds its origins in Foucault's reflection on the notion of life. From Georges Canguilhem's thought and criticism of Natural History, Foucault could lay the foundation of his political philosophy and develop a concept of biopolitics able to challenge current forms of governmentality, as well as to rethink the place that corresponds to subject as human living within the strategy deployed by modern political rationality.

ÍNDICE.

1. INTRODUCCIÓN.	4
PRIMERA PARTE.	
FOUCAULT “CONSTRUYE” LA VIDA.	7
2. LA CONSTRUCCIÓN DE LA VIDA EN <i>LAS PALABRAS Y LAS COSAS</i>.	7
2. 1. La vida, entre la Historia Natural y la Biología.	7
2.2. El problema del orden en <i>Las palabras y las cosas</i> .	11
2.3. Organismos y funciones.	16
2.4. La irrupción de la historia en el estudio de la vida.	20
3. LA DISCONTINUIDAD HISTÓRICA.	26
3.1. Cuvier, Foucault y la vida.	27
3.2. Canguilhem, la discontinuidad y la filosofía del concepto.	38
SEGUNDA PARTE.	
CANGUILHEM INSCRIBE LA NORMA EN EL CAMPO DE LA EXISTENCIA.	44
4. LA EPISTEMOLOGÍA DE LOS CONCEPTOS EN CANGUILHEM.	44
4.1. La epistemología de los conceptos en Canguilhem y su proyección en Foucault.	44
4.2. Las concepciones de la enfermedad en el nacimiento de la medicina científica moderna.	47
4.3. La norma y su función.	54
4.4. La normatividad, entre la individualidad biológica y la subjetividad.	58
4.5. De lo vital a lo social.	62
TERCERA PARTE.	
PERSPECTIVAS CRÍTICAS.	67
5. LA VIDA Y LA NORMA EN EL NACIMIENTO DE LA BIOPOLÍTICA.	67
5. 1. El concepto de población en Foucault.	67
5.2. El concepto de salud y su proyección en las políticas contemporáneas.	72
5.3. Vida y muerte en las políticas contemporáneas.	77
6. CONCLUSIONES.	83
7. BIBLIOGRAFÍA.	87

1. INTRODUCCIÓN.

El interés de Foucault por la vida es algo que está presente en toda su obra. Desde *El nacimiento de la clínica* hasta los cursos impartidos en el Collège de France a partir de la década de los setenta, pasando por *Las palabras y las cosas*, el concepto de vida ha sido fundamental en su pensamiento. Por otro lado, la centralidad que la reflexión sobre la vida ocupa en la filosofía política contemporánea ha generado la presencia de conceptos como los de biopolítica, biopoder, tanatopolítica, o gubernamentalidad, por nombrar sólo unos pocos, cuya fuerza interpretativa casi ha logrado convertirlos en categorías de pensamiento. La nueva realidad sociopolítica exige colocar en un mismo plano la administración de la vida y la gestión gubernamental, con lo cual las dinámicas del saber y del poder se entrecruzan y dan lugar a una nueva forma de racionalidad política representada por sus dispositivos de control y de subjetivación. Por esta razón, la actualidad del pensamiento de Foucault nos hace conscientes del modo en que la racionalidad política contemporánea ejerce su dominio sobre todas las esferas de la vida y de cómo el sujeto es normalizado y regulado. Buscar las raíces de esta relación entre la vida y la política conduce, inevitablemente, a Foucault, quien desarrolla una genealogía de la biopolítica que problematiza las prácticas actuales de todo gobierno centradas en los seres humanos como especie viviente. Según lo expuesto, el siguiente trabajo tiene por objeto mostrar cómo el concepto de biopolítica, en su acepción foucaultiana, tiene su origen en la unión de las esferas de lo biológico y de lo político y social. Se trata de demostrar cómo algunos de los conceptos fundamentales de la filosofía política de Foucault tienen su origen en un interés inicial mostrado hacia las ciencias de la vida de los siglos XVIII y XIX y que le llevaron a “descubrir” la vida en la serie de conceptos que tanto la Historia Natural como la biología produjeron. Pero también se busca revelar bajo el suelo de las ciencias de la vida un movimiento articulado en torno a la fuerza de las normas y que tuvo en la figura de Georges Canguilhem a su mejor valedor. Con la intención de hacer comprensible una arqueología del concepto de vida y de su proyección en las prácticas políticas contemporáneas, el trabajo lo hemos dividido en tres partes.

En primer lugar es necesario plantear por qué para Foucault la vida no existe hasta principios del siglo XIX con la aparición de la biología. Reconociendo que la única existencia era la de los seres vivos, Foucault analizó en *Las palabras y las cosas*

las condiciones de posibilidad del concepto de vida, tal como lo entendemos actualmente. Para ello buscó dismantelar los fundamentos sobre los que la Historia Natural clásica se asentaba, introduciendo el concepto de vida como indicador epistemológico. Por esta razón, aceptando que Foucault “construye” el concepto de vida como un marcador epistemológico necesario para diferenciar la *episteme* clásica de la *episteme* moderna, encontramos detrás de este ejercicio histórico y analítico el origen de su posterior teoría biopolítica. Primero, porque Foucault reconoce en el esfuerzo taxonómico de los naturalistas de los siglos XVII y XVIII una intención clara de “ajustar” la naturaleza a una normalidad científica susceptible de ser utilizada. Segundo, porque si la biología se fundamenta sobre el concepto de vida más que sobre el de ser vivo fue por reconocer en el interior del viviente la invisibilidad de las funciones orgánicas y por aceptar que no existe ningún centro vital que origine lo que se llama vida, una afirmación que, creemos, tiene que ver con la teoría relacional del poder que propone Foucault. Y en tercer lugar, porque Foucault averiguó que el concepto de vida hizo su aparición cuando la discontinuidad histórica se introdujo en la investigación biológica y fue posible dar a cada organismo un tiempo en el que desarrollarse y un medio en el que moverse. De esta manera, Foucault empezará a elaborar su biopolítica desde el momento en que reconoce detrás de las prácticas científicas desarrolladas a principios del siglo XIX la clara intención de vincularse a un orden marcado por la racionalidad moderna, ya sea por lo que hemos denominado el efecto transversal de la nueva *episteme* o por la necesidad de todo viviente de darse normas.

En segundo lugar, si Foucault ha construido el concepto de vida y hecho posible hablar de biopolítica, ha sido porque Canguilhem ha inscrito la norma en el campo de la existencia. A nuestro juicio, la filosofía de la vida que mantiene Canguilhem en su obra influyó notablemente en Foucault quien, en *Las palabras y las cosas* y en algunos trabajos posteriores, refleja gran interés por la analítica de los conceptos que el autor de *Lo normal y lo patológico* desarrolló. Además de reconocer en la unidad del viviente propuesta por Canguilhem el sustrato en el que confluyen tanto la individualidad biológica como la subjetividad, y de aceptar en todo organismo vivo una normatividad interna creadora de normas, Foucault desarrolla sus reflexiones sobre los discursos sociales a partir del debate en torno a lo normal y lo patológico, y más concretamente, a la salud y a la enfermedad. Por esta razón, resulta inevitable no ver en Canguilhem la

guía epistemológica que permitió a Foucault elaborar tanto su arqueología como su genealogía de la racionalidad moderna.

Finalmente, el tránsito desde el análisis de la individualidad biológica a la subjetividad normativa o, lo que es igual, de la vida a la norma, viene marcado en Foucault por la tematización de una serie de aspectos centrales en su biopolítica y que son el resultado tanto de sus estudios sobre las ciencias de la vida de los siglos XVIII y XIX, como del estudio y asimilación de los grandes temas de Canguilhem. Nos referimos, por un lado, al concepto de población, heredero directo del debate evolucionista entre individuo y especie, y que le permitió a Foucault comprender en una misma noción la importancia del medio, la circulación y los mecanismos de control. Por otra parte, la dialéctica entre la normalidad y la patología que propuso Canguilhem fue esencial para entender el modo en que la biología moderna fue progresivamente *medicalizándose* y haciendo que el viviente humano tomase el concepto de salud como pastoral a la que ajustarse individual y colectivamente. Y por último, y desde el reconocimiento de la obra de Bichat, Foucault verá en las prácticas y en los dispositivos biopolíticos la clara intención de potenciar tanto el conocimiento de la vida como el de la muerte. A partir del despliegue del saber anatómico y fisiológico desarrollado en el siglo XIX, la racionalidad política contemporánea fue asimilando la unidad del viviente humano a sus programas ideológicos y estableciendo decisiones sobre cómo potenciar la vida o cómo eliminarla. De este modo, la simbiosis creada entre las políticas de la vida y las políticas de la muerte será para Foucault el rasgo característico de la racionalidad política contemporánea, una racionalidad que se muestra no solo en su forma de biopoder, sino que lo hace también como tanatopolítica y como anatomopolítica, es decir, como formas de dirección y de gestión tanto de la muerte como de los cuerpos tomados como unidades orgánicas. Por esta razón, la politización y administración de la vida que Foucault desarrolló a lo largo de su obra, y que denominó biopolítica, se ha proyectado en la filosofía política contemporánea, especialmente en las obras de Giorgio Agamben y de Roberto Esposito, hasta el punto de convertirse en verdadero paradigma interpretativo de las políticas neoliberales actuales.

PRIMERA PARTE.

FOUCAULT “CONSTRUYE” LA VIDA.

2. LA CONSTRUCCIÓN DE LA VIDA EN *LAS PALABRAS Y LAS COSAS*.

2. 1. La vida, entre la Historia Natural y la Biología.

Afirma Foucault en *Las palabras y las cosas* que «si la biología era desconocida, lo era por una razón muy sencilla: la vida misma no existía. Lo único que existía eran los seres vivientes que aparecían a través de la reja del saber constituida por la historia natural»¹. Tuvieron que darse una serie de circunstancias históricas y de condiciones epistemológicas para que la vida surgiese con su especificidad propia. Circunstancias y condicionantes que harán posible el surgimiento de un saber que ya no tendrá por objeto la mera clasificación de todo aquello que cae en el campo de visión del naturalista, perspectiva en cierto modo ingenua para el saber que está por aparecer. Para Foucault, la historia de la biología es la historia de un desplazamiento, el que va desde la mera denominación de lo visible hasta el reconocimiento de lo no-visible. También es la historia de una incisión, de una separación o distanciamiento, entre las cosas y las palabras; una ruptura que acarreará un cambio en aquel espacio en el que las cosas eran únicamente descritas y observadas. Pero antes de que la vida se muestre en sí misma en la historia de la biología, previamente a su exposición y apertura como saber, la Historia Natural ya habrá modificado y propiciado ese cambio en el lugar desde el que el sujeto observa y describe o, al menos, favorece el terreno a lo que vendrá después. A partir de una lenta confrontación con aquellos saberes que durante siglos habían permanecido arraigados en la cultura occidental y que contaban con la autoridad del pensamiento antiguo o medieval, la Historia Natural buscó reconocerse como depositaria del auténtico conocimiento de las ciencias de la vida. Ya no se trata de la simple y estéril erudición, de la cual hay que huir, ni de seguir los dictados de Galeno, el Aristóteles de la medicina. Todas las ideas surgidas durante siglos para explicar el funcionamiento de los seres vivos no eran más que eso, ideas, y de ninguna manera podían ocupar el lugar de la observación de los hechos. Así, el conocimiento de la vida tuvo que asumir una

¹FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, traducción de Elsa Cecilia Frost, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1997, p. 128.

estricta lógica para poder acercarse con paso firme a los seres vivos. Tuvo que ejercer su autoridad, tal vez de forma violenta, como dirá Foucault, para someter la heterogeneidad de los seres vivientes presentes en la naturaleza y poder reducirlos a un orden que permitiese la explicación de los mismos. El orden al que nos referimos se alcanza gracias al ejercicio clasificatorio que los naturalistas, sobre todo a partir del siglo XVII, irán perfeccionando y afinando con la meticulosidad propia del pulidor de lentes con el único fin de que todo ser vivo se ajuste al programa y pueda ser, de esta manera, leído y comprendido. Clasificar es dar existencia a cada uno de los seres vivos que entran en la reja del saber, es disponer en clases, según unos criterios absolutamente cambiantes, una serie de similitudes y diferencias que facilitan al naturalista la posibilidad de estudiar su objeto. Además, el acto de clasificar conlleva otra finalidad fundamental en el campo del estudio de los seres vivos, que no es otra que la jerarquización. La realidad se estructuraba según una jerarquía que, desde el siglo XVII, se ha venido a llamar “economía natural”.

El afán de investigación racional aplicada a las ciencias naturales hará posible el tránsito de la mera clasificación de los seres vivos a lo que podemos denominar una sistemática, sobre todo gracias a la obra de Linneo. Esta idea de sistema tendrá como objeto de trabajo las agrupaciones de los seres vivos, no dándose tanta importancia a nociones como las de jerarquía, pues ahora se trata de establecer otros criterios de distinción. Por otra parte, tendremos que destacar un acontecimiento que Foucault no pasa por alto. Se trata de la importancia que tuvo el hecho de que esta sistemática empieza con las plantas, adelantándose aproximadamente un siglo a la sistemática de los animales. Por esta razón se puede afirmar que fue el estudio de la botánica el que hizo posible que la Historia Natural pudiera definirse como saber. De una manera u otra y debido a la sencillez que se reflejaba en el mundo vegetal, la Historia Natural fue haciendo posible el proyecto inicial de aplicar la investigación racional al proyecto clasificador de los seres vivos. El problema vendría más tarde, cuando la sistemática animal se enfrenta a la dificultad de ordenar en grupos, órdenes y especies una enorme cantidad de seres vivos. Frente a la sencillez del mundo vegetal, el mundo animal se vuelve considerablemente más difícil de ordenar, hecho que se observará cuando los naturalistas tengan que realizar con los animales lo que los botánicos habían venido haciendo con las plantas. Ya no es suficiente con atender a unos pocos criterios de distinción. Sin embargo, será gracias al estudio de la morfología de los animales como

se accederá a lo que se ha denominado taxonomía, como saber que trata de los principios, métodos y fines de la clasificación. De esta manera, la Historia Natural no pasará de ser un saber meramente descriptivo que irá apuntalándose a partir de una voluntad de clasificar el orden de la naturaleza y de establecer relaciones sistemáticas entre agrupaciones de seres vivos y taxonomías. Sin embargo, ¿qué significa para Foucault la Historia Natural?, ¿por qué trata con tanto interés una época en la que, aparentemente, no se pasa de realizar una serie de descripciones del orden de la naturaleza y de discutir sobre los modos de proceder artificiales o naturales?

La Historia Natural, tal como la entiende Foucault, «no es otra cosa que la denominación de lo visible»². Ver y describir se presentan para Foucault como actividades que tienden a simplificar la realidad observada ya sea, en un principio, la planta o el animal. Se trata de alejarse de una visión demasiado amplia para centrarse en una serie muy limitada de valores observables. En la perspectiva de la Historia Natural, estos pocos valores observables serán suficientes para entender y, sobre todo, describir la estructura. Cada una de las partes mira al todo. La complejidad de lo observado se tornará descriptible precisamente por las relaciones de semejanza que entre sí adoptan sus partes. Esta perspectiva articula lo que puede ser visto y lo que puede ser dicho, pero lo hace dentro de la estructura que, «al limitar y filtrar lo visible, le permite transcribirse al lenguaje»³. Este proceso, que permite pasar de la cosa vista al lenguaje, ejercerá sobre todos los seres tal presión que llevará a que todos ellos tengan que pasar por el obligado filtro de la estructura para poder ser hablados. Como afirma Foucault,

La gran proliferación de los seres por la superficie del globo puede entrar, gracias a la estructura, a la vez en la sucesión de un lenguaje descriptivo y en el campo de una *mathesis* que será ciencia general del orden. Y esta relación constitutiva, tan compleja, se instaaura en la aparente simplicidad de un *visible descrito*⁴.

Lo que el filósofo francés realiza en *Las palabras y las cosas* al tratar la Historia Natural será, entonces, analizar el estatuto epistemológico de la misma. Si la vida ha sido construida, según la rotunda afirmación foucaultiana, es porque se ha realizado un trabajo previo en el que un ordenamiento discursivo ha operado en el desorden natural.

² *Ibíd.*, p. 133.

³ *Ibíd.*, p. 136.

⁴ *Ibíd.*, p. 137.

La existencia de los seres vivos se revela para los naturalistas de los siglos XVII y XVIII en la dialéctica que media entre el orden y el desorden. Lugar común en la historia del pensamiento occidental, podemos afirmar que no es factible pasar a la constitución de la vida como objeto de una ciencia posible, como objeto de la biología, si no atendemos a las fuerzas que buscan instaurar un orden en el mundo de los seres vivos. La biología, es decir, una razón de la vida como saber disciplinario, exige establecer una primera ordenación de los hechos naturales y dotarlos de historia.

Para Foucault, lo que verdaderamente facilita la aparición de la biología será la valorización de lo invisible. Semejante paradoja, el que un saber se convierta en saber precisamente por pasar de lo visible a lo invisible, dará lugar a la formulación de la biología como ciencia en el sentido moderno. Esta singularidad que se halla en los orígenes de la biología no puede omitir, por otro lado, que lo que la biología establece como criterio diferenciador con respecto a la Historia Natural será el concepto de vida. Sin embargo, «el concepto de vida no es un *concepto científico*; ha sido un *indicador epistemológico* del efecto que las funciones de clasificación, delimitación y otras tuvieron sobre las discusiones científicas, y no sobre su contenido»⁵. En la polémica con Noam Chomsky, televisada en 1971 en la televisión holandesa, Foucault será muy sintético al respecto de la formación de la biología como saber. Como todo conocimiento que busca diferenciarse de los demás saberes definiendo su identidad a partir de sus prácticas y sus objetos de estudio, para Foucault la biología encontrará en el concepto de vida un rol fundamental. Epistemológicamente, será a partir de la utilización de una serie de instrumentos cada vez más perfeccionados y de unas técnicas más elaboradas cuando aquello que para la Historia Natural no era más que un «vasto cuadro jerárquico que iba de los minerales al hombre»⁶, pase a mostrar «un campo entero de objetos, de relaciones y procesos que nos ha permitido definir la especificidad de la biología en el conocimiento de la naturaleza»⁷. Pese a que podamos ver en el concepto de vida el concepto responsable de la aparición de la biología, para Foucault esto no es así, pues parece tratarse sobre todo del resultado del desarrollo de “otros” conceptos. Como afirma Foucault

⁵ CHOMSKY, N., y FOUCAULT, M.; *La naturaleza humana: justicia versus poder*, traducción de Leonel Livchits, Buenos Aires, Katz editores, 2006, p. 14.

⁶ *Ibíd.*, p. 13.

⁷ *Ibíd.*, p. 13.

Me parece más probable que las transformaciones del conocimiento biológico de fines del siglo XVIII se demuestren, por un lado, mediante una serie de conceptos nuevos utilizados en el discurso científico que, por otro lado, dieron lugar a un concepto como el de vida que, entre otras cosas, nos ha permitido designar, delimitar y situar un cierto tipo de discurso científico⁸.

Más que como concepto, la vida aparece como un *valor* que discrimina entre la *episteme* clásica y la *episteme* moderna. Como indica Antonella Cutro, la vida «es lo que indica el umbral de la modernidad biológica»⁹. El tránsito de la *episteme* de la época clásica a la *episteme* de la época moderna será posible cuando el conocimiento sobre los seres vivos que los naturalistas de los siglos XVIII fueron desarrollando culmine con la aparición del concepto de vida. Este uso dado por Foucault al concepto de vida trascenderá su propia presentación como concepto para presentarse como herramienta epistemológica. En *Las palabras y las cosas* el concepto de vida alcanza un valor discriminante que no solo diferencia las dos epistemes sino que, además, como marcador epistemológico que es, lo que hace es replantear la cuestión de la visibilidad del saber, de la perceptibilidad de lo viviente. Se trata de mirar al viviente de otra manera, sin buscar únicamente la clasificación exhaustiva. Por esta razón, la noción de vida entrará en la modernidad biológica cuando la Historia Natural se reformule y reorganice conceptualmente con la aparición de nuevos conceptos y nuevas formas de observación. Será entonces cuando el concepto de vida pueda instaurarse en el centro del nuevo saber que es la biología.

2.2. El problema del orden en *Las palabras y las cosas*.

Como afirma Foucault en *Las palabras y las cosas*, «lo que hace posible el conjunto de la *episteme* clásica es, desde luego, la relación con un conocimiento del orden»¹⁰. La noción de *episteme*, según la propone Foucault en *Las palabras y las cosas*, se define por su relación con el orden. Además, siempre mantendrá con la cultura de una época determinada una relación muy estable pues «sólo hay siempre una *episteme*, que define las condiciones de posibilidad de todo saber, sea que se manifieste

⁸ *Ibid.*, pp. 13-14.

⁹ CUTRO, A.; *Technique et vie. Biopolitique et philosophie du bios dans la pensée de Michel Foucault*, Paris, L'Harmattan, 2010, p. 35. Traducción propia.

¹⁰ FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas, op. cit.*, p. 78.

en una teoría o que quede silenciosamente investida en una práctica»¹¹. No se trata aquí de hacer una historia del concepto de *episteme*, central en *Las palabras y las cosas*, ni de entrar en el debate que el concepto generó. Lo que sí que resulta pertinente para nuestro propósito es resaltar la importancia que para Foucault alcanza la noción de orden y cómo dicha noción se debe entender desde la idea de *episteme*. Una idea que el propio autor irá abandonando progresivamente, para terminar sustituyéndola por el concepto de sistema y, más allá, por los conceptos de dispositivo y práctica cuando analice los saberes ético-políticos.

Una de las cosas que Foucault pone de manifiesto en *Las palabras y las cosas* es la importancia del orden. A partir del concepto de *episteme*, como herramienta epistemológica capaz de relacionar entre sí distintos fenómenos y distintos saberes científicos, el concepto de orden alcanzará una importancia central en su discurso. Ya sea por la necesidad de los naturalistas de los siglos XVII y XVIII o por tratarse de un hecho que podríamos calificar de antropológico, lo cierto es que el concepto de orden ha determinado el modo que tiene una época de comprenderse. Cuando más arriba hemos señalado que el propio Foucault entiende la *episteme* como la forma que tiene una época de definir las condiciones de posibilidad de todo saber, lo que subyace a esta afirmación no es otra cosa que la necesidad que toda sociedad tiene de *ajustar* la realidad a su lenguaje. Es acomodar la realidad natural a la realidad del lenguaje. El ajuste se realiza, primeramente, a partir de la humana voluntad de clasificación, que constituirá la función clave de esta ordenación de los seres vivos. Clasificar, como afirma Sabot, «es establecer un sistema de identidades a partir de una ordenada red de diferencias»¹², es establecer el cuadro sobre el que comprender la realidad a partir de una dialéctica entre lo que se le aparece al naturalista y lo que éste añade. Este nuevo lenguaje, un lenguaje crítico, se constituye en la marca del *desenganche* con la *episteme* clásica. Por otra parte, esta transformación del saber, que abarca la realidad natural de las cosas, afectará también al conocimiento. Como dirá Sabot, refiriéndose precisamente a la noción de *desenganche* implícita en *Las palabras y las cosas*, «lo que atañe al acontecimiento de la ruptura epistemológica es esa experiencia histórica del orden que, desde el siglo

¹¹ *Ibid.*, p. 166.

¹² SABOT, P.; *Para leer Las palabras y las cosas de Michel Foucault*, traducción de Heber Cardoso, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, p. 47.

XVII, se basaba en una cierta relación de la representación con lo que en ella se da»¹³. Una cesura que señala también un cambio de perspectiva antropológica, pues ahora el hombre aparecerá en el orden del saber haciéndose subsidiario de una serie de saberes que tratarán sobre él. Así, el concepto de orden adquiere progresivamente una relevancia que irá marcando el debate en torno al modo de comprender la realidad de los seres vivos, entre los que se encuentra el viviente humano.

Para Foucault, el debate sobre los modos de clasificación de los seres vivos es algo más que un enfrentamiento entre naturalistas, pues lo que se está construyendo es todo un programa que se proyecta más allá de su época. En el acto de clasificar, Foucault verá la violencia implícita que toda sociedad realiza en su búsqueda por someter al rigor de un esquema una realidad externa que, en un principio, no se presenta ordenada. Todo lo contrario, esta realidad se muestra amenazante, huidiza, por el simple hecho de mostrarse en su autenticidad física. El juego que los esfuerzos taxonómicos del siglo XVIII estaban representando no tenía otra finalidad que *normalizar* la realidad. Así, en su esfuerzo por separarse de un estado de desorden sobre el que el hombre debía intervenir, las sociedades que Foucault enmarca dentro de la *episteme* moderna lo que están desplegando es, a su manera, una suerte de *normalización de la naturaleza*. Casi podríamos decir que se trata de un acto disciplinario pues, como muy bien entiende Foucault, hasta lo monstruoso debe ocupar un lugar en relación a lo normal, asumiendo que clasificar es una manera de corrección.

Durante el siglo XVIII, la cultura occidental asistió a un debate en torno a los modos de clasificación de los seres de la naturaleza. En su esfuerzo por hacer manifiesto el orden oculto de la naturaleza, la Historia Natural proporcionaría el espacio legítimo de saber sobre el que dos tradiciones plantearían sus visiones sobre el orden. Foucault muestra cómo, tradicionalmente, la Historia Natural ha tenido por objeto la descripción de todas las formas de la naturaleza, casi con un afán coleccionista. La investigación sobre las causas que hacía que esas formas actuaran como lo hacían quedaba al margen, perteneciendo al campo de la física. En este debate, la figura de Linneo aparecerá en el panorama intelectual de la época ofreciendo un sistema de clasificación que ha sido denominado como “artificial”, concebido fundamentalmente como propedéutica para la

¹³ *Ibíd.*, p. 71.

investigación científica y cuyo objeto era la clasificación y la recolección de datos. Basándose en el concepto de *estructura*, ahora se podrán describir formas complejas a partir de sus semejanzas. Por *acontecimientos* como estos, Foucault llegó a observar cómo las transformaciones de las ciencias de la vida, lo que más tarde denominaremos biología, son consecuencia de la aparición de nuevos conceptos. Y el concepto de estructura, leído con la óptica de Linneo, aportará a la Historia Natural el espacio teórico necesario para servir «espontáneamente de articulación entre lo que se puede ver y lo que se puede decir»¹⁴ ligando, además, el discurso de la Historia Natural con la *mathesis*. Al respecto, dirá Foucault que:

La gran proliferación de los seres por la superficie del globo puede entrar, gracias a la estructura, a la vez en la sucesión de un lenguaje descriptivo y en el campo de una *mathesis* que será ciencia general del orden. Y esta relación constitutiva, tan compleja, se instaura en la aparente simplicidad de un visible descrito¹⁵.

Por otra parte, la obra de Buffon será crítica con las sistematizaciones de Linneo y de Tournefort, asumiendo que la naturaleza tenía que ser interpretada a partir de una serie de relaciones y procesos espacio-temporales en los que se encuentran los organismos. La idea de una clasificación “natural” recoge la necesidad de aumentar el número de divisiones de los seres de la naturaleza para aproximarse a la verdad de la misma. No hay nada más que individuos, y toda construcción artificial, como puedan ser los géneros, los órdenes y las clases, no será más que un producto de nuestra imaginación. Pese a que el debate entre los modos de clasificación naturales y artificiales llegó a ser un tema que trascendería lo meramente científico, Foucault reconoce que los dos operan sobre la base de un concepto que es clave: el de especie biológica. El concepto de especie podría ser abordado a partir de algunas características, o bien, al modo de Buffon, valorando todos los caracteres. Si la estructura era el lugar de las identidades, el carácter será ahora el lugar de las diferencias. Foucault señalará que ambos sistemas de clasificación son necesarios, pues «no es posible alcanzar el sistema natural sino después de haber establecido con certeza un sistema artificial»¹⁶. Además, si lo que se pretende es ajustar al ser vivo a la cuadrícula del saber de la

¹⁴ FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 135.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 137.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 141.

Historia Natural ya hablemos de botánica o de zoología, ambos sistemas serán el reflejo de una continuo natural.

Esta continuidad natural, recogida también en la obra de Bonnet, representa una exigencia de la Historia Natural del siglo XVIII. Se trata de un requerimiento ante cualquier pretensión de orden que se quiera instituir. Para Foucault,

la continuidad de la naturaleza es exigida por toda la historia natural, es decir, por todo el esfuerzo por instaurar en la naturaleza un orden y descubrir sus categorías generales, ya sean reales y prescritas por distinciones evidentes, o cómodas y simplemente destacadas por nuestra imaginación¹⁷.

El problema del orden pasa a convertirse en la razón de ser de la Historia Natural del siglo XVIII. Un orden que sólo se puede garantizar sobre la base de una visión continuista de la naturaleza en la que los huecos, por ahora, no tendrán cabida. El continuo, que garantiza la repetición de la naturaleza, es la proyección de una escala jerarquizada que responde perfectamente a la idea de una Gran Cadena del Ser. Esta idea de continuidad que se refleja en la naturaleza es, para Foucault, una de las expresiones de la *mathesis universalis*, en cuyo empeño le va el proceder con el máximo rigor y precisión para poder comprender la práctica totalidad de los seres vivos que puedan ser observados lo cual, por otra parte, resulta imposible. Por esta razón, el debate de los naturalistas del siglo XVIII jugó con dos alternativas: tomar en consideración grupos de individuos semejantes para poder compararlos y establecer sus diferencias pertinentes o, por otro lado, considerar un grupo de rasgos y estudiar sus identidades y diferencias. Ya se acerque uno a la naturaleza a partir del sistema natural o a partir del sistema artificial, lo que debe quedar claro es que lo que se está representando no es otra cosa que el debate entre nominalistas y realistas, es decir, que se trata de poner el acento en el individuo o en una “clase” de individuo, «pues lo que en el fondo se dirime es si lo que existe, y debe ser objeto de conocimiento, son individuos o géneros y especies»¹⁸.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 148.

¹⁸ ARQUIOLA, E., y MONTIEL, L.; *La corona de las Ciencias Naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*, Madrid, CSIC, 1993, p. 158.

La importancia que el concepto de orden tiene para la filosofía de Foucault de cara a la formación de su concepto de biopolítica adquiere aquí un punto de inflexión, pues lo que parece interesar a nuestro filósofo no es tanto el componente histórico y polémico que supuso el debate en torno a los sistemas de clasificación sino, más bien, aquello que discurre silenciosamente bajo el cuadro de la época. La presencia de la *mathesis universalis*, como fuerza que impone el rigor y la precisión al conocimiento de los seres vivos e indica el camino a seguir de una ciencia de los seres vivos que tomará el nombre de biología. Esta fuerza, característica de la modernidad, que asume su modo de ser a partir de la *episteme* moderna como condición de posibilidad de todo saber y en el que todo se da, comprenderá la existencia de los seres vivos a partir de un único fin: entender las causas de su condición de viviente. La continua aplicación de la racionalidad moderna al estudio de los seres vivos irá mostrando la progresiva transformación del saber biológico y proporcionando, a la vez, una serie de conceptos que irán clarificando el lugar que le corresponde a la vida.

2.3. Organismos y funciones.

Sabemos por Foucault que:

Hasta fines del siglo XVIII, la vida no existía. Sólo los seres vivos. Estos forman una clase o, más bien, varias en la serie de todas las cosas del mundo: y si se puede hablar de vida es sólo como un carácter –en el sentido taxonómico de la palabra– en la distribución universal de los seres¹⁹.

La razón de que la Historia Natural no pudiera constituirse como biología se debe, continua Foucault, a que la naturaleza sólo se ha ofrecido a través de «la reja de las denominaciones»²⁰ en un continuo anterior al lenguaje que es, a su vez, condición del mismo. Razón por la cual «el naturalista es el hombre de lo visible estructurado y de la denominación característica. No de la vida»²¹. Sin embargo, será con los trabajos de Lamarck y de Jussieu que el carácter se transformará en un principio que resultará completamente *ajeno al dominio de lo visible*: «este principio es el de la

¹⁹ FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 161.

²⁰ *Ibíd.*, p.160.

²¹ *Ibíd.*, p.161.

organización»²² que, como afirma Foucault, permite que se comience a hablar «de cosas que tienen lugar en un espacio distinto al de las palabras»²³.

La vida surgirá como resultado del giro analítico hacia el interior de los seres vivos. Será el efecto del cambio en el mirar y observar, pero también del cuestionamiento del continuo de la naturaleza. La vida aparece también por oposición a lo no vivo. En este sentido, la dicotomía entre lo orgánico y lo inorgánico ofrecerá la diferenciación entre la vida y la muerte, esencial por otra parte al permitir «romper en su profundidad el gran cuadro de la historia natural»²⁴. Así, estos *acontecimientos arqueológicos*, que para nuestro filósofo son fundamentales, permitirán la entrada en otro ámbito completamente distinto del estudio de los seres vivos. Como afirma Foucault, «la transformación arqueológica que desemboca en la constitución del saber moderno consiste en un desplazamiento y en una redistribución de los elementos constitutivos del saber»²⁵. El estudio de la vida quedará enmarcado, pues, en lo que Foucault llama las *nuevas empiricidades*. Desde su punto de vista, «las cosas no llegarán ya a la representación a no ser desde el fondo de este espesor replegado en sí mismo»²⁶. Un repliegue que trastoca la relación clásica entre el objeto y el sujeto, y que permitirá la aparición de nuevos objetos de conocimiento. De esta manera, «la Vida, como forma fundamental del saber, ha hecho aparecer nuevos objetos (como la relación del carácter con la función) y nuevos métodos (como la investigación de las analogías)»²⁷. Para Foucault el giro arqueológico ha producido un acontecimiento de enorme relevancia para el estudio de los seres vivos: ha hecho posible que ese objeto “semitrascendental”, como lo denomina Foucault, establezca las demarcaciones epistemológicas para, a partir de él, poder establecer un campo de saber como es la biología.

Por otro lado, las condiciones que han permitido la posibilidad de ser de la biología han exigido el desarrollo de un concepto tan capital como es el de organización, concepto que para las ciencias de la vida de finales del siglo XVIII alude inevitablemente a la organización interna de los seres vivos. Afirmar que todo ser vivo

²² *Ibíd.*, p. 223.

²³ *Ibíd.*, p. 226.

²⁴ *Ibíd.*, p. 228.

²⁵ SABOT, P., *Para leer Las palabras y las cosas de Michel Foucault*, op. cit. p. 55.

²⁶ FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 246.

²⁷ *Ibíd.*, p. 247.

está organizado internamente a partir de un número determinado de funciones es hacer referencia a una nueva realidad que, en esta ocasión, escapa al cuadro de la representación. La organización interna de los seres, como es estudiada por Cuvier, requerirá obligatoriamente de un saber que, en este momento, resultará auxiliar para las ciencias de la vida. Se trata del estudio de la anatomía comparada. Como destaca Foucault, a la gestación del concepto de vida irán anexos nuevos métodos de estudio y nuevas técnicas de observación y de análisis. Pero todo ello no significará más que el establecimiento de lo inédito, es decir, de la construcción de la vida que, al igual que la producción y el lenguaje, «son modos fundamentales que sostienen en su unidad sin fisura la correlación secundaria y derivada de las ciencias y de las técnicas nuevas con objetos inéditos»²⁸. Se trata de modos a partir de los cuales el saber se reorganiza y permite la entrada a nuevas problematizaciones.

Para Foucault, el acontecimiento que sin duda marcará el advenimiento de las modernas ciencias de la vida y que tendrá lugar en las primeras décadas del siglo XIX, será aquel que indica que la vida está ligada a la noción de organización. Pero, por otra parte, esta noción de organización ha sido revelada y fabricada gracias a la anatomía comparada. Foucault no se cansará de repetir en *Las palabras y las cosas* que será la obra de Cuvier la que ofrecerá a la biología un nuevo espacio para los seres vivos. Con ello, la nueva exigencia que se impone al naturalista tendrá que ver ahora con un nuevo modo de mirar pues, más que observar las positividadades que se ofrecían a los sentidos, se trata de recorrer el cuerpo de los individuos y hablar de los órganos. Sin embargo, «el órgano era definido a la vez por su estructura y por su función»²⁹, lo cual lo situará en íntima relación con una estricta jerarquía de caracteres y con una subordinación funcional. En este sentido, la importancia de Cuvier será central. Para Foucault, «Cuvier liberó la subordinación de los caracteres de su función taxinómica, para hacerla entrar, más acá de toda clasificación eventual, en los diversos planes de organización de los seres vivos»³⁰. Lo que se está indicando con esto es que el *acontecimiento-vida*, tal como Foucault lo concibe, es la toma de conciencia de una gran ruptura, de la eliminación de la gran evidencia que durante tanto tiempo había ofrecido a la Historia Natural como valor explicativo y que no es otra cosa que el orden de las

²⁸ *Ibíd.*, p. 247.

²⁹ *Ibíd.*, p. 258.

³⁰ *Ídem.*

denominaciones, de esa red semántica que enlazaba a los seres vivos con el mundo a través de las taxonomías. Y el hecho que marca esa ruptura será algo tan impreciso como es la organización, un «lazo interno que hace depender las estructuras unas de otras»³¹ y que ha adquirido el rango de fundamento mismo de cualquier correlación que pueda establecerse entre las variables morfológicas y las funciones. Ese *ser abstracto* capaz de tomar distintas formas, como denomina Geoffroy Saint-Hilaire a la organización, alcanza tal grado de sutileza que lo que pone en juego es, nada más y nada menos, que la instauración de una nueva estructura cognoscitiva. La *episteme* moderna señalará el camino de un nuevo modo de conocer pues la naturaleza, que parece gustar de ocultarse, accederá de este modo a mostrar las relaciones “invisibles” que ella misma otorgó a cada una de las partes de los seres vivos.

De igual manera, para Cuvier la función adquirirá ese mismo matiz. Teniendo en cuenta que para el naturalista francés el órgano se somete a la función, Foucault volverá a señalar ese carácter incierto que la función posee. Cuando se establecen las semejanzas entre elementos disímiles para poder así clasificar, Foucault indicará que éstas sólo son posibles por la entrada en la operación de la «evidente invisibilidad de la función»³². Clasificar no consistirá en ligar lo visible consigo mismo a partir de la representación. Todo lo contrario, clasificar consistirá a partir de ahora en «relacionar lo visible con lo invisible, con su razón profunda, en un movimiento que hace girar el análisis, y después subir a partir de esta arquitectura secreta hasta los signos manifiestos de ella que se dan en la superficie de los cuerpos»³³. Frente al estatismo que la Historia Natural aplicaba al estudio de los seres vivos, el nuevo modo de mirar que ahora exige la Vida es verdadero movimiento. Su dinamismo se ejercita en los modos de clasificar la presencia de los seres en la naturaleza, pero también en la forma de establecer límites, relaciones y vínculos entre elementos que, en un principio, se mostraron a la lente del naturalista completamente ajenos entre sí. Por eso, no debe sorprender, como dirá Foucault, que la noción de vida se convirtiera en un concepto indispensable pues «era necesario poder apresar, en la profundidad del cuerpo, las relaciones que ligan los órganos superficiales a aquellos cuya existencia y forma oculta aseguran las funciones

³¹ *Ibíd.*, p. 258.

³² *Ibíd.*, p. 259.

³³ *Ibíd.*, p. 225.

esenciales»³⁴. El concepto de vida, que posibilita hablar de elementos y realidades presentes en un espacio ajeno al de la representación gracias a la instauración de los conceptos de organización y función, hará que la biología se convierta en uno de los saberes básicos de la racionalidad moderna. Así, soterradamente, la noción de vida entró en escena para convertirse en fundamento de todo saber que buscara conocer la esencia de los seres vivos. Pero, por otro lado, el concepto de vida hizo de plataforma giratoria para poder pasar a estudiar el ámbito de lo social y de los comportamientos colectivos a partir de la óptica de un poder capaz, ahora, de apropiarse del nuevo saber que la vida ha producido.

2.4. La irrupción de la historia en el estudio de la vida.

Concebir el concepto de vida fue, hasta finales del siglo XVIII, algo impensable. Si la Historia Natural se desarrolló a partir de los conceptos de clasificación, carácter y orden, la biología surgirá a partir de la construcción de la noción de vida y del entrelazamiento de la organización y la función. Como ya hemos indicado, más que como concepto científico, la vida resultará ser más bien un criterio discriminador entre dos épocas o, para ser más precisos, entre dos epistemes. Para matizar la importancia que adquiere el concepto tenemos que señalar que no es la vida, en sí misma, la que establece la diferencia entre los seres vivos, sino el hombre. Y es así porque la vida no se muestra como hecho evidente, como dato observable y objetivo, razón por la cual será el sujeto que investiga, el naturalista, quien la construya a partir del desarrollo de otros conceptos que la Historia Natural irá consolidando durante esta época.

Cuando la *episteme* clásica desarrolló una clasificación exhaustiva de todos los seres vivos presentes en la naturaleza para construir un saber enunciado como Historia Natural, lo hizo desde el dominio del criterio de visibilidad, es decir, a partir de lo exterior. La elaboración de su pensamiento girará alrededor de la evidencia y la perceptibilidad del ser vivo, no de la vida. Sin embargo, como apuntará Foucault en *Las palabras y las cosas*, tras la aportación de Cuvier al saber de las ciencias naturales, aquella estructura visible pasará a ser sustituida y se hablará de funciones, esenciales en todo ser vivo pero que no se muestran a la mirada del observador más que como abstracciones. Siguiendo esta argumentación, podemos afirmar que el concepto de vida

³⁴ *Ibíd.*, p. 224.

no es el que establece la diferenciación entre un ser y otro. Más allá de esto, la noción de vida busca “organizar la organización”. Pero, ¿qué tenemos que entender por organización? Antonella Cutro afirma que «el concepto de organización no designa una categoría de seres, sino que define la ley que rige ciertos seres y consiente a una de sus estructuras devenir en carácter diferencial»³⁵. Una diferenciación que, asegura, llevará a establecer los límites precisos entre lo orgánico y lo inorgánico así como la diferenciación entre la vida y la muerte. De este modo, lo que establecerá el concepto de organización y que será tan importante para el desarrollo conceptual de la noción de vida es la ley. Una ley que hace posible que una estructura ejerza de carácter diferenciador.

El ser vivo, comprendido a partir de las correlaciones establecidas entre una jerarquización de estructuras y las funciones vitales, dejará de presentarse como una realidad anclada en el espacio taxonómico estático que le permitía su existencia. Ahora se trata de aprehenderlo a partir de otras condiciones de existencia, dentro de un medio concreto, en un espacio de posibilidad que le asignará una serie de características definitorias y que ya no pertenecen exclusivamente al espacio continuo de la clasificación clásica. Por eso, a partir de una época que Foucault sitúa entre 1795 y 1825, la biología se constituye como ciencia con la entrada en escena de la historia. Se trata, como dice Foucault, de una época en la que «el modo de ser de la empiricidad ya no es la representación, tal como se ordena en el elemento del Discurso, sino la historia y la finitud del hombre»³⁶. A esto debemos añadir otro acontecimiento que durante todo el siglo XVIII contribuyó a la ruptura de lo evidente. Nos referimos al hecho de que durante todo este siglo, e incluso antes, el mundo fue surcado por viajeros naturalistas, de cuyas exploraciones trajeron materiales suficientes no solo para elaborar una geografía botánica y zoológica sino que, además, facilitaron también un mayor entendimiento de la diversidad del planeta en todas sus dimensiones. El viaje en sí mismo abrirá la puerta a un aumento progresivo del saber de las especies, haciendo posible que tras la acumulación de pruebas y descripciones se pudiera observar toda una geografía de los seres vivos. Así, «dado que cada viaje contribuye a la creación de un saber acumulativo sobre los seres vivos, surge un nuevo programa de investigación:

³⁵ CUTRO, A.; *Technique et vie. Biopolitique et philosophie du bios dans la pensée de Michel Foucault*, op. cit. p. 36.

³⁶ SABOT, P.; *Para leer Las palabras y las cosas de Michel Foucault*, op. cit. p. 55.

cómo se distribuyen las especies vegetales y animales por la superficie del globo»³⁷. Además, a este interés por la distribución de los seres vivos por el globo se unirá un concepto clave en la aparición del concepto de vida. Hará su aparición la noción de *medio*, espacio dentro del cual todas las especies adquirirán sus características esenciales como resultado de la interacción con una exterioridad determinante. La importancia del medio en la constitución de los seres vivos hizo posible que el tiempo jugara también un papel decisivo, pues «la geografía de los seres vivos debe interpretarse como el término actual de una historia de los seres vivos»³⁸.

Para Foucault, para que fuera posible hablar del tiempo de los seres vivos y, más allá, se pudiera entender la idea de evolución misma, se tuvo que romper el plano continuo de la Historia Natural. La organización de la diversidad de los seres vivos distribuida por la naturaleza exigía una disposición según un orden funcional que permitiese de este modo la relación del viviente con su medio, con aquello que le permitía su existencia. Acontecimiento fundamental, pues sólo así, «una vez suspendida la historia de las especies como sucesión cronológica de todas las formas posibles, lo vivo pudo, y sólo entonces pudo hacerlo, recibir una historicidad»³⁹. Como afirma Foucault, la nueva empiricidad, como realidad que impone una nueva forma de comprender la naturaleza de los seres vivos, «está atravesada ahora por la Historia y en todo el espesor de su ser. Comienza el orden del tiempo»⁴⁰. Por esta razón, que comience la vida en el momento en que comienza el orden del tiempo no dejará de parecernos una afirmación demasiado atrevida desde el punto de vista filosófico. En este sentido, el decir de Foucault quizá sea exagerado al hablar en estos términos pero, lo que no debemos olvidar, es el hecho tan evidente de que la biología, al constituirse como el saber que es, no puede obviar que es en el tiempo donde se desenvuelve la vida. Pero, al margen de estas disquisiciones, lo que en Foucault no deja lugar para ninguna disputa es el hecho de que «esta historicidad, en el orden de la biología, ha tenido necesidad de una historia complementaria que debería enunciar las relaciones del individuo y el medio; en un sentido, la historia de la vida es exterior a la historicidad de

³⁷ DROUIN, JEAN-MARC; “De Linneo a Darwin: los viajeros naturalistas”, en SERRES, M. (ed.); *Historia de las ciencias*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1991, p. 379.

³⁸ *Ibíd.*, p. 379.

³⁹ FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 286.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 287.

lo vivo»⁴¹. El ser vivo adquiere una historicidad que lo coloca en el orden del tiempo, de su tiempo, pero también hemos de reconocer que ese tiempo acontece en un lugar. Así, espacio y tiempo se constituyen, en la naciente biología moderna, como coordenadas que irán designando el lugar que le pertenece a cada ser vivo. La nueva ubicación que le corresponde al ser vivo a principios del siglo XIX será completamente distinta de aquella otra de siglos anteriores. Y será distinta porque ahora el estudio de los seres vivos no podrá prescindir, como ya hemos indicado, de las relaciones que estos establecen con su medio, lo que les proporciona la posibilidad de tener una historia de *su modo de ser* en ese espacio, es decir, de la forma en que les ha sido posible alcanzar su propio desarrollo individual. Por consiguiente, como bien observó Foucault, «la biología del siglo XIX avanzará cada vez más hacia el exterior de lo vivo, hacia su otro lado, haciendo cada vez más permeable esta superficie del cuerpo en la que se detenía antes la mirada del naturalista»⁴².

Reconocer en la exterioridad del viviente la condición de su propio proceso de individuación es, una vez más, pensar el límite. Este pensamiento del límite foucaultiano marca el carácter de la inscripción del viviente en la historia al permitir un cambio en la mirada del naturalista quien concibe la existencia del viviente dividida en dos superficies. Será posible transitar desde lo puramente biológico y físico a lo, por decirlo así, social. Relacionar lo social y lo vital. Pero para que esto haya sido posible, lo impensable se ha tenido que pensar. Por decirlo de otra forma, el concepto de vida, impensable para los naturalistas del siglo XVII y de la primera mitad del siglo XVIII, se ha tenido que integrar en el orden de los saberes que han ido emergiendo a finales del siglo de la razón y ajustarse a un sistema de reglas que ha señalado el modo de mirar la realidad, la empiricidad. Sin embargo, pese a esta exigencia, la vida reconocerá en el tiempo y en su propia exterioridad su fundamento. Dicha exterioridad, que le señala al ser vivo su condición de ser, podemos entenderla aquí como una realidad que, aunque ajena en un principio, le es consustancial. Y precisamente en este acto de unión entre el cuerpo físico y el cuerpo externo y social (lo que tenemos que entender como el medio físico), le irá al viviente la posibilidad de existir, una posibilidad que, evidentemente, viene marcada por cierto grado de indigencia inicial y de una incertidumbre estructural. Sobre este plano de inquietud, que nos hará avanzar siempre en guardia, tendrán que ir

⁴¹ *Ibíd.*, p. 288.

⁴² *Ídem.*

afianzándose las positividades históricas reconociendo, como afirma Potte-Bonneville, que:

La recurrencia de esta figura sugiere un vínculo estrecho entre el hecho de que los sistemas de pensamiento siempre tienen fisuras y el hecho de que un sujeto deviene en ellos quizá posible: no como instancia plena que daría sentido a la historia, sino como la asunción de los espacios que ésta abre, como la estilización de los problemas que plantea, como la confrontación con lo impensable que suscita y conlleva⁴³.

La historia no se presenta de forma absoluta, como una acumulación de acontecimientos que otorga orden y sentido a los mismos. Por el contrario, si el suelo sobre el que tiene lugar el advenimiento del saber es radicalmente incierto y cambiante, sometido al azar y a lo inexorable, debemos admitir un orden discontinuo y abierto, que admita las fisuras como parte del saber mismo. Foucault es perfectamente consciente del hecho de que la historia no avanza de manera continua; todo lo contrario. El viviente ya no se da en aquel espacio de la representación, espacio de las garantías y de las denominaciones. Ahora, «la vida se retira en el enigma de una fuerza inaccesible en su esencia, sólo apresable en los esfuerzos que hace por aquí y por allá a fin de manifestarse y mantenerse.»⁴⁴. La fuerza con la que la vida se manifiesta es directamente proporcional al grado de ignorancia que podemos tener de la misma debido, fundamentalmente, a que al situar dicho concepto en la historia, en su suelo, se torna resultado de numerosas variables, caprichosas casi siempre, que determinarán su esencia. Esta potencia de la vida, su fuerza, ligará a Foucault con Kant quien al mencionar lo sublime natural reflejará el enorme derroche de la naturaleza, en definitiva, de la vida. Para Kant, la *fuerza formadora* de la naturaleza, de la vida misma, permanece potencialmente como *insondable* y poco podemos decir sobre ella. Y menos aún de sus fines. En todo caso, su finalidad es interna. El enigma de los fines del que habla Kant parece recorrer toda la naturaleza, haciendo que esta se problematice a sí misma, se cuestione de otra manera. Por eso, como afirma Nancy,

[...] la cuestión de la naturaleza se ha transformado, por tanto, en la cuestión de un universo que ya no sostiene la acción creadora y ordenadora de una Providencia y, a un

⁴³ POTTE-BONNEVILLE, M.; *Michel Foucault, la inquietud de la historia*, traducción de Hilda H. García, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2007, pp. 19-20.

⁴⁴FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas, op. cit.* p. 267.

mismo tiempo, la de una finalidad que ya no guía la instancia o el índice de *un fin*: ni de un fin, en general, de un fin⁴⁵.

Ya no hay *donador*, una Providencia que asigne el sentido a los actos de todo ser. De este modo, podemos afirmar que «Foucault conserva, pues, de Kant ese gesto crítico de *soslayar la visibilidad de las cosas*, que las hace escapar al juego interno de la representación en dirección de lo que, fuera de ese juego, proporciona sus reglas»⁴⁶. Aceptará aquel modo de análisis que relaciona el saber con sus condiciones de posibilidad; condiciones constituyentes que otorgan a su arqueología la legitimidad necesaria para hablar del nuevo orden del saber. Un saber producido por un desencanche que permitió ordenar el conjunto de lo visible según un principio extraño al campo de lo perceptible y que reconocía en la historia el elemento en el que poder ajustar cualquier principio fundamntador del ser vivo. Sin embargo, la historia que concibe Foucault tiene determinadas consecuencias.

⁴⁵ NANCY, J.-L.; *La creación del mundo o la mundialización*, traducción de P. Perera Velamazán, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 64-65.

⁴⁶ SABOT, P.; *Para leer las palabras y las cosas de Michel Foucault*, *op. cit.* pp. 73-74. Cursiva nuestra.

3. LA DISCONTINUIDAD HISTÓRICA.

Para Edgardo Castro, la historia que propone Foucault tiene cuatro consecuencias: «la multiplicación de las rupturas, la nueva importancia de la noción de discontinuidad, la imposibilidad de una historia global, la aparición de nuevos problemas metodológicos»⁴⁷. De todas ellas la que más nos interesa a nosotros será la que afirma la importancia de la discontinuidad, y ello por dos razones. La primera razón reside en que si la vida aparece como una noción que al ir desarrollándose ha dado lugar a la formación de la biología, esto se debe a que ha tenido que romper con una visión poco dinámica del tiempo histórico. Ese tiempo histórico se mostraba de manera ordenada y ligado a una finalidad estructurante que ofrecía la razón de ser a las cosas. Frente a esta historia que se lee según la idea de continuidad, la discontinuidad histórica que podemos observar en la arqueología foucaultiana hará posible introducir el tiempo en el estudio de las ciencias de la vida para admitir el cambio en los seres vivos. En este sentido, la importancia que adquiere Cuvier para Foucault traspasará lo que, en un principio, podemos esperar de la interpretación que nuestro filósofo hace de la obra del naturalista. Foucault trabajará los problemas con los que se fue enfrentando Cuvier, especialmente los derivados de introducir la anatomía comparada en el estudio de los seres vivos, así como la relación que éste establece entre órganos y funciones. Por otra parte, la segunda razón por la que destacamos la importancia de la noción de discontinuidad reside en el hecho de que Foucault tomará esta idea de Canguilhem. Una idea que, en cierto modo, fue el resultado de un debate mayor establecido entre grandes epistemólogos de la ciencia francesa y que Foucault elaborará paulatinamente a partir de la apropiación de gran parte de ese mismo debate gracias a la influencia de Canguilhem. Por estas dos razones la incorporación de la discontinuidad histórica en el estudio de la vida hará de herramienta básica para entender no solo el origen de la biología sino que, además, nos posibilita un acercamiento más ajustado a la intención última de Foucault de establecer paralelismos entre el viviente humano y su determinación social.

⁴⁷ CASTRO, E.; *El vocabulario de Michel Foucault, Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2004, p. 91.

3.1. Cuvier, Foucault y la vida.

En un escrito de 1968, Foucault dirá que la discontinuidad es «un juego de transformaciones específicas, diferentes unas de otras (cada una con sus condiciones, sus reglas, sus niveles) y unidas entre ellas según esquemas de dependencia. La historia es el análisis descriptivo y la teoría de estas transformaciones»⁴⁸. De hecho, dirá Foucault, «la historia será “efectiva” en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro ser mismo»⁴⁹. Así pues, la noción de discontinuidad, introducida en el estudio de la historia y en los acontecimientos que se le presentan al sujeto y que lo interpelan directamente, más que ser una clave epistemológica se convierte en verdadero criterio filosófico para introducir el estudio de la “otredad” en lo más interno del saber moderno. Como nos recuerda Deleuze, «la historia, según Foucault, nos cerca y nos delimita, no dice lo que somos sino aquello de lo que diferimos, no establece nuestra identidad sino que la disipa en provecho de eso otro que somos»⁵⁰.

Las palabras y las cosas gira alrededor de una serie de transiciones, rupturas, miradas cruzadas y apariciones “inesperadas”. La historia que propone aquí Foucault responde precisamente a todo este conjunto de acontecimientos y estrategias. En primer lugar, porque la historia discontinua surgirá en un período en el que, como resultado de las aportaciones y los descubrimientos que la Historia Natural fue aportando al conocimiento de las ciencias de la vida, se fue entrando en otra *episteme*. Digamos que si la historia es legitimada en este período lo fue por haber abandonado, progresivamente, un escenario previo que impidió su aparición. Además, tenemos que tener presentes las rupturas y cortes epistemológicos que se fueron sucediendo a partir del último cuarto del siglo XVIII y que permitieron abandonos radicales de ciertas formas de concebir la realidad. A esto, Foucault añade el *efecto-transversal de la episteme moderna*, lo que significa que el paulatino desarrollo de otros conocimientos directamente relacionados con el estudio de ser vivo, como fue la fisiología y la anatomía comparada, sin olvidar otros como la geografía o la paleontología, verterán sobre las ciencias de la vida diferentes posicionamientos sobradamente relevantes y

⁴⁸ FOUCAULT, M.; “Réponse à une question”, en *Dits et Écrits I. 1954-1975*, Paris, Édition Gallimard, Col. Quarto, 2001, p. 708.

⁴⁹ FOUCAULT, M.; “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder*, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1979, p. 147.

⁵⁰ DELEUZE, G.; *Conversaciones*, traducción de José Luis Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2006, p. 154.

necesarios para su desarrollo. Y finalmente la irrupción “inesperada”, si podemos decirlo de este modo, de la vida. Impensada en un momento determinado de la historia, la vida “apareció” como resultado de una serie de dinámicas y de fuerzas que hicieron de ella el centro de la nueva mirada. Plantear el “problema de la vida” a finales del siglo XVIII y principios del XIX significó revocar toda una arquitectura que incluía en su base formas de conocer la realidad externa así como la visión que el propio sujeto tenía de sí mismo, su propia concepción antropológica. De esta forma, la historia propuesta por Foucault, es decir, una historia que tiene en la discontinuidad su fondo, vendrá a descubrir las relaciones que se fueron estableciendo entre ámbitos del saber en principio dispares pero que, una vez inmersos en el devenir del tiempo y de los acontecimientos, fueron consolidándose en función de las necesidades epistemológicas y conceptuales que entre sí estos saberes se demandaron.

Sobre la base de una discontinuidad histórica, el pensamiento de Foucault irá desarrollando y trazando las condiciones de posibilidad de la biología. O, al menos, de un tipo de biología. El carácter sintético que toma el concepto de vida irá adquiriendo cada vez más importancia en el pensamiento de las ciencias de la vida de la época, ya que lo que la ciencia de este período buscaba no era otra cosa que un principio que diera unidad al modo de proceder cada vez más empírico y experimental que ésta iba tomando. Si podemos decir con cautela que a principios del siglo XIX la biología busca afianzarse en el marco general de los saberes del hombre, debemos admitir también que ésta no hubiera sido posible si no es por el empuje que tomó la idea de historicidad con la que los seres vivos eran comprendidos ahora. La perspectiva histórica, aplicada a las ciencias de la vida y de la tierra, vendría a oponerse a consideraciones fijistas que negaban la posibilidad de admitir el tiempo y el cambio en la naturaleza. Con esta historicidad de fondo, el enunciado que para Foucault recorre toda la génesis de la biología está muy claro, y no es otro que el que afirma que cada organismo es producto de su historia y por ella se explica. Asumir este principio será decisivo tanto para Foucault como para nuestro propósito ya que justificará los huecos existentes dentro de lo que, en la llamada Gran Cadena del Ser, quedaba excluido. Esto no significa otra cosa que admitir una nueva realidad que considere eso que había señalado Deleuze, es decir, “lo otro que somos”. En el pensamiento de la discontinuidad foucaultiano los huecos siempre estarán justificados ya que son el resultado de transformaciones que las especies han obtenido en su interacción y adaptación con el medio. Para la antigua

Historia Natural, los seres vivos que no se podían ubicar en un continuo eran asimilados a otras especies por la reja de las denominaciones o, directamente, obviados y ubicados en ciertas penumbras explicativas. Precisamente por esta razón, la importancia del planteamiento de la discontinuidad con el que Foucault interpreta la historia de las ciencias de la vida en este período le debe tanto a Cuvier.

Cuvier romperá el orden del museo. Su pensamiento terminará con los esquemas de Linneo y Buffon ya que, «al oponer el conocimiento *histórico* de lo visible al *filosófico* de lo invisible, de lo oculto y de las causas»⁵¹ estará invirtiendo el orden de la mirada. Y del mismo modo que Cuvier, Foucault dirigirá todo su empeño a otorgar a cada acontecimiento su propia duración, lo que significa que cada producto de la naturaleza, ya sea a nivel orgánico o inorgánico, se trate de especies o de individuos, tiene su discurrir temporal. Cada organismo avanza en ese discurrir temporal, lo cual los hace ser esclavos de las vicisitudes existenciales que resulten de su abrirse a la realidad. Por otro lado, Foucault reconocerá en Cuvier la capacidad que tuvo para romper con aquella regla de la continuidad (tanto en el tiempo como en el espacio) que hacía comprensible transitar entre especies como si se tratase de una serie única y continua y en la que éstas ya tenían marcado desde el inicio una finalidad, haciendo así necesario plantear esta evidencia histórica desde otro ángulo. Con Cuvier se pasará de la historia de lo hablado sobre los seres clasificados y ordenados según el cuadro de la época a una historia que admitía la discontinuidad. Una discontinuidad que, aplicada a los seres vivos, viene marcada por la presencia de la exterioridad que representa el medio y que determina la forma externa que estos adquieren, así como las jerarquizaciones funcionales internas entre sus organismos, ya que estos vienen a someterse a las funciones vitales y éstas a la forma anatómica que ha resultado de la interacción con el medio al que adaptarse.

Cuvier, como podemos entrever, no solo aceptará algo tan importante para la biología incipiente como es el cambio en la especie como resultado de su adaptación al medio, es decir, un cierto tipo de evolucionismo, sino que por su estudio de la anatomía comparada abrirá el cuerpo al conocimiento del ser humano y relacionará funciones y organismos para hacer más comprensible la naturaleza del viviente. Lo que hará la

⁵¹ FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 138.

anatomía comparada será diseccionar los órganos internos de los seres vivos para, a partir de este acto primero, establecer las diferencias. Es decir que, frente a los sistemas anteriores de clasificación, completamente externos y visibles, la anatomía comparada dio el salto hacia la “invisibilidad” interna abriendo un nuevo espacio sobre el que la biología pudo asentarse y por el cual la anatomía comparada trató de elaborar su discurso. Se trata de mirar por dentro, de recorrer los detalles internos y de dibujar las formas de los órganos, sus sutilezas funcionales, para hacer un mapa lo suficientemente fiel de la obra del Creador. La anatomía de Cuvier, como la arqueología de Foucault, buscarán hacer visibles al anatomista y al naturalista las relaciones que se establecieron entre los órganos y las funciones vitales, es decir, entre lo invisible presente y sus manifestaciones. La vida se muestra, de esta manera, como el resultado de esta relación entre órgano y función, y de la de éstos con su entorno. De aquí deben extraerse las leyes de formación de órganos en su relación con el medio en el que todo organismo se da y en el que le va su existencia. Y sólo después de haber establecido estas leyes y relaciones entre las unidades internas y las dinámicas externas será posible entender la variedad actual de seres en el mundo.

Para Foucault, la ruptura con la taxonomía clásica se ha resuelto con la introducción del concepto de vida en el estudio de los seres vivos. Resulta difícil ir contra la lógica de la observación de los seres vivos y afirmar que en ellos la vida no se da porque no existe pero, lejos de esto, Foucault trata la noción de vida como una herramienta epistemológica de bastante complejidad, resultado de unos cambios que se dieron y que llevaron consigo la aparición de nuevas empiricidades. Nuevas empiricidades que, en el nivel arqueológico, otorgaron al observador nuevos objetos cognoscibles, como el capital o la vida y que, además, prescribieron nuevos conceptos y nuevos métodos. A partir de ahora lo que fundamentará toda clasificación «es la vida en lo que tiene de no perceptible, de puramente funcional [...]. El ser vivo era un lugar de la clasificación natural; el hecho de ser clasificable es ahora una propiedad de lo vivo»⁵². “Lo vivo”, como concepto sintético que hace posible toda clasificación de los seres vivos, organiza la diversidad de las estructuras vivientes centrándose en la distinción de grandes unidades funcionales (como son la respiración, la circulación, la digestión y la locomoción) que hacen viable entender un principio de animación de esos

⁵² FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, pp. 262-263.

seres vivos. De esta manera, como irá deduciendo Foucault de la lectura de Cuvier, las operaciones de diferenciación y de identificación seguirán manteniéndose con la salvedad de que ahora será lo invisible lo que prevalezca sobre lo visible, algo fundamental para que la biología vaya tomando cuerpo. Dicho de otra manera, serán las funciones las que establecen las similitudes orgánicas. Por esta razón, será la anatomía la que establezca las relaciones entre los seres vivos ya que «la mirada ya no es una función del discurso: se hunde en los cuerpos para hacer visible su invisible principio»⁵³. Como señala Sabot, en la lógica de Cuvier la homogeneidad de los sistemas funcionales prevalecerá «sobre la heterogeneidad visible de las estructuras orgánicas»⁵⁴ teniendo como consecuencia una subordinación jerárquica de las funciones vitales.

La importancia que Cuvier adquiere para el pensamiento de Foucault sobrepasa lo que en principio podemos esperar de una lectura exclusivamente histórico-epistemológica y centrada en la formación de la *episteme* moderna. Si a partir de Cuvier la cuadrícula de los seres vivos se multiplica, habrá que «sustituir la imagen de la escala continua que fuera tradicional en el siglo XVIII, de Bonnet a Lamarck, por la de una irradiación o, más bien, de un conjunto de centros a partir de los cuales se despliega una multiplicidad de rayos»⁵⁵. El reconocimiento que hace Foucault de la multiplicidad de centros tiene mucho en común con la concepción, elaborada años más tarde, sobre el poder como relación, y no como algo sustancial. Foucault observa que Cuvier proporciona la estructura necesaria para concebir la noción de poder como una realidad formada por una multiplicidad de centros de poder. No existen ni órganos ni funciones dominantes en la estructura interna del organismo en general, sino que de todos ellos emanará, por igual, el poder necesario para equilibrar la unidad del viviente. La estructura del organismo parece igualar las funciones entre todas sus partes. Sin embargo, como ya hemos indicado más arriba, en Cuvier sí encontraremos aún un principio de jerarquización y de subordinación esencial para el entendimiento de los seres vivos en virtud de sus leyes y principios racionales de organización⁵⁶. De esta manera, lo fundamental para Cuvier, y también para Foucault, será romper con la línea continua de la clasificación y sustituirla por

⁵³ SABOT, M.; *Para leer las palabras y las cosas de Michel Foucault*, op. cit. p. 96.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 96.

⁵⁵ FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 266.

⁵⁶ Como la ley de la solidaridad orgánica y la ley de la correlación entre las partes.

[...] una disposición radial de los seres vivos en torno y a partir de núcleos de coherencia funcional, relacionando así la dispersión de las formas de los seres vivos con los diversos planes de organización que constituyen “planes para mantener la vida” frente a la pendiente amenaza de la muerte⁵⁷.

Este tránsito de un modo de clasificación a otro resulta para Foucault fundamental para entender su concepción de la vida. En las páginas que dedica en *Las palabras y las cosas* a la obra de Cuvier, Foucault describirá una trama ontológica cuya importancia se proyecta hasta hoy. Efectivamente, lo que con Cuvier se abre no es sólo la intrusión del tiempo en la vida ni la formalización de la anatomía comparada tan necesaria para la paleontología. Foucault ha visto que en Cuvier se desarrolla, quizá de soslayo, una primera sospecha de tanatología que, una vez la fisiología haya entrado en el cuerpo “anatómico” del individuo de manera formal con Bichat, exhibirá el cuadro esencial de la biopolítica contemporánea. Vayamos por partes.

La trama ontológica que rompe Cuvier tiene como consecuencia, dirá Foucault, que los seres vivos “deben apretarse en torno a núcleos de coherencia perfectamente distintos unos de otros y que son como otros tantos planos diferentes para mantener la vida»⁵⁸. Entendamos la acción de juntarse en torno a esos núcleos de referencia como “planos” superpuestos sobre los que se desarrolla la vida o como “planes” que ella establece para no perecer, lo cierto es que tanto para Cuvier como para Foucault la vida siempre busca perseverar. Una perseverancia que en la nueva *episteme* moderna ha hecho de la vida ese concepto casi-trascendental que responde a nuevas problematizaciones. De ser el viviente una realidad ordenable en el conjunto continuo de los seres, ha pasado a constituirse como “realidad viva” en cuyas funciones internas encuentra el principio que animará su desarrollo y mantenimiento, así como el despliegue de todas sus fuerzas para evitar la muerte. No sólo se trata de estudiar las condiciones que hacen posible la vida sino que, a partir de ahora, se busca también conocer las condiciones de extinción de los individuos, sus causas y formas de desaparición. El resto fósil es el negativo de la vida, pero no por ello irrelevante. Todo lo contrario, la huella del viviente extinto coloca al naturalista tras la búsqueda de las

⁵⁷ SABOT, P.; *Para leer Las palabras y las cosas de Michel Foucault*, op. cit. p. 98.

⁵⁸ FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 267.

condiciones que han hecho posible su muerte. Así, la vida irá unida a la muerte; conocer al viviente exige un conocimiento anatómico y fisiológico de la muerte, de las fuerzas que ordenan la vida y de las que deciden su fin.

El concepto de discontinuidad mantiene para Foucault una cierta ambigüedad que se hace más palpable cuando se aplica al estudio propuesto por Cuvier de los seres vivos, pues parece existir una cierta continuidad que, en un primer momento, no entraba en los planes. Se trata de la continuidad que podemos establecer entre el organismo y *lo que le permite vivir*. Lo vivo sólo puede hablar de sí mismo siempre y cuando se conciba como una realidad inseparable del exterior, es decir, cuando se comprenda como una entidad que alcanza su significado en su lucha con el medio, enfrentándose a unas condiciones de existencia concretas. La vida, inseparable ahora del ser vivo, viene a afirmarse a partir de su encuentro con todo lo que la rodea, es decir, con el medio. De modo que para poder definir lo vivo tenemos que referirnos a

[...] ese movimiento continuo (dialéctico) por el cual una afuera (medio) y una adentro (organismo) se relacionan entre sí, liberando en esa misma relación sus propias condiciones de vida, las de un ser que sólo está atado a sí mismo a partir de sus interacciones con lo que, fuera de él, le permite “mantener o desarrollar su estructura”⁵⁹.

De esta forma, la vida se representa como una fuerza interna y fundamental. Una fuerza que emana desde la interioridad del viviente que vendrá a oponerse y a resistir a todo el conjunto de elementos externos que presionan negativamente sobre su intención natural y primera de perseverar. Frente a las presiones del exterior, el viviente tendrá que afirmarse. Foucault entenderá más tarde que esta exterioridad manifestada en el modo de presión exterior vendrá a cohabitar con el propio viviente humano, con el sujeto que vive y que conoce, iniciándose a partir de ese momento todo el juego de regulaciones y de normalizaciones sociales que irán ajustando, progresivamente, la existencia de ese viviente humano al orden y a la racionalidad del momento.

El pensamiento Foucault, como lo ha denominado Guillaume Le Blanc, no puede apartar la vida de la muerte. Foucault ha observado perfectamente que el viviente humano, arropado con las marcas de su cultura y de su historia, siempre ha puesto en

⁵⁹ SABOT, P.; *Para leer Las palabras y las cosas de Michel Foucault*, op. cit. p. 99.

juego la vida para lograr sus objetivos de un mejor vivir. Pero lo que nunca se oculta en este juego que se desarrolla en la historia continuamente en forma de sublevación, demanda o revolución, es el hecho contundente de que lo que está implícito en todo deseo de cambio social no es otra cosa que el riesgo de muerte y, con ello, la constatación de la precariedad de la vida. Pero no una vida entendida como concepto analítico sin más, sino que es

[...] por la vitalidad implicada en él (*la institución del nuevo orden*), que pone en juego la posibilidad de la muerte de los individuos sublevados, ese levantamiento es un acontecimiento que escapa a la historia social de los hombres y remite a un nivel de organización anterior, vital, para el cual la vida es, ante todo, resistencia a la muerte⁶⁰.

Precisamente por esta precariedad radical el sujeto tiene derecho a una historia, ya que, al descubrirse finito y elevar la categoría de la muerte al rango de existencial, reconocerá que detrás de su máscara social se dibuja su esencia de viviente que busca evitar la muerte. Detrás de toda elaboración cultural está esa dialéctica señalada por Foucault entre el viviente y su medio pero, más allá, nos encontraremos con un nuevo umbral que ya no es epistemológico, sino ontológico. El viviente humano se sabe mortal, pero también sabe de la potencia de la vida, por lo que el juego consiste en establecer relaciones lo suficientemente sólidas con el medio para poder atemperar ese sentimiento de precariedad que marca la labilidad vital. Según Foucault, esta precariedad se halla en la obra de Cuvier. Además de fundamentar la moderna biología y de una incipiente teoría de la evolución, Cuvier reconoció la historización de la vida rompiendo, así, con la antigua continuidad de la Historia Natural. Pese a que la historia de la biología puso a Lamarck y a Cuvier en el mismo nivel y los situó como fundamentos epistemológicos de Darwin, para Foucault la arqueología de las ciencias de la vida ha podido mostrarnos otra enseñanza completamente distinta. Para Foucault, la crítica realizada por Darwin a la artificiosidad de la noción de especie «no ha podido realizarse más que a partir de una transformación, de una redistribución del saber biológico que tiene lugar a través de Cuvier»⁶¹. Por eso, para Foucault, la figura de Cuvier será central en la constitución de la biología ya que el sujeto de la *episteme*

⁶⁰ LE BLANC, G.; *El pensamiento Foucault*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2008, p. 58.

⁶¹ FOUCAULT, M.; “La situación de Cuvier en la Historia de la Biología”, en *Saber y Verdad*, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1985, pp. 76-77.

moderna podrá mirar dentro de los organismos vivos, sometiéndolos ahora a toda la red de saberes que se irán inclinando sobre ellos para poder extraer el máximo de conocimiento. Un conocimiento que, de ninguna manera, resulta inocente. Entre otras cosas porque se van dibujando ya las líneas que señalan el camino por el que todo saber debe transitar para poder responder a las exigencias del poder político. En el caso de Cuvier, Foucault resalta la relevancia que tiene el concepto de organización y de circulación en la definición que el naturalista francés dará de la vida. Señalando a Cuvier, destaca Foucault:

En torno a lo vivo o, más bien, a través de él y por el filtro de su superficie, se efectúa una “circulación continua de afuera adentro, de adentro afuera, mantenida en forma constante y sin embargo fijada en ciertos límites. Así, los cuerpos vivos deben ser considerados como especies de centros a los que son llevadas sucesivamente las sustancias muertas para combinarse entre sí de diversas maneras⁶².

Lo que rodea al viviente tendrá que ver, a partir de Cuvier, con un juego de reciprocidades, de circulaciones y movimientos en los que los límites son permeables a las relaciones de lo interno y de lo externo, pero en los que cada especie sigue perteneciendo a su centro y unidad de viviente. Así, Foucault dirá que

[...] lo vivo no debe ser comprendido ya sólo como cierta combinación de moléculas que llevan caracteres definidos; dibuja una organización que mantiene relaciones ininterrumpidas con los elementos exteriores que utiliza (por medio de la respiración, de la alimentación) para mantener o desarrollar su propia estructura⁶³.

La vida trasciende así la propia materialidad de los seres vivos a nivel molecular. Es el momento histórico en el que la noción de organización adquiere una dimensión que no tenía, por ejemplo, en los naturalistas del XVIII. La vida ejerce de fuerza organizadora. No se trata de una fuerza vital sin más sino que, por el contrario, vivir consistirá en desarrollar lo que la organización de un ser vivo puede desarrollar. Es llevar al máximo de crecimiento y perfección lo que en el interior de todo ser vivo existe y que se encuentra en continua relación con los elementos que se hallan en el

⁶² CUVIER, G.; *Leçons d'anatomie comparée*, t. I, pp. 4-5, citado en FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 268.

⁶³ FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 268.

exterior y que le ofrecen la posibilidad de su supervivencia. Pero, por otro lado, Foucault observa la ausencia de neutralidad intencional que lleva parejo el vivir, pues todo acto vital no dejará nunca de ser un acto utilitario para sí, que se despliega continuamente a través de las funciones del organismo y que no buscan más que mantener la estructura. Conviene leer un texto más largo de Foucault muy clarificador al respecto, pues en él el filósofo francés condensa, a nuestro juicio, esa ruptura epistemológica que acontece en el tránsito de los siglos XVIII a XIX:

Lo vivo, por el juego y la soberanía de esta misma fuerza que lo mantiene en discontinuidad consigo mismo, se encuentra sometido a una relación continua con lo que lo rodea. Para que lo vivo pueda vivir, es necesario que haya numerosas organizaciones irreductibles unas a otras y, también, un movimiento ininterrumpido entre cada una y el aire que respira, el agua que bebe, el alimento que absorbe. Al romper la antigua continuidad clásica entre el ser y la naturaleza, la fuerza dividida de la vida va a hacer surgir formas dispersas, aunque ligadas todas ellas a las condiciones de existencia⁶⁴.

Cuvier, en el análisis que realiza Foucault, «sobrepasa con mucho lo que habría de ser el porvenir de la biología»⁶⁵. Sin embargo, en esa «historia de las ideas en un sentido rigurosamente histórico, un buen ejemplo de ingenuidad»⁶⁶, Cuvier seguirá colocado en la categoría fijista, opuesta al transformismo de Lamarck, que parece dar forma ya al evolucionismo de Darwin. Esta distribución de posiciones previa a la aparición del evolucionismo darwiniano no deja de resultar extraña para cualquier observador de la historia de la biología, pues

[...] lo paradójico de Cuvier es que su obra descansa sobre una posición fijista que consiste en oponer a la idea de un devenir continuo la idea de que la estabilidad de los seres está sometida a su historicidad fundamental, que da testimonio de una precariedad esencial, una incierta y móvil relación con condiciones de existencia que no dejan de cambiar y poner en peligro esa estabilidad provisoria⁶⁷.

Una biología sin evolución que determinará la teoría biológica de la evolución. Por consiguiente, lo que Cuvier viene a historizar es la relación del viviente con su

⁶⁴ *Ibid.*, p. 268.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 269.

⁶⁶ *Ídem.*

⁶⁷ SABOT, P.; *op. cit.* p. 102.

medio, es decir, con sus condiciones de existencia, de donde resulta que «la vida está marcada por la precariedad de sus formas y por la inmanencia de su destrucción»⁶⁸. Foucault observa cómo en el momento en el que el saber moderno ya no tiene aquella homogeneidad que la red clásica de las positividades ofrecía, «la economía, la biología y la filología encuentran sin duda su común medida en el surgimiento de un tema trascendental (vuelto hacia el lado de la objetividad de la Vida, del Trabajo, del Lenguaje) y de la historia como modo de ser de la empiricidad»⁶⁹. De este modo, la vida se habrá alejado definitivamente de las *leyes generales del ser*, convirtiéndose

[...] en una fuerza fundamental que se opone al ser como el movimiento a la inmovilidad, el tiempo al espacio, el querer secreto a la manifestación visible. La vida es la raíz de toda existencia y lo no vivo, la naturaleza inerte, no son más que vida recaída; el ser puro y simple es el no ser de la vida⁷⁰.

La ontología propuesta por Foucault en *Las palabras y las cosas* abrirá, a nuestro juicio, una nueva lectura de las relaciones individuo-sociedad, ya que «la experiencia de la vida se da, pues, como la ley más general de los seres»⁷¹. Esta «ontología del anonadamiento de los seres»⁷², como nueva empiricidad propuesta por la biología recién inaugurada, invierte la lógica de la ontología clásica al ajustar la realidad del sujeto sintiente de carne y hueso con sus condiciones de existencia algo que ya realizó Karl Marx al introducir la dimensión del trabajo en la existencia del sujeto y que le llevó a afirmar que el individuo no es una entidad abstracta de la que se agencia la ley del mercado capitalista sino que, por el contrario, emerge como “individuo viviente” que padece y sufre los rigores de su medio, expresados en la forma de políticas económicas y ordenamientos conceptuales. Por eso, creemos que «las nociones inventadas o reelaboradas por Foucault, concebidas para que sirvieran como instrumentos en el análisis crítico de las formaciones sociales y de las relaciones de poder que las atraviesan, funcionan, en efecto, cada vez más como “consignas”»⁷³ enfocadas a la acción. Así, la fuerza que toman los conceptos foucaultianos y su riqueza

⁶⁸ *Ibid.*, p. 103.

⁶⁹ *Ídem.*

⁷⁰ FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, *op. cit.* p. 272.

⁷¹ *Ibid.*, p. 272.

⁷² *Ibid.*, p. 273.

⁷³ LEGRAND, S.; “El marxismo olvidado de Foucault”, en LEMKE, T.; LE BLANC, G.; *Marx y Foucault*, traducción de Heber Cardoso y Elena Marengo, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2006, p. 21.

interpretativa permiten pasar de la arqueología del concepto de vida, tal como se ha ido planteado en *Las palabras y las cosas*, a una teorización del concepto de biopolítica que contemple las enseñanzas precedentes, desde las nociones de organización y circulación, hasta las de muerte y regulación. Por otra parte, el desarrollo de los conceptos foucaultianos estaría en cierto modo vacío o incompleto si no se contemplara su lectura junto al valor de la noción de discontinuidad, cuya riqueza explicativa la tomaría nuestro filósofo de Canguilhem.

3.2. Canguilhem, la discontinuidad y la filosofía del concepto.

Para Foucault el concepto de vida tiene *su* historia. La introducción de la historia en la epistemología de los conceptos adquiere enorme relevancia cuando se trata de construir discursos que llevan implícito cambios y transformaciones, así como periodizaciones y transiciones. En la obra de Foucault, resulta evidente que sus grandes temas han sido desarrollados bajo el marco de la historia, pues sin ella la aparición de conceptos como los de locura, clínica o sexualidad hubieran tenido que entenderse de un modo más rígido. Por esta razón, hablar de transiciones entre períodos y épocas le exigió a Foucault, como ya hemos visto más arriba, apostar por un pensamiento de la historia claramente discontinuo. Una discontinuidad histórica que Foucault tomará de la epistemología de Canguilhem y que no podemos pasar por alto ya que, más allá de lo que esta concepción interpretativa de la historia pudo tener en la elaboración de las tempranas obras de Foucault, será el filósofo-médico francés el que le vaya aportando de manera soterrada una serie de interpretaciones filosóficas que apuntarán a lo que Foucault denomina como biopolítica.

Al margen de la importancia que tuvo Canguilhem en los años de formación de Foucault, en los que el primero fue el examinador de nuestro filósofo en la prueba de agregación universitaria, y a las continuas muestras de agradecimiento y de deuda reconocida para con el maestro en algunas de sus obras, será en el *prefacio* que Foucault escribiera en 1978 para la edición americana de *Lo normal y lo patológico* donde podemos observar cómo lo que viene a ser en primer lugar una declaración de deuda hacia Canguilhem se convierte en un programa de investigación. Una segunda versión de este texto será el conocido artículo *La vie: l'expérience et la science*, escrito a finales

de abril de 1984 y publicado en la *Revue de métaphysique et de morale* al año siguiente como homenaje a Georges Canguilhem. Aquí, Foucault situará a Canguilhem en medio de todo un debate no sólo epistemológico, sino también filosófico. Según Foucault, en el debate filosófico francés habría que resaltar otra línea de pensamiento. Como dice Foucault,

[...] parece que podría encontrarse otra línea divisoria que atraviesa estas oposiciones. Se trata de la línea que separa una filosofía de la experiencia, el sentido y el sujeto, de una filosofía del saber, la racionalidad y el concepto. Por un lado, una filiación que es la de Sartre y Merleau-Ponty; por el otro, la de Cavaillès, Bachelard, Koyré y Canguilhem. Seguramente esa fractura viene de lejos y podría rastrearse a lo largo del siglo XIX: Bergson y Poncairé, Lachelier y Couturat, Maine de Biran y Comte⁷⁴.

Foucault situará a Canguilhem en la línea de Cavaillès, Bachelard y Koyré, figuras clave del pensamiento francés de la primera mitad del siglo XX y que, en cierto modo, son herederos de algunos debates filosóficos abiertos a finales del siglo anterior. Desde esta perspectiva, nos interesa matizar que si la vida tiene *su* historia es, precisamente, por haberse constituido como un concepto. Los conceptos foucaultianos vendrán definidos a partir del juego establecido entre el sentido y la significación, y su realidad histórica. Como podemos observar en la formación del concepto de vida, tal como lo presenta Foucault, el significado que adquirió el concepto para la biología de principios del siglo XIX no fue sino el resultado de una serie de avatares históricos en los que la realidad, transitada desde distintos órdenes del conocimiento, era permeable a toda una serie de conceptos venidos desde cada uno de estos saberes. El concepto foucaultiano es heredero, entonces, de los “afueras”, de la exterioridad, lo cual le hace susceptible de aceptar los diferentes enunciados que puedan venir desde la ciencia o desde la filosofía. Si la naturaleza de la filosofía es, en cierto sentido, estar abierta al exterior y plantearse los obstáculos y problemas que esa realidad puede ofrecer, el concepto con el que el filósofo trabaja deberá, forzosamente, estar también abierto a esa exterioridad. Pero se trata de una exterioridad que no será otra cosa que interioridad ya que la oposición dentro-fuera, como el propio Foucault reconocerá, no dejará de ser un mito, el que se dirige a la existencia de los márgenes. Nunca se está fuera, «siempre

⁷⁴ FOUCAULT, M.; “La vie: l’expérience et la science”, en *Dits et Écrits, II. 1976-1988*, Paris, Gallimard, col. Quarto, 2001, pp. 1583. Traducción propia.

estamos en el interior»⁷⁵. Esta concepción abierta de la filosofía pondrá de manifiesto el carácter que para Foucault toman tanto la filosofía como la historia de los conceptos y su formación, en primer lugar, porque la filosofía no se construye únicamente a partir de verdades absolutas y, en segundo lugar, tampoco a través de conceptos absolutos. Todo lo contrario, al igual que la historia es concebida de manera discontinua tras invertir el ordenamiento que la historia continua había elevado casi a trascendental, la verdad abarcará todos los dominios de la actividad humana, una actividad sometida a la historia y que se refleja en todos sus saberes y en los conceptos que cada uno aporta. Esta concepción vendrá a fundamentar el principio de toda epistemología histórica al aceptar que la verdad y el concepto son el resultado de las distintas fuerzas que discurren en la historia y que el ser humano siempre ha tratado de atrapar para poder servirse de ellas. Como consecuencia de esta visión de la filosofía en la que los conceptos son herederos de la interrelación del conocimiento y la vida misma, de la historia en definitiva, el concepto de vida tuvo para Foucault tanta relevancia.

En Canguilhem, las nociones de concepto y de historia ocuparán gran parte de su trabajo epistemológico. En su afán de distinguir el objeto científico, planteará una doble distinción. Por un lado, el objeto científico y, por otro, el objeto de la historia de la ciencia. Para Canguilhem

[...] el objeto del discurso histórico es, en efecto, la historicidad del discurso científico, en cuanto esta última representa la realización de un proyecto interiormente normatizado aun cuando atravesado por accidentes, demorado o desviado de obstáculos, interrumpido por crisis, es decir, momentos de juicio y de verdad⁷⁶.

Según Canguilhem podemos afirmar que el historiador de las ciencias no tiene una relación directa con el objeto, como sí la tiene el científico. Lo que sí tiene es, sin embargo, una relación directa con la historicidad del discurso sobre el objeto. Se trata de una historicidad que asume el discurso de las discontinuidades, que contempla toda objetividad científica bajo el prisma de una sucesión de formas históricas que son, en última instancia, las que definirán la objetividad misma. Como señala Étienne Balibar, la identidad que se establece entre la historicidad y la objetividad no tiene por resultado

⁷⁵ FOUCAULT, M.; "L'extension sociale de la norme", en *Dits et Écrits, II. 1976-1988, op. cit.*, p. 77.

⁷⁶ CANGUILHEM, G.; "Introducción. El objeto de la historia de las ciencias", en *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu, 2009, p. 19.

otra cosa que designar el campo mismo de la verdad⁷⁷. Una identidad que hará posible el tránsito de la historia a la epistemología y que exigirá al historiador de las ciencias estar atento a todo gesto productor de conocimiento. Lo que le interesa a la historia de la ciencia no será tanto el concepto mismo del que se sirve el científico, sus contenidos y funciones en el momento de su utilización, sino que lo que realmente hará de guía a esta historia no será otra cosa que el desarrollo del concepto⁷⁸. Un concepto que, como Foucault habrá asimilado, sólo se define por la presencia de un problema en la historia. El concepto está obligado, en cierto modo, a encerrar en sí mismo toda una serie de sentidos que habrá ido adquiriendo a medida que ha sido problematizado y que le darán, en última instancia, su verdad. Así, para Canguilhem sólo cuando los conceptos han hecho posible la aparición y la definición de un problema, vendrá la teoría. De esta manera, se puede observar que no hay en la obra de Canguilhem ningún resto de aquella historia de las ciencias que asumía el carácter teleológico y continuista de las teorías científicas. Por el contrario, su antievolucionismo y su antipositivismo nos remite inmediatamente a Foucault, sobre todo cuando se acepta que la ciencia puede definirse como un cuestionamiento permanente que actúa según un proceso dinámico, un proceso que pertenece a la vida misma y que de ninguna manera es ajeno a ella. Además, siguiendo el desarrollo de la teoría de Canguilhem, todo concepto emana de un contexto histórico que refleja el conjunto de inquietudes derivadas de la dificultad de determinar y explicar un problema, razón por la cual se hace necesario buscar bajo qué condiciones aparece el concepto. Como bien recuerda Dominique Lecourt, «se comprende que la atención de G. Canguilhem se concentre en las condiciones de *aparición* de los conceptos, es decir, en definitiva, sobre las condiciones que hacen *formulable* al problema. Las teorías en las cuales funcionan aparecen después»⁷⁹. Si Foucault hablaba de las condiciones que hacían posible la aparición de la *episteme* moderna, Canguilhem incidirá en aquellas condiciones que posibilitan el aparecer del concepto. Negada la posibilidad de derivar el concepto de la teoría, lo que resalta Canguilhem, y que tiene

⁷⁷ BALIBAR, É.; “Science et vérité dans la philosophie de Georges Canguilhem”, en *Georges Canguilhem. Philosophe, historien des sciences*, Paris, Éditions Albin Michel, 1993, p. 61. Balibar señala que esta tesis, de inspiración bachelardiana, le permitirá a Canguilhem identificar ciencia y verdad en tanto estos términos apuntan el uno y el otro hacia una identidad más esencial y que tiene que ver con la objetividad y la historicidad. Traducción propia.

⁷⁸ En *La formation du concept de réflexe aux XVIIe et XVIIIe siècles*, Paris, PUF, 1955, Canguilhem, que dedica la obra a Bachelard, al que considera filósofo, irá articulando lo que podemos denominar una filiación entre los conceptos más que una simple superposición de teorías sobre la noción de reflejo.

⁷⁹ LECOURT, D.; *Para una crítica de la epistemología*, traducción de Marta Rotjzám, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, p. 78.

gran importancia en Foucault, es el hecho de plantear la existencia de un marco desde donde el concepto alcanza su verdad. Se trata de un marco que incluye una afirmación de enorme importancia y que no es otra que la referida al modo que tiene un concepto de incorporar rasgos que, en un principio, no le pertenecen al proceder de otros saberes. Además, a este carácter extraordinario del concepto, Canguilhem añade la posibilidad que tienen de ser exportados fuera de su lugar de origen. Así entendido, la concepción que sobre el concepto desarrolla Canguilhem será deudora de la epistemología de Bachelard. La referencia a la noción de *obstáculo* como resistencia al pensamiento le lleva a Canguilhem a aceptar la existencia de fuerzas que operan en la propia historia del quehacer científico y que dificultan el proceso clarificador de los conceptos. Sin embargo, esta aceptación no es, de ninguna manera, un elemento ante el cual deba el historiador de las ciencias detenerse. Todo lo contrario. Las condiciones de aparición del concepto exigirán tener en consideración la utilización de distintos registros conceptuales, pues sólo de esta manera podremos tener una visión más amplia de aquellos elementos que participaron, en un momento preciso de la historia, en la aparición de un problema y en la formulación del concepto.

En los estudios que Canguilhem realizó sobre la historia y la filosofía de las ciencias encontramos una serie de análisis sobre mutaciones, desplazamientos y derivaciones que operan sobre las condiciones de formulación del concepto, sobre sus condiciones de validación y sus reglas. Si las transformaciones juegan un papel importante en la epistemología histórica de Canguilhem ello se debe a que situó la discontinuidad histórica en un lugar privilegiado, recuperando de esta manera un viejo tema ya planteado tanto por Bachelard como por Koyré. Un planteamiento que, aunque viejo, dejará en Foucault una enorme huella. Cuando Foucault, en el artículo titulado *La vie: l'expérience et la science*, reconoce que el método de Canguilhem no es más que una filosofía del error, del concepto y del viviente, está planteando, según Judith Revel, que:

[...] por una parte, es necesario distinguir el tiempo de la historia de las ciencias a la vez que el tiempo abstracto de las ciencias mismas y de la historia erudita de los historiadores, porque tanto el uno como la otra –de manera diferente, cierto– afirman en

realidad la necesidad de un *continuum* absoluto y no pueden considerar la historia como un proceso lineal merecedor de ninguna ruptura⁸⁰.

Para Foucault, la historización que Canguilhem supo aplicar a la historia de las ciencias y que se refleja en el reconocimiento del valor de lo discontinuo, hizo posible realizar una crítica de la filosofía del sujeto representada sobre todo por Sartre. La filosofía de las ciencias, historizada por las relaciones y condiciones que hicieron posible la aparición de los conceptos, cuestionó la clásica relación entre la verdad y el sujeto. La ausencia de historia en el sujeto cartesiano no elude, sin embargo, la necesidad de

[...] definir las condiciones de posibilidad de una historia de la verdad que no tome la forma de una metafísica de la verdad, sino que sea la arqueología de la manera en que lo verdadero y lo falso, la verdad y el error, entren en relación y se definan mutuamente a partir de normas y de límites que son permanentemente redefinidos, rearticulados⁸¹.

Por consiguiente, el carácter de la práctica científica y de la historia de la verdad será siempre el de la rectificación permanente y, sobre todo, nunca será atemporal. Su coherencia lógica nunca se dará al margen de los otros conceptos, por lo que si el discurso científico responde siempre a prácticas, más que a fundamentos, como hace la filosofía, deberá buscar la unidad conceptual. Una unidad que se define a partir de las normas que dirigen la acción del historiador de las ciencias en su búsqueda de la constitución histórica del concepto. En este sentido, el tránsito desde una epistemología histórica de los conceptos científicos a un saber político sobre el viviente humano sólo podrá realizarse a partir del concepto de norma, es decir, a partir del reconocimiento de viviente humano como realidad sometida a límites.

⁸⁰ REVEL, J.; *Foucault, une pensée du discontinu*, Clamecy, Mille Et Une Nuits, 2010, p. 53. Traducción propia.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 55.

SEGUNDA PARTE.

CANGUILHEM INSCRIBE LA NORMA EN EL CAMPO DE LA EXISTENCIA.

4. LA EPISTEMOLOGÍA DE LOS CONCEPTOS EN CANGUILHEM.

4.1. La epistemología de los conceptos en Canguilhem y su proyección en Foucault.

Sabemos por Canguilhem que todo objeto científico no refleja, de manera inmutable, la cosa, sino que esta es el producto del trabajo histórico del concepto. Toda la red conceptual sobre la que se asienta la ciencia no deja de ser histórica, por lo que hablar de la aparición de un concepto no puede dejar de referirse a las condiciones de aparición y de transformación. Foucault, al apropiarse en su discurso filosófico del debate en torno a la discontinuidad y de la forma que tienen los conceptos de aparecer, introdujo en el panorama filosófico de su época la posibilidad de comprender las nuevas positividades como resultado de las distintas fuerzas, visibles o soterradas, que presionan continuamente y que buscan emerger. Además, de Canguilhem tomará Foucault la idea de que los conceptos circulan entre los distintos saberes. Esta visión de los conceptos como realidades que circulan entre saberes que en un principio lo único que comparten es una simultaneidad temporal, será interpretada por Foucault de una manera especialmente interesante. En primer lugar porque la aparición de la vida, como criterio epistemológico y diferenciador entre epistemes, es un claro ejemplo de ello. El concepto de vida tomó, si seguimos a Foucault, gran parte de sus contenidos de materiales aportados por otros saberes. Desde la paleontología hasta la anatomía comparada, pasando por la fisiología y sus críticas al mecanicismo cartesiano, la vida siempre se mantuvo como un concepto que, más que como noción, estaba presente como problema. Su presencia en el tiempo⁸² como concepto fue un claro testimonio de la presencia de un mismo problema. Tanto para Foucault como para Canguilhem, el

⁸² En su *Histoire de la notion de vie*, Paris, Gallimard, 1993, André Pichot traza una perspectiva histórica, científica y filosófica del concepto de vida, desde las concepciones de Platón o Aristóteles, hasta la biología moderna. En cierto modo, la noción de vida se mantuvo presente desde la antigüedad hasta hoy debido, sobre todo, al hecho de compartir con otras disciplinas, como en su momento fue con la física de Newton, una serie de problemas que permanecieron irresueltos. De la misma manera que las distintas concepciones en torno a la noción de vida se fueron sustituyendo a lo largo de la historia, la “aparición” y la “existencia” del concepto de vida del que se sirvió la biología naciente a principios del siglo XIX tuvo que ir suplantando a otras concepciones que se ajustaban a la perfección a la visión del mundo de la época.

concepto encarna la problematización de la realidad. Se trata del problema que persiste y que de un modo u otro siempre está presente en la realidad pero que, por el contrario, siempre gusta ocultarse al concepto que busca definirse y conformar esa realidad⁸³. Las relaciones de cada ciencia con su entorno, ya sean de forma intelectual o no, formarán estructuras conceptuales, unidades de conceptos que marcarán el camino de la investigación así como el modo de vérselas con la realidad. A partir de una serie de prácticas que vienen determinadas por lo que las normas de cada saber han impuesto como formas de apropiación de la realidad, la verdad cobra su auténtico sentido. Un sentido que adquiere su verdadero valor cuando se concibe que la verdad se convierte en una respuesta, válida para su dominio y para otros diferentes. De esta manera, la verdad de la ciencia, su capacidad de dar respuestas a los problemas que la realidad ha ido planteándole, podrá proyectarse a otros aspectos de la realidad, como pueden ser lo político, lo social y lo ético. Sólo así, lo que en un principio aparece como un concepto que remite a una problemática científica, podrá extrapolarse a otros dominios que atañen al viviente humano. Esta ilusión dogmática que ofrece la ciencia y sus valores, muestra también verdades que van más allá de lo estrictamente científico, y «puesto que estas verdades son respuestas científicas a problemas que están presentes en otros lugares, en los dominios no científicos de la práctica política, social, ética, etc., ellas se presentan entonces como respuestas normativas y valorizantes en estos mismos campos»⁸⁴.

El trabajo filosófico de Foucault seguirá la estela de Canguilhem en un doble sentido. En primer lugar, Foucault no dejará de confrontar entre sí los distintos lenguajes de los distintos saberes, como demuestra el hecho de que en la construcción de la noción de vida la biología tuviera que alcanzar su verdad al llevar a cabo un esfuerzo de unidad conceptual que venía a resolver algunos problemas no resueltos por los tipos de sistemas de clasificación, por la fisiología o por la anatomía comparada. Más aún, por la incapacidad del mecanicismo de resolver determinados problemas concernientes al funcionamiento de los organismos y por los “excesos” interpretativos de las filosofías vitalistas, el “problema” de la vida continuaba sin conceptualizarse.

⁸³ Si tomamos su etimología latina, *conceptus* se refiere al acto de recibir, de contener. Por otra parte, *concupere* significa también dar forma en el seno, formar en su seno, con lo cual el sentido de concepción también está presente. Sobre la significación de *conceptus* y sobre el lugar que ocupa en la obra de Foucault, ver PALTRINIERI, L.; *L'expérience du concept. Michel Foucault entre épistémologie et histoire*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2012, p. 37. Traducción propia.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 40.

Así, Foucault es consciente de que el concepto de vida ha sido el resultado de la afluencia desde distintos lugares de saber y hacia un mismo lugar de un mismo problema con distintas caras. Por otro lado, y en segundo lugar, Foucault también confrontará la verdad que la ciencia ha querido erigir como modelo para los demás saberes con otras verdades y valores éticos y estéticos. Que la ciencia quiera imponer sus criterios de verdad sobre el resto de ámbitos de conocimiento o, dicho de otro modo, quiera dar forma científica a toda la realidad, tiene para Foucault una importancia capital ya que ejercería, a partir de sus prácticas hegemónicas, la reducción de las particularidades del conocimiento a un único modo de saber y de verdad. Esta relación entre la ciencia y el resto de saberes implica que tanto el historiador como el filósofo, deben comprender cómo la verdad científica implica toda una serie de efectos sobre las prácticas no científicas. Por eso, la historia de los conceptos que elabora Canguilhem y que recoge Foucault en sus trabajos sobre la locura, la clínica y la sexualidad, tiene por objeto «el modo en que las ciencias construyen sus objetos gracias a una red de conceptos en los que el desarrollo histórico implica efectos de formación, de circulación, de exclusión»⁸⁵. La reflexión sobre las ciencias que lleva a cabo Canguilhem muestra también cómo la filosofía tiene que estudiar la racionalidad del proyecto científico, particularmente la actividad y las prácticas de las ciencias biológicas y médicas. Pero debe hacerlo «a partir de su “otro”, a saber, las modalidades no científicas de valorización de la vida humana, y específicamente a partir de la normatividad del viviente»⁸⁶. Establece, de esta manera, una estrecha relación entre el producto de la ciencia, expresado a través de los conceptos que esta elabora, y el resto de modos de conocimiento no considerados como científicos pero que también muestran una manera de valorar la vida humana. Por eso, «la historia de la racionalidad canguilhemiana se encuentra siempre en relación con un exterior técnico, político y biológico, que se compone de prácticas y de cuerpos vivientes, pero también de relaciones de poder»⁸⁷. La crítica que lleva a cabo Canguilhem a esta historia de la racionalidad le llevará a afirmar que toda ciencia está sometida a unos límites, los que le impone su propia historia, pero también a aquellos otros que son el resultado de su confrontación con otros valores, ya sean éticos o políticos. Por eso, y en este sentido la introducción del debate en torno a lo normal y lo patológico vendrá a ser central, la

⁸⁵ *Ibid.*, p. 43.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 46.

⁸⁷ *Ídem*, p. 46. Pese a ello, la historia de la ciencia no se aleja de sus valores constituyentes, como son la racionalidad, la objetividad y la universalidad del pensamiento científico.

crítica de Canguilhem se dirigirá a la construcción de una racionalidad médico-práctica, en donde se reconoce «en el fenómeno de la cura la colaboración entre el saber científico-experimental y el no saber de los valores vitales creados por el organismo en conflicto con su medio»⁸⁸.

4.2. Las concepciones de la enfermedad en el nacimiento de la medicina científica moderna.

Como nos recuerda Élisabeth Roudinesco, según Foucault *Lo normal y lo patológico*

[...] remitía a lo esencial del trabajo canguilhemiano: la reflexión sobre la vida y la muerte; la valorización del estatuto del “error” y de la racionalidad en la historia de las ciencias; la insistencia sobre las nociones de continuidad y de ruptura, de norma o de anomalía; la puesta al día, en el campo de la medicina, de las relaciones entre experimentación y conceptualización⁸⁹.

Efectivamente, en esta obra escrita por Canguilhem en 1943 y completada entre los años 1963 y 1966 con las *Nuevas reflexiones concernientes a lo normal y lo patológico*, se irán desgajando gran parte de las ideas que el filósofo-médico francés fue desarrollando en obras y artículos posteriores. Por otra parte, Foucault retomará gran parte de los temas que Roudinesco ha señalado y los desarrollará en algunas de sus obras más importantes. Además, teniendo en cuenta que entre la primera versión del libro y la segunda existe una continuidad esencial, no es menos cierto que la aparición de las *Nuevas reflexiones* en los años sesenta daría a los contenidos iniciales un sesgo más social o, si se quiere, menos científico.

Para Canguilhem, la filosofía de la vida gira en torno al concepto de norma. Resulta estéril separar la vida de la norma pues ambos conceptos forma una identidad en la que no es posible hablar de uno sin tener en cuenta al otro. Tal vez por ello, el objetivo último de *Lo normal y lo patológico* no sea otro que mostrar que incluso en lo

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 44-45.

⁸⁹ ROUDINESCO, É.; *Filósofos en la tormenta*, traducción de Sandra Garzonio, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 16.

patológico, existe la norma. Que exista un estado de enfermedad no significa que la norma esté ausente. Todo lo contrario, «lo patológico no implica ausencia de norma»⁹⁰. Lo que exige esta nueva situación es una nueva configuración del organismo, «indica una configuración novedosa del organismo, una adaptación posible de lo viviente a las perturbaciones del medio externo o interno debidas a la instauración de otras normas»⁹¹. Lejos de verse como algo negativo, Canguilhem reconocerá el carácter positivo que se puede extraer de la enfermedad al ver cómo esta no significa otra cosa que un cuestionamiento del viviente a los nuevos requerimientos del medio. El viviente se problematizará a sí mismo hasta poder deducir de ahí un nuevo orden normativo. Por ello, como se ha llegado a afirmar⁹², en la obra de Canguilhem se transita de manera evidente desde una filosofía que va de lo vital a lo social, lo cual no deja de ser una concepción antropológica en la que, más allá de los artificios simbólicos o lingüísticos, de lo que se trata es de destacar la actividad productiva del viviente humano reflejada en su capacidad normativa. Para Canguilhem, la norma es «el resultado que confiere “un valor a algún Objeto, Acontecimiento o Acto en su relación con algún fin implícito o explícito”»⁹³. Hablar de la norma es hablar de su carácter relacional, pues toda norma siempre se remite a algún fin, a alguna meta cuyo propósito no es otro que restaurar o consolidar un estado. Según esta acepción de norma lo previo a lo normal no es otra cosa que lo anormal, razón esta por la cual la vida siempre ha de pensarse a partir de una precariedad esencial y previa, pero que demanda una normalidad en el futuro. Esta precariedad primaria de la vida, que se enfrenta a lo anormal radicalmente y de forma ineludible, «suscita la conciencia de una falta, reclama una corrección»⁹⁴. Le Blanc señala la presencia de una antropología existencial en la obra de Canguilhem desde el momento en que éste reclama el trabajo de la norma, la normatividad del viviente, como elemento restaurador y de recuperación de la pérdida inicial. Así, «la norma se transforma en un principio de corrección, de rectificación o de asimilación de lo dado arcaico»⁹⁵. Estas consideraciones canguilhemianas en torno a la condición existencial

⁹⁰ LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, traducción de Elena Marengo, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004, p. 9.

⁹¹ *Ibid.*, p. 9.

⁹² LE BLANC, G.; *Canguilhem et la vie humaine*, Paris, PUF, 2010. Para este autor, la filosofía de Canguilhem es una filosofía de la vida en la que la actividad humana viene marcada por su capacidad creadora de normas, es decir, por la acción humana en su relación con el medio, de lo cual puede deducirse una filosofía biológica y médica que nos muestra la fuerza de la vida, su enorme poder de individualización y de producción de normas.

⁹³ Cit. en LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, *op. cit.*, p. 19.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 20.

⁹⁵ *Ídem.*

del viviente humano nos remite, forzosamente, a Foucault. Aquella ontología del “anonadamiento de los seres” en la cual cada individuo debía afirmarse a partir del juego que suponía relacionarse con su medio, nos aporta más información sobre la relación Canguilhem-Foucault. La dialéctica establecida por el viviente con su medio constituye el elemento esencial de la elaboración normativa. Por otro lado, esa misma dialéctica no puede separar la íntima relación de la vida con la muerte. Si Le Blanc habla de una filosofía de la vida humana en Canguilhem, sin duda se trata de una filosofía que también debe tratar de la muerte, siempre presente, por otra parte, en Foucault. Podemos decir que la muerte siempre ocupó un lugar central en el pensamiento de Foucault ya desde *El nacimiento de la clínica*. No habría, dirá Foucault, un saber sobre la vida sin otro, correlativo, sobre la muerte. Razón esta que le obligaría a tratar la obra de Bichat, figura inexcusable también en Canguilhem.

Como afirma Le Blanc, en la obra de Canguilhem «se intenta fundar una filosofía de la individualidad viviente poniendo de manifiesto las condiciones vitales de individuación que el dogma de la identificación de lo normal con lo patológico había tachado»⁹⁶. Esta tesis, central por otra parte, remite al modo en que el viviente humano construye su relación con el medio. Toda individualidad, que es histórica, se construye a partir de las relaciones con la vida, incluso en la enfermedad, que «revela lo que hace tal al ser viviente, el esfuerzo de todo individuo biológico por mantenerse vivo y acrecentar su potencia»⁹⁷. Así, si tanto la salud como la enfermedad se definen en el individuo por la relación normativa de éste con la vida, es decir, con el medio en el que despliega sus capacidades, Canguilhem podrá criticar aquella tradición dogmática que equiparaba la salud con la enfermedad y que encontraba la diferencia entre estos dos estados sólo en una cuestión de intensidad. La crítica irá dirigida a Comte y, sobre todo, a Broussais, quien «estableció que los fenómenos de la enfermedad coinciden esencialmente con los de la salud, de los que siempre difieren sólo por la intensidad»⁹⁸. El antipositivismo de Canguilhem, reflejado también en Foucault, cuestiona este dogma que situaba lo fisiológico sobre lo patológico o, lo que es lo mismo, la perspectiva objetivizante sobre el individuo que vive. Se trata esta de una perspectiva reduccionista, en la que el sujeto

⁹⁶ *Ibid.*, p. 29.

⁹⁷ *Ídem.*

⁹⁸ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, traducción de Ricardo Potschart, México D.F., Siglo XXI, 2005, p. 27.

que siente la enfermedad y la salud desaparece y cede su lugar al dato objetivo del médico o del científico.

Por otra parte, recordando la tesis que sobre la epistemología de los conceptos nos descubrió Canguilhem y que, más tarde desarrollaría Foucault, resulta más que evidente que los conceptos se van conformando a partir de la relación que establecen con otros ámbitos del saber. Como asegura Canguilhem para referirse a la identidad establecida por el positivismo decimonónico entre la normalidad y la anormalidad, «la tesis científica que identifica lo normal y lo patológico encubre una norma de origen social y político que extrae las razones de su eficacia de una filosofía del orden»⁹⁹. Como ya hemos visto más arriba, los conceptos circulan y se propagan de un dominio a otro del saber adquiriendo material, podemos decir que extranjero, de esa relación con otros discursos. Para Canguilhem, el principio Broussais lo que hace es enunciar, sobre todo, un concepto moral que «expresa un equilibrio posible entre las influencias de la naturaleza y las del organismo»¹⁰⁰. El propio Canguilhem es consciente de esta transición de conceptos entre diferentes ámbitos del conocimiento, sobre todo al referirse al concepto de armonía, central en la filosofía positivista, el cual aclara la relación entre lo normal y lo patológico. De ahí que para Canguilhem «el concepto de normal o de fisiológico resulta reducido a un concepto cualitativo y polivalente, estético y moral más que científico»¹⁰¹. Esta reducción a la que se refiere Canguilhem nos muestra lo que su epistemología histórica ha venido a demostrar, que no es otra cosa que la afirmación de que el objeto de las ciencias no es el “objeto natural” que la experiencia encuentra de forma despreocupada sino, por el contrario, es «el producto de la construcción permanente y progresiva que es justamente la teoría científica»¹⁰². Con la crítica del principio de Broussais Canguilhem habrá visto cómo los juicios científicos pueden esconder juicios normativos que, en muchas ocasiones, tienen un origen social. Este razonamiento será aprovechado por Foucault, como veremos más adelante, para justificar el paso que va desde el descubrimiento de la vida hasta la utilización de la misma por parte de una determinada forma de racionalidad gubernamental. Por consiguiente, tanto en Canguilhem como en Foucault se revelará lo que Le Blanc ha denominado «lo impensado social de la ciencia, que proviene de su tenor específicamente ideológico: no sólo los valores científicos son independientes de los

⁹⁹ LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, op. cit. p. 34.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 33.

¹⁰¹ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 30.

¹⁰² PALTRINIERI, L.; *L'expérience du concept...*, op. cit., p. 36.

valores sociales, sino que su campo de aplicación puede sustraerse a la pertinencia científica por su gran peso social»¹⁰³. Por esta razón habrá que recordar que para Canguilhem primero es el concepto y luego la teoría. Si el concepto científico viene a dar forma a las teorías científicas, de igual manera «el concepto de norma representa un preciso ejemplo de esta destitución del punto de vista teórico y del privilegio otorgado a la apertura de una problemática»¹⁰⁴. Tanto Foucault como Canguilhem irán de la mano cuando se trata de problematizar el estatuto de las teorías.

Volviendo a la advertencia anterior de que lo “impensado social de la ciencia” proviene de su carácter ideológico, no conviene olvidar que será Canguilhem quien dedique uno de sus más conocidos artículos a analizar qué es una ideología científica. Por ideología científica, Canguilhem llegará a entender un sistema explicativo que «siempre precede a una ciencia en el campo en el que esta llegará a instituirse»¹⁰⁵. Advirtiendo de la necesidad de separar lo ideológico de lo científico, también es consciente de la dificultad de hacer desaparecer cualquier vestigio ideológico en la construcción de la verdad científica. La presencia en los conceptos de elementos ideológicos funciona en las teorías científicas y en cualquier orden del saber como oposición al esclarecimiento que precisamente busca la ciencia. Ralentiza la formalización de las unidades conceptuales de las que dependen esos órdenes del saber precisamente por mantener aún los problemas clásicos unidos a sus respuestas clásicas, sin ir más allá. Por esta razón, Le Blanc afirma que «es necesario entender la ideología como la suma de los elementos teóricos no pensados que estructuran los discursos científicos»¹⁰⁶, es decir, contemplar la introducción en el discurso científico de lo oculto y de lo no dicho. Cuando Canguilhem escribe que la historia de un concepto no es lógica, en el sentido de no responder al modelo típico que impone una marcha progresiva y racional hacia la verdad¹⁰⁷, está indicando la dificultad de reconstruir la historia del concepto, sin que por ello se deba abandonar la tarea.

¹⁰³ LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, op. cit. p. 34.

¹⁰⁴ MACHEREY, P.; *De Canguilhem a Foucault: la fuerza de las normas*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2011, p. 67.

¹⁰⁵ CANGUILHEM, G.; *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*, traducción de Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005, p. 57. Más adelante, Canguilhem insistirá en la necesidad de separar la ideología y la ciencia con el objeto de impedir ciertas continuidades no deseables en historia de la ciencia como sería la presencia de “ciertos elementos de una ideología aparentemente conservados y la ideología científica que destituyó a la ideología”, op. cit., p. 58.

¹⁰⁶ LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, op. cit., p. 42.

¹⁰⁷ CANGUILHEM, G.; *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*, traducción de Juan Rovira, Barcelona, Avance, 1975, pp. 17-18.

Lo normal y lo patológico muestra cómo del enfrentamiento entre las concepciones comteanas, apoyadas en el principio de Broussais, y las de Claude Bernard, surgirá la medicina científica moderna. Ya sea partiendo de la consideración de la enfermedad como un defecto-exceso de la afección recibida por los tejidos y que permite estudiar lo normal o, a la inversa, siendo lo normal el estado desde el que partir para estudiar las perturbaciones del estado patológico, Canguilhem observará cómo la fisiología ha apartado al sujeto de una concepción clínica mucho más coherente con la idea de realidad humana como totalidad. Sin embargo, tras cuestionar el principio de Broussais y con ello toda la visión positivista, Canguilhem reconocerá en Claude Bernard el ser uno de los primeros en fundamentar el estudio de las patologías en argumentos demostrables y experimentables. Por otro lado, la deducción de lo patológico a partir de lo normal requerirá un conocimiento más estrecho de los órganos, es decir, exige un mayor conocimiento de la fisiología. Además del énfasis puesto por Bernard en la experimentación y en la fisiología, introducirá un término de gran importancia para el estudio de la medicina y con el cual la relación entre lo normal y la enfermedad podrá alcanzar un mayor grado de comprensión. Se trata de la expresión “comportamiento orgánico”, que «no es la mera réplica de una función fisiológica que le corresponde sino la aprehensión de una actitud biológica»¹⁰⁸. Esta reducción de lo normal y lo patológico a un comportamiento orgánico implicará localizar la enfermedad en cada una de las partes orgánicas susceptibles de sostenerla, lo cual significa caer en un tipo de explicación mecanicista que de ninguna manera puede dar una perspectiva global de la enfermedad. Por el contrario, Canguilhem rompe la homogeneidad establecida por Bernard entre lo fisiológico y lo patológico, y aboga por un nuevo comportamiento global del organismo en su totalidad cuando se trata de hablar de enfermedad. Así, Canguilhem afirma que «cuando se califica de patológicos a un síntoma o a un mecanismo funcional aislados, se olvida que aquello que los hace tales es su relación de inserción en su totalidad indivisible de un comportamiento individual»¹⁰⁹. Con ello pretende incluir en la noción de comportamiento orgánico una visión mucho más amplia que la de sus predecesores, admitiendo que cuando se siente la enfermedad no es sino el individuo, en su totalidad de viviente, el que la padece, y no sólo un órgano concreto.

¹⁰⁸ LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, op. cit., p. 35.

¹⁰⁹ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 61.

Esta apuesta por el individuo que mantiene Canguilhem le hará replantearse algunos principios básicos de la clínica médica, ya que «en materia de normas biológicas es necesario referirse al individuo»¹¹⁰. Es el individuo quien enferma, el que se declara enfermo al tomar conciencia de su dolor; la enfermedad no ha de entenderse como respuesta a algún tipo de perturbación y excitación interna o externa localizada en algún órgano, como entendía Bernard. La patología nunca se ha visto como “*otro modo de andar de la vida*”¹¹¹, nunca ha sido considerada como una nueva forma del sujeto enfermo de elaborar un juicio sobre sí mismo. Si la salud, como afirma R. Leriche, «es la vida en el silencio de los órganos»¹¹², «el estado de salud es la inconciencia del sujeto respecto a su cuerpo. A la inversa, la conciencia del cuerpo se produce en el sentimiento de los límites, de las amenazas, de los obstáculos para la salud»¹¹³. Afirmar que la enfermedad únicamente se juega en el nivel del tejido conlleva afirmar que pueda existir una enfermedad sin enfermo. Esta medicina que se trata de sobrepasar, y a la que apunta la crítica de Leriche¹¹⁴, llegará a afirmar que la enfermedad es, únicamente, una realidad de la que da cuenta el médico, pero no el enfermo.

Para Canguilhem la enfermedad pasa por la toma de conciencia del individuo de su nueva situación. Esta toma de conciencia exige la aparición de nuevas normas que lo ponen en relación con su medio así como la posibilidad de realizar nuevos juicios con los que poder comparar su nueva situación con respecto a otra anterior. Como escribe en *Lo normal y lo patológico*, «nosotros pensamos que no hay nada en la ciencia que no haya aparecido antes en la conciencia y que, particularmente en este caso que nos ocupa, el punto de vista del enfermo es en el fondo el verdadero»¹¹⁵. Si hay medicina, dirá, es por la existencia del enfermo. El médico viene después. Lo primero será el sentimiento de la enfermedad, los comportamientos que se derivan de ella y la capacidad reflexiva del sujeto sobre la nueva situación. Así, Canguilhem busca humanizar la medicina partiendo del axioma que afirma que lo primero es el viviente enfermo, y después el médico. Dicho de otro modo, «existe una medicina porque hay

¹¹⁰ *Ibíd.*, p. 137.

¹¹¹ *Ibíd.*, p. 62.

¹¹² Cit. en CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 63.

¹¹³ *Ibíd.*, p. 63.

¹¹⁴ Como señala Canguilhem, para Leriche la conclusión a la que llegó la medicina en su época, y que él estaba decidido a criticar, fue que «si se quiere definir la enfermedad es necesario deshumanizarla». Cf. p. 64.

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 64.

hombres que se sienten enfermos, y no porque hay médicos se enteran por ello los hombres de sus enfermedades»¹¹⁶. Esto es lo que, precisamente, reivindica Leriche y que aspira a realizar el proyecto de Canguilhem: relacionar individuos concretos con el médico, y no tanto con los órganos; escuchar el juicio del enfermo, pues «estar enfermo significa verdaderamente para el hombre vivir una vida diferente, incluso en el sentido biológico de la palabra»¹¹⁷. La capacidad de ser conscientes de estar viviendo una vida diferente le viene dada al sujeto por estar siempre inmerso en una realidad mediada por normas. Unas normas que, en el caso del sujeto enfermo, le hacen ver como pérdida aquella situación a la que ahora ha de referirse de manera distinta y que entorpecen el desarrollo normal de la vida al hacerle sufrir. Como escribe Leriche la enfermedad «es un orden fisiológico nuevo y la terapéutica tiene que plantearse como objetivo la tarea de adaptar al hombre enfermo a ese orden»¹¹⁸, un orden reflejado en la capacidad del sujeto de darse nuevas normas.

4.3. La norma y su función.

La pregunta sobre la existencia de una posible ciencia de lo normal y de lo patológico ocupa gran parte del interés de Canguilhem en *Lo normal y lo patológico*. Plantear este interrogante le exigió a Canguilhem enfrentarse en su obra con una serie de problemas con los que la medicina (incluyendo la ciencia de la psiquiatría) y la filosofía habían estado debatiendo en las primeras décadas del siglo XX. No conviene olvidar que, como escribe Roudinesco, cuando

[...] Canguilhem se inspiró en la obra de Kurt Goldstein *La Structure de l'organisme* [La estructura del organismo], publicada en Alemania en 1934, rendía homenaje al saber psiquiátrico francés, y en particular a Charles Blondel, a Eugène Minkowsky y a Daniel Lagache, porque también ellos habían contribuido a “definir la esencia del hecho psíquico mórbido o anormal y sus relaciones con lo normal”(2007, 35)¹¹⁹.

Las experiencias y reflexiones individuales de cada uno de estos psiquiatras llevaron a Canguilhem a definir su particular concepción de un sujeto normativizado en

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 65.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 60.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 67.

¹¹⁹ ROUDINESCO, É.; *Filósofos en la tormenta*, op. cit. p. 35. La cita de Canguilhem la toma de *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 83.

su relación con el medio en el que vive y en el que se afirma como viviente. De Goldstein tomará la idea de “ser individual” a partir de la relación del organismo con su medio. Por otra parte, Minkowski trazará la línea de un análisis existencial del ser vivo en su relación directa con la realidad. De aquí surge su particular concepción de la esquizofrenia, definida no por el trastorno producido en las asociaciones realizadas por el sujeto, sino por la fisura que existe entre su experiencia como viviente y la realidad. De este vacío creado con la realidad, Minkowski deducirá la existencia de una serie de “actitudes mórbidas” que no son más que respuestas que el sujeto que sufre establece con esa realidad y que sólo su existencia concreta logrará entender. Sin embargo, para Canguilhem no puede tratarse de manera idéntica la anomalía somática y la anomalía psíquica pues tanto uno como otro (enfermo somático o mental) tienen una relación distinta respecto a lo normal.

Las reflexiones tanto de Minkowski como de su colega Binswanger, fundadores de la fenomenología psiquiátrica, tendrán enorme influencia no solo en la obra de Canguilhem, sino que también tendrán su importancia en la temprana obra de Foucault. Recordemos que Foucault escribió la introducción en 1954 a la traducción francesa de la obra *Le Rêve et l'existence* de Ludwig Binswanger donde destaca, entre otras cosas, cómo su obra trata de «situar el análisis existencial en el desarrollo de la reflexión contemporánea sobre el hombre»¹²⁰, lo cual significará, para Foucault, un tránsito desde la fenomenología hacia la antropología. Para Foucault, Binswanger ha tomado en serio la existencia concreta y su relación con la historia, lo que bien le pudo proporcionar algunos elementos heurísticos para desarrollar en *Las palabras y las cosas* algunos de sus análisis sobre la ontología del anonadamiento y para tratar el concepto de medio en algunos de los naturalistas de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Pero si tenemos que destacar una figura que sin duda sí podemos rastrear continuamente en Canguilhem y, quizá por extensión, en Foucault, ésa es la de Kurt Goldstein. Goldstein aportará a Canguilhem las herramientas necesarias para invertir la situación del individuo en una clínica en la que éste aparecía como prácticamente borrado y donde el único que hablaba de la enfermedad y, por tanto, la hacía existir, era el médico. Goldstein no sólo le aporta a Canguilhem la posibilidad de desplazar el lugar preeminente que entonces ocupaba la fisiología en relación con las funciones del cuerpo

¹²⁰ FOUCAULT, M.; “Introduction”, en *Dits et Écrits*, I, 1954-1975, *op. cit.*, p. 93.

en un ideal estado de salud sino que, además, le proporciona una vía más fecunda. Como nos recuerda otra vez Roudinesco, la noción de organismo de Goldstein le ofrece a Canguilhem la posibilidad de «mostrar que la fisiología es la “ciencia de los ritmos estabilizados de la vida”»¹²¹ y que a través de ella entendemos el “comportamiento fisiológico” del viviente en su dialéctica con el medio. Por otra parte, y esto es central en Canguilhem, Goldstein entiende que lo patológico revela «una estructura individual modificada»¹²². Cada individuo, en cada uno de sus estados, sea como individuo enfermo o individuo sano, se desarrolla según una normalidad que ha establecido en relación con su medio, sea éste interno o externo, lo que revela la flexibilidad de la norma. Es este carácter flexible el que le permite al viviente adaptarse a distintas situaciones y convertirlas en normales. Por eso, como afirma Canguilhem, la flexibilidad de las normas establece que «en situaciones diferentes hay normas diferentes»¹²³.

A partir de la flexibilidad de la norma, Canguilhem vendrá a afirmar que si el viviente humano está normalizado en su enfermedad, lo está «en condiciones de existencia definidas»¹²⁴ que le garantizan la vida. Sin embargo, esto significa que en la enfermedad el individuo «ha perdido la capacidad normativa, la capacidad de instituir diferentes normas en condiciones diferentes»¹²⁵. Para Canguilhem, en la enfermedad el viviente pierde capacidad normativa por la dificultad de adaptación a otras situaciones. La enfermedad, que Goldstein entiende como «conmoción y puesta en peligro de la existencia»¹²⁶, no puede dejar de partir de la noción de *ser individual*. Es el individuo concreto, en su unidad orgánica, el que siente la enfermedad y el peligro de negación existencial que esta lleva en sí. Es por la conciencia del dolor, del sufrimiento y de la enfermedad, por lo que el sujeto entra en el ámbito de la conciencia concreta. Así, tanto para Canguilhem como para Goldstein, es la enfermedad la que dará sentido a la individualidad. Como afirma Le Blanc, «en el origen de una individuación hay una percepción: me siento enfermo»¹²⁷, una percepción que constituye también un acto de conciencia. Por otro lado, estar enfermo significa para Canguilhem que «el enfermo no

¹²¹ ROUDINESCO, É.; *Filósofos en la tormenta*, op. cit., pp. 37-38.

¹²² CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 139.

¹²³ *Ibid.*, p. 138.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 139.

¹²⁵ *Ídem.*

¹²⁶ *Ibid.*, p. 140.

¹²⁷ LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, op. cit., p. 41.

es anormal por ausencia de norma sino por incapacidad para ser normativo»¹²⁸. Así, lo que muestra la enfermedad es la individualidad biológica, el hecho de ser un viviente en sentido biológico por estar abierto a la enfermedad y a la muerte, «mientras que la subjetividad introduce en la enfermedad un modelo de iniciativa y actividad que el término “sentido” contribuye a forjar»¹²⁹. Es decir, que la subjetividad del viviente da sentido a su comportamiento, permite la toma de conciencia de su actividad en relación consigo mismo.

A partir del concepto de norma y de enfermedad, Canguilhem pudo establecer la dinámica entre la individualidad del viviente y su subjetividad. Si la primera se concibe en relación a la enfermedad y a la muerte, por tratarse de una individualidad biológica, la subjetividad viene marcada por la toma de conciencia de los juicios que sobre el propio cuerpo puede hacerse el sujeto. La enfermedad es tomada como referencia para afirmar la individualidad biológica, mientras que la norma hay que entenderla como un «valor heurístico»¹³⁰. Hablamos de norma para referirnos a lo que es conforme a la regla, regular; es aquello que se conserva en su justo medio, que es tal como debe ser, que constituye un promedio¹³¹. Con la norma el individuo designa un hecho y un valor, pues toda emisión de juicios conlleva la atribución de un valor a un hecho. En la comprensión de la realidad siempre se dan juicios y apreciaciones a partir de generalizaciones que buscan coincidir con lo ideal. Lo mismo pasa en medicina, «donde el estado normal designa al mismo tiempo el estado habitual de los órganos y su estado ideal, puesto que el restablecimiento de ese estado habitual es el objeto ordinario de la terapéutica»¹³² y del propio sujeto. No podemos, siguiendo a Canguilhem, aceptar que la restauración de un estado anterior sea solo un valor que el sujeto pueda atribuir sin más. Toda reacción individual ante una enfermedad refleja que la vida «no es indiferente a las condiciones en las cuales ella es posible, que la vida es polaridad y por ello mismo posición inconsciente de valor, en resumen: que la vida es de hecho una actividad normativa»¹³³. ¿A qué denomina Canguilhem normativo? Si nos atenemos al sentido estricto del término, «normativo es aquello que instituye normas»¹³⁴. De esta

¹²⁸ *Ibid.*, p. 141.

¹²⁹ LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, op. cit., p. 41.

¹³⁰ MACHEREY, P.; *De Canguilhem a Foucault: la fuerza de las normas*, op. cit., p. 68.

¹³¹ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., pp. 96-97.

¹³² *Ibid.*, pp. 91-92.

¹³³ *Ibid.*, p. 92.

¹³⁴ *Ídem.*

manera, apuntará Canguilhem que la normatividad biológica hay que tomarla en este sentido, como una capacidad del viviente a partir de la cual se instituyen normas, comportamientos y ajustes biológicos al medio. Sin embargo, como escribe Canguilhem, «no atribuimos a las normas vitales un contenido humano, sino que nos preguntamos cómo la normatividad esencial de la conciencia humana se explicaría si no estuviese de alguna manera en germen en la vida»¹³⁵.

4.4. La normatividad, entre la individualidad biológica y la subjetividad.

A partir de la atribución que Canguilhem va añadiendo a cada uno de los términos cuya relevancia es ineludible en *Lo normal y lo patológico*, como son los de norma, normalidad, normatividad, anomalía, patología o enfermedad, la semántica de los mismos irá trazando una red cuyo objetivo no es otro que situar el concepto de viviente en un lugar donde nunca antes, pensamos, la filosofía lo había colocado. La importancia de esta red conceptual trazada por Canguilhem fue bien entendida por Macherey, quien verá en la normatividad biológica propia del viviente un carácter inmanente que trasciende lo social. Se trata, dirá, de un acto de inversión radical, en el que la relación entre la vida y las normas se leerá de otro modo pues «no es la primera la que está sometida a las segundas, mientras éstas actúan sobre ella desde el exterior; antes bien, el movimiento mismo de la vida produce las normas, de manera completamente inmanente»¹³⁶. Para Macherey, la tesis central de *Lo normal y lo patológico* consiste en que:

Hay una normatividad esencial de lo viviente, creador de normas que son la expresión de su polaridad constitutiva. Esas normas explican el hecho de que lo viviente no pueda reducirse a un dato material y sea en cambio una posibilidad, en el sentido de una potencia: una realidad que se da desde el inicio como inacabada porque se confronta de manera intermitente con los riesgos de la enfermedad y de manera permanente con el de la muerte¹³⁷.

La dialéctica que las normas establecen con el medio biológico y el medio social abarca también el concepto de *anomalía*. Lo que define a toda anomalía es su carácter

¹³⁵ *Ibid.*, pp. 92-93.

¹³⁶ MACHEREY, P.; *De Canguilhem a Foucault, op. cit.*, p. 122.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 122.

extraño y raro. Una anomalía biológica es algo insólito y único que no tiene ninguna relación con la patología o la anormalidad. Ni siquiera con la enfermedad. La anomalía remite a la normatividad vital y, para Foucault, a la exclusión social. Para Canguilhem, «la anomalía es aquel hecho de variación individual que impide que dos seres puedan reemplazarse mutuamente de manera completa»¹³⁸. La anomalía se juega a nivel individual y se presenta como forma de aberración o como monstruosidad, imposibilitando así la normatividad del viviente como capacidad de adaptación. Es la negación de la normatividad vital, de su potencia, pues despliega el “sentido” del viviente a partir de la serie de juicios, elecciones y formas que éste debe adoptar para relacionarse con su medio. Por esta razón, «vivir –dirá Canguilhem– es, incluso en una ameba, preferir y excluir. Un tubo digestivo, órganos sexuales, son normas del comportamiento de un organismo»¹³⁹. Vivir, por consiguiente, implica elecciones y juicios y, como consecuencia, valoraciones. El viviente, en su actividad esencial, siempre está valorando las opciones que le ofrece su medio para desplegar sobre él su capacidad normativa y volverlo un lugar regulado y ordenado. Se impone un orden valorativo. Un orden sin el cual no podremos comprender la individualidad biológica y, con ello, el carácter subjetivo de la normalidad vital. Por ello no es extraño que Canguilhem reitere una y otra vez cómo la capacidad normativa del viviente no es más que la capacidad de instaurar normas nuevas en condiciones nuevas impuestas por su medio. Es por su relación con el medio y por su actividad normativa que el viviente puede estructurarse y adquirir su forma de sujeto. Esta actividad le lleva a Canguilhem a afirmar que vivir es fundamentalmente un acto normalizador que busca constantemente instituir su propia norma, ajustarse a ella y, sobre todo, trazar con el medio las directrices adecuadas para mantener unas *formas de existencias* lo suficientemente adecuadas como para no desaparecer. Porque, como escribe Canguilhem, la vida, «es formación de formas»¹⁴⁰; formas vivientes, totalidades, donde «el sentido reside en su tendencia a realizarse como tales en el curso de su confrontación con su medio»¹⁴¹.

En el proceso de “formación de formas de existencia” verá Canguilhem cómo las experiencias de lo normal y de lo patológico significan para el hombre una prueba de

¹³⁸ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 101.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 100.

¹⁴⁰ CANGUILHEM, G.; *La connaissance de la vie*, Paris, Vrin, 2006, p. 14. Traducción propia.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 14. Canguilhem retoma el enfoque de Goldstein sobre la biología según la cual los individuos que existen y tienden a existir lo harán buscando siempre realizar sus capacidades lo mejor posible en un medio dado. Goldstein concibe la biología como ciencia del organismo.

«la emergencia, en el sentido de las individualidades biológicas, de una subjetividad sufriente»¹⁴². Pese a que la enfermedad y el sufrimiento ocupan un lugar central en la vida, ésta se despliega en numerosos ámbitos, en actividades técnicas o creadoras de diversa índole. Produce, por su capacidad normativa, el medio que caracteriza lo específico de la vida humana; implanta el medio cultural en el que la individualidad biológica hará al viviente humano *sujeto* de sus operaciones¹⁴³.

Tanto en los procesos de individuación biológica como en los de subjetivación se incluye la dialéctica entre la patología y la normalidad. La patología, que por definición implica un *pathos*, nada tiene que ver con la anomalía, ya que se refiere al sentimiento que tiene el viviente del sufrimiento y que, por tanto, es normal. Lo anormal sería que esto no se diera; que se diera, por ejemplo, un estado de salud perfecta. Pero podemos afirmar, sin embargo, que una salud continua y perfecta es anormal pues la vida, en su polaridad, incluye la muerte. Por eso, dirá Canguilhem, «anormal quiere decir precisamente inexistente, inobservable. Por lo tanto, sólo es otra manera de decir que la salud continua es una norma y que una norma no existe. En este sentido abusivo, es evidente que lo patológico no es anormal»¹⁴⁴. Otra cosa bien distinta es aludir a estos términos desde la estadística donde, en cierto sentido, podemos llegar a pensar que lo anormal sea tan normal como la propia normalidad. Pero al margen de estas disquisiciones estadísticas, que Canguilhem matizará cuando analice el trabajo de Quêtelet, entiende lo “normal” dentro de la ecuación formada por los términos de enfermedad, patología y anormalidad y siempre teniendo como referencia la estructura del viviente. Para Canguilhem esto supone admitir sin ninguna objeción que hay patología al ser intrínseco al viviente humano la capacidad normativa. Pero por otro lado, Canguilhem llegará a afirmar que no existe una «ciencia biológica de lo normal. Hay una ciencia de las situaciones y condiciones biológicas llamadas ‘normales’. Esta ciencia es la fisiología»¹⁴⁵, que funda la medicina¹⁴⁶. Negando toda posibilidad a una

¹⁴² LE BLANC, G.; *Canguilhem y la vie humaine*, op. cit., p. 33. Traducción propia.

¹⁴³ G. Le Blanc tiene en cuenta la importancia que para Canguilhem tiene el concepto de sujeto. No se trata del sujeto trascendental que la metafísica empleó para construir sus grandes sistemas filosóficos sino, por el contrario, el modo que tiene la individualidad biológica del viviente de sujetarse a su medio a partir del desarrollo de la actividad creadora que posee. Por esta razón, la reformulación de algunos términos filosóficos realizada por Canguilhem le permitirá situar el pensamiento de este autor dentro de una perspectiva antropológica plenamente fundamentada.

¹⁴⁴ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 102.

¹⁴⁵ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 176.

¹⁴⁶ La medicina se fundamentará en la fisiología pero no así la clínica, que lo hace en la patología, es decir, en el sentimiento de la enfermedad y en la relación con el médico.

ciencia de lo normal, Canguilhem situará la fisiología al servicio de la normatividad viviente ya que es posible, dirá, una vida alejada de la normalidad fisiológica y médica. Por consiguiente, podemos deducir que la norma es un concepto que permite interrelacionar la fisiología, la patología y la clínica y que, por tanto, une el saber con el poder. Pero, sobre todo, la norma se halla tanto en el interior como en el exterior de la individualidad viviente y en continuo debate con su medio para poder organizarlo según sus valores de viviente. No olvidemos que «vivir es organizar un medio a partir de un centro»¹⁴⁷ y que, para Canguilhem, no hay más centro que el viviente¹⁴⁸. Un centro que hace que el mundo se estructure y gire hacia sus intereses. Ahí reside la fuerza de la norma y el poder de la normatividad, en hacer que el viviente se individualice y que se vuelva sujeto. La existencia de una normatividad originaria permitirá al viviente realizar los recortes significativos de su medio e imponer regularidades y ordenaciones. Es, en cierto modo, interactuar con el medio para poder *crearlo*. La intencionalidad en la que se aplica el viviente humano difiere, de este modo, de la intencionalidad del animal pues si el animal da prioridad a determinados aspectos de la realidad, el viviente humano hará eso mismo además de proyectar el sentido de su actividad normativa más allá de esa realidad¹⁴⁹. La reflexión llevada a cabo por Canguilhem en torno a la normatividad inmanente del viviente humano señala que en toda creación de normas y en toda interacción con el medio siempre existe una intencionalidad de dominio, por el hecho de que si el viviente humano está vinculado de forma íntima con su medio (hasta el punto de hablar de co-creación del medio) es porque posee una actividad normativa que le hace devenir sujeto y le permite la interacción con ese medio para ordenarlo valorativamente.

Entendida la importancia que para Canguilhem tiene la norma y el campo semántico que de este concepto se deriva, hay que considerar que por otra parte, y como

¹⁴⁷ PALTRINIERI, L.; *L'expérience du concept. Michel Foucault entre épistémologie et histoire, op. cit.*, p. 52.

¹⁴⁸ En “Y a-t-il une théorie du sujet chez Georges Canguilhem?”, VV.AA., *Georges Canguilhem. Philosophe, historien des sciences, op. cit.*, Alain Badiou ha señalada la inexistencia, de entrada, de cualquier doctrina del sujeto en la obra de Canguilhem. Sin embargo, el hecho de admitir cierta dimensión subjetiva en la biología desde el momento en que el viviente se interroga por el sentido vital de sus comportamientos permitirá concebir la existencia de un sujeto. Badiou llega a afirmar que si existe un sujeto en el pensamiento de Canguilhem es por la existencia, sobre todo, de una triple dimensión en ese centro que es el viviente: humanidad, conocimiento y ficción de cara al futuro. Traducción propia.

¹⁴⁹ Retomando la perspectiva de Badiou sobre la supuesta existencia en Canguilhem de una teoría del sujeto, ese viviente humano que da sentido al resultado de sus actividades normativas situándolas más allá de lo explícitamente presente, lo que hace es reflejar su carácter histórico y abierto. Cf. “Y a-t-il une théorie du sujet chez Georges Canguilhem?” *op. cit.*, p. 304.

afirma Macherey, situarse respecto a normas es «postularse como sujeto en el contexto de una sociedad normalizada que hace prevalecer sus leyes pero no sometiendo a su rigor a sujetos [...], sino, al contrario, instaurando un ámbito de subjetividad preparado de por sí para esa acción e inclinado a ella»¹⁵⁰. Para Macherey, como para Foucault, ser sujeto es estar *sujetado*, pertenecer a «una red homogénea y continua, un dispositivo normativo que al producirlos, o, mejor, al reproducirlos, los transforma en sujetos»¹⁵¹. Una red que tiene un objetivo muy claro: normalizar al hombre o, lo que es lo mismo, hacerlo normal. Como afirma Canguilhem «el hombre normal es el hombre normativo, el ser capaz de instituir nuevas normas, incluso orgánicas»¹⁵². Es un individuo que se encuentra confrontado incesantemente con el medio y consigo mismo, y en el que su normatividad es lo que otorga la subjetividad. Por esta razón, dentro de la espesura normativa que el propio viviente va tejiendo no se puede aceptar ninguna objetividad con carácter de normalidad, como hace Quêtelet, pues eso sería ignorar el valor normativo del viviente. Y ello porque el hombre normativo de Canguilhem es el hombre creador de sus propios valores. En este sentido, Canguilhem no se limitará a señalar que estos valores son los valores de la vida, los que permiten la existencia de todo ser vivo. Lo que busca es llevar el análisis de la individualidad biológica y de la subjetividad al campo de lo social, pues el hombre normativo es una fuerza de cambio, y normal en él es romper unas normas e imponer otras.

4.5. De lo vital a lo social.

Los desplazamientos teóricos llevados a cabo por Canguilhem en el campo del análisis de la medicina y de la clínica, en los que pretende cambiar el sentido interpretativo de la fisiología y de la relación médico-paciente, tuvieron gran resonancia en la intelectualidad francesa de su época, sobre todo en Foucault. Los artículos escritos por Canguilhem a finales de los años cincuenta y en la primera mitad de los sesenta, tiempo este en el que Foucault estaba gestando *Las palabras y las cosas*, nos proporcionan un acercamiento no solo a la relación entre estos dos filósofos sino que, incluso, nos permiten también asomarnos a ciertas continuidades conceptuales. Sin embargo, será con la aparición de las *Nuevas reflexiones relativas a lo normal y lo patológico*, escritas entre 1963 y 1966, pero pensadas desde la aparición del *Ensayo*

¹⁵⁰ MACHEREY, P.; *De Canguilhem a Foucault*, op. cit., pp. 94-95.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 94.

¹⁵² CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 104.

acerca de algunos problemas relativos a Lo normal y lo patológico en 1943, donde Canguilhem realice la transición desde lo puramente biológico a lo social y político. Pese a reconocer la importancia que para las ciencias humanas y para la etnología tiene el estudio de lo normal y lo patológico, Canguilhem observó el problema derivado de pasar del estudio del viviente individual a la generalidad de la cultura y de los comportamientos sociales, llegando a definir la norma como «aquello que fija lo normal a partir de una decisión normativa»¹⁵³. En la actividad social las normas son correlativas y prácticamente autorreferenciales. Como afirma Canguilhem, esa «co-relatividad de las normas sociales: técnicas, económicas, jurídicas, tiende a convertir su unidad virtual en una organización»¹⁵⁴. Entendida la sociedad como una organización, que no como un organismo, las reglas han de aprenderse y aplicarse. La organización social impone procesos de educación y modos de imposición externos al viviente humano, todo lo contrario que en un organismo vivo, donde esas reglas sí son inmanentes y vendrán a regularse desde dentro.

El concepto de regulación ocupa en Canguilhem un lugar central. A partir de las ideas que van surgiendo en las *Nuevas reflexiones* sobre el concepto de regulación y tras el artículo escrito para la *Encyclopedia Universalis* titulado “Régulation”¹⁵⁵, Canguilhem dispondrá de la herramienta conceptual necesaria para pasar del estudio del organismo viviente individual al estudio de la organización social. En este artículo Canguilhem dirá que la regulación es «el ajuste, conforme a alguna regla o norma, de una pluralidad de movimientos o de actos y de sus efectos o productos que su diversidad o su sucesión toman en principio extraños los unos a los otros»¹⁵⁶. Se trata de un concepto que aparece en la biología y en la fisiología a mediados del siglo XIX pero que se ha extendido y ha sido utilizado por la economía, la sociología y las matemáticas. Sin embargo, el concepto de regulación es fundamental para la biología, donde se encuentra en «la casi totalidad de las operaciones del ser viviente: morfogénesis, regeneración de las partes mutiladas, mantenimiento del equilibrio dinámico, adaptación a las condiciones de vida en el medio. La regulación es el hecho biológico por excelencia»¹⁵⁷. ¿Cómo es posible que un concepto que parece “hecho” para la biología

¹⁵³ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 193.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 197.

¹⁵⁵ “Régulation”, *Encyclopedia Universalis*, t. 19, Paris, 1989, pp. 711-713. Traducción propia.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p.711.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p.712.

pueda saltar a la sociología o a cualquier otra disciplina de las ciencias sociales? Para Canguilhem esto es posible siempre y cuando entendamos que «las relaciones sociales son un modo de comportamiento abierto, inscrito en el código genético del hombre»¹⁵⁸. De aquí a comprender que la regulación es una técnica de gobierno de las conductas hay un pequeño paso. Si más arriba hemos entendido al viviente como una totalidad unificada, para Canguilhem «lo que hace esto posible es la existencia en el organismo de un conjunto de dispositivos o mecanismos de regulación, cuyo efecto consiste precisamente en el mantenimiento de esa integridad, en la persistencia del organismo como un todo»¹⁵⁹. El problema viene de la dificultad de pensar la sociedad como organismo porque, como dirá Canguilhem, una sociedad tiene más de máquina que de organismo. En toda sociedad las regulaciones y las normas son consustanciales a su formación pues «no hay sociedad sin regulación, no hay sociedad sin regla, pero no hay en ella autorregulación. En ella la regulación está siempre, por decirlo así, sobreañadida, y es siempre precaria»¹⁶⁰ debido, sobre todo, a los desequilibrios sociales. Pese a que no puedan establecerse paralelismos demasiado estrechos entre el organismo viviente y el organismo social (más allá de la metáfora), lo cierto es que detrás de la necesidad que las sociedades tienen de ser reguladas existe un cierto pensamiento del orden que le llega a las ciencias humanas a partir de la biología y, sobre todo, del estudio de la vida. Como afirma Canguilhem en las *Nuevas reflexiones*, «la regulación, la integración en el todo de las partes sucesivamente relacionadas, es una necesidad social específica. Regular la vida de una sociedad, familia o ciudad, significa insertarla en una sociedad al mismo tiempo más general y más noble»¹⁶¹. Por eso, «regular, hablando socialmente, significa hacer que prevalezca el espíritu de conjunto»¹⁶², es decir, un buen gobierno. Esta es la razón por la que en el artículo titulado “La formación del concepto de regulación biológica en los siglos XVIII y XIX”, escrito en 1974, Canguilhem no comience el desarrollo de la noción de regulación a partir del estudio de los mecanismos reguladores de Huygens o Watt, sino que lo haga a partir de la idea de *estilo de gobierno*, la acción de Dios sobre el mundo y del debate metafísico entablado por Leibniz y Newton. Para Canguilhem hay que matizar entre los fenómenos sociales y los vitales. Si los primeros requieren planificar sus procesos de normalización, los segundos

¹⁵⁸ *Ídem.*

¹⁵⁹ CANGUILHEM, G., “El problema de las regulaciones en el organismo y la sociedad”, en *Escritos sobre la medicina*, Traducción de Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2004, p. 108.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 118.

¹⁶¹ CANGUILHEM, G., *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 198.

¹⁶² *Ibid.*, p. 199.

se hallan más perfeccionados en virtud de su mejor adaptación al medio a lo largo de la evolución. Dentro de la organización social, el viviente parece buscar adaptarse a satisfacciones funcionales, mientras que fuera de esta organización «el ser vivo es adaptado bajo el efecto de necesidades de orden mecánico, físico-químico o biológico»¹⁶³. Por otra parte, en la relación con el medio también difieren el organismo viviente y el organismo social, pues éste último «no se encuentra arrojado en un medio ambiente al cual tiene que plegarse, sino que estructura su medio ambiente al mismo tiempo que desarrolla sus capacidades en cuanto organismo»¹⁶⁴. Pese a esta estructuración del medio social, Canguilhem entiende las dificultades existentes en realizar inferencias de lo vital a lo social¹⁶⁵. En *El conocimiento de la vida*¹⁶⁶ la interacción entre lo vital y lo social se interpreta a partir del concepto de vida, pues esta aparece como un objeto que puede conocerse pero también como productora de conocimiento y de valores. Por esta razón, compartimos con Macherey su afirmación de que la vida es, ante todo, *inacabamiento*, al no ser completamente ni objeto ni sujeto. La vida «no es del todo conciencia intencional y tampoco materia expuesta a ser labrada, inconsciente de los impulsos que la movilizan. Es potencia –dirá Macherey– esto es, como dijimos para comenzar, *inacabamiento*, y por eso sólo se experimenta al confrontarse con “valores negativos”»¹⁶⁷.

La importancia que para Canguilhem tiene esta negatividad axiomática se comprende desde el momento en que el viviente se ve obligado a convivir con otras normas. Pero la norma no pierde su significado pues en su contacto con la realidad «“normar”, “normalizar”, significa imponer una exigencia a una existencia, a un dato, cuya variedad y disparidad se ofrecen, con respecto a la exigencia, más aún como algo indeterminado y hostil que simplemente como algo extraño»¹⁶⁸. De este modo, el carácter centralizador e impositivo de la norma no es más que la proyección de la

¹⁶³ *Ibid.*, p. 229.

¹⁶⁴ *Ídem.*

¹⁶⁵ Para Macherey la dificultad de alinear en un mismo plano lo vital y lo social es advertida en las *Nuevas reflexiones*, donde se sugiere «la necesidad de dar la vuelta a la relación de lo vital con lo social: no es lo vital lo que impone su modelo insuperable a lo social, como hacían las metáforas del organicismo; antes bien, en el mundo humano, lo social lanza lo vital por delante de sí mismo, aunque sólo sea porque uno de los “órganos” que incumbe a su “invención” es el propio conocimiento de lo vital, un conocimiento cuyo principio es social». Cf. MACHEREY, P., *De Canguilhem a Foucault*, op. cit., p. 129.

¹⁶⁶ CANGUILHEM, G., *El conocimiento de la vida*, Barcelona, traducción de Felipe Cid, Madrid, Editorial Anagrama, 1976.

¹⁶⁷ MACHEREY, P., *De Canguilhem a Foucault*, op. cit., p. 130.

¹⁶⁸ CANGUILHEM, G., *Lo normal y lo patológico*, op. cit., p. 187.

dialéctica entre lo normal y lo patológico en la que la alteridad se ha visto siempre regulada. Esta es la razón por la que toda regulación siempre haya buscado el sometimiento de ciertos comportamientos a determinados valores comunes y a determinadas racionalizaciones y reglas. Al plantear el ajuste de los comportamientos a estas racionalizaciones, Canguilhem verá en el acto de normalizar no solo la imposición de un orden, sino también el trabajo implícito de exclusión de otros órdenes. Esta violencia de la norma que Canguilhem desarrolla en *Lo normal y lo patológico* será captada por Foucault cuando en *Vigilar y castigar* analice el carácter disciplinario de la normalización, que se expresa en los modos que tiene una sociedad de establecer los criterios correctivos o de vigilancia. Toda actividad normalizadora no es para Canguilhem más que un ejercicio de racionalización de los comportamientos sociales, una forma de regulación de conductas y de imposición axiológica. Tiende, por consiguiente, a establecer lo que Foucault denomina dispositivos, esto es, operadores materiales del poder¹⁶⁹ entendidos como el conjunto de técnicas y de estrategias susceptibles de ajustar al sujeto a un determinado orden de normas. A partir de estas reflexiones, el pensamiento de Canguilhem enlaza con lo que la filosofía política contemporánea ha venido a denominar biopolítica, esto es, una forma de poder diferente de la soberanía y una de las principales expresiones actuales del gobierno de los hombres. Con la filosofía de la vida de Canguilhem comprendemos cómo la biología deviene un instrumento al servicio de la política. Como el propio Canguilhem escribe, «la biología contemporánea, leída de cierta manera, es de algún modo una filosofía de la vida»¹⁷⁰, es decir, una forma de reflexión sobre el viviente humano y sus relaciones con el medio en el que se despliega. La vida entrará en los cálculos e intereses del saber y del poder cuando se apliquen determinadas políticas sobre aspectos problemáticos de la sociedad como puedan ser la natalidad o la morbilidad de una población. No sin razón, Nikolas Rose¹⁷¹ ha situado en sus reflexiones sobre las políticas dirigidas al sujeto la discusión sobre la vida y a Canguilhem, quien anticipa lo que Foucault y otros desarrollarán más tarde.

¹⁶⁹ FOUCAULT, M., *Il faut défendre la société*, Cours au Collège de France, 1975-1976, Paris, Gallimard, p. 30.

¹⁷⁰ CANGUILHEM, G., “El concepto y la vida”, en *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, op. cit., p. 388.

¹⁷¹ ROSE, N., *The politics of life itself. Biomedicine, power, and subjectivity in the Twenty-First Century*, Princeton, Princeton University Press, 2007. Cf. capítulo dos, “Politics and life”, donde Rose trata las relaciones entre el nacimiento de la biología y las filosofías de Canguilhem y Foucault.

TERCERA PARTE.

PERSPECTIVAS CRÍTICAS.

5. LA VIDA Y LA NORMA EN EL NACIMIENTO DE LA BIOPOLÍTICA.

5. 1. El concepto de población en Foucault.

Si para Canguilhem la vida supone invención de normas a las cuales debe ajustarse el viviente, para Foucault las normas no constituyen el dato inicial sino que, por el contrario, vendrán a calificarla y a definirla. En cierto modo, para Foucault el sujeto no es más que «cierta producción del trabajo de las normas sobre regímenes de vida específicos»¹⁷². Además, la plasticidad que caracteriza al hombre normativo de Canguilhem la entiende Foucault de un modo más rígido ya que el hombre, al venir a la norma, carece en principio de la fuerza de subversión necesaria para romper la jaula de hierro creada por las normas sociales. Reconociendo la importancia de las normas en la vida y en la subjetividad humana, para Foucault el sujeto sólo es *en* los otros. Por eso,

[...] la fabricación del sujeto, en la doble vertiente de la sujeción y la subjetivación, constituye así uno de los grandes logros teóricos de una investigación referida a las normas y cuyo foco de aplicación insoslayable, desde un punto de vista tanto disciplinario como biopolítico, sigue siendo la vida¹⁷³.

Si la vida tiene un papel central en el pensamiento foucaultiano no es sólo por ser el resultado de una arqueología o de una genealogía, un “logro teórico”, sino por ser la verdadera plataforma giratoria desde donde poder realizar un diagnóstico de la sociedad y de filosofía política actual. Un diagnóstico inmerso en la reflexión en torno a las normas y al carácter previo que tienen para que el sujeto pueda desplegarse. Sin embargo, para que el concepto de vida llegue a ser en el pensamiento de Foucault la base sobre la que pueda levantarse su biopolítica han tenido que darse dos cosas. En primer lugar, como ya hemos visto, que la vida sea el elemento individualizante que le permite al sujeto desplegarse en un marco en el que lo biológico es disciplinado y normalizado y, en segundo lugar, que exista un concepto de población considerado como activo. Estos problemas empezarán a ocupar el pensamiento de Foucault a partir

¹⁷² LE BLANC, G.; *El pensamiento Foucault*, op. cit., p. 21.

¹⁷³ *Ibíd.*, p. 22.

de 1976, año en que empezó a dictar su curso sobre la necesidad de defender la sociedad en el Collège de France. De esta manera, su interés filosófico irá planteando las cuestiones derivadas de un “gobierno de los vivos” y, en su exploración, no dejará de proyectar permanentemente la temática de la gubernamentalidad y de la relación saber-poder, desde lo jurídico a lo político pasando por la ética de sí.

Para Foucault la biopolítica aparecerá cuando el problema de la acumulación de los individuos sea planteado como un hecho específico propio sobre el que las prácticas gubernamentales actúan. Esta especificidad será conceptualizada por Foucault como población, un término con el que nuestro filósofo podrá explicar las prácticas y racionalidades que desde los inicios de la modernidad los estados fueron extendiendo para incorporar la vida a sus intereses. Si su interés en *Vigilar y castigar* fue poner el acento sobre el individuo como superficie sobre la cual las estrategias estatales buscaban ejercer su poder a través de prácticas disciplinarias y de vigilancia, en sus trabajos genealógicos producidos en el Collège de France Foucault tomará el concepto de población para hacer referencia a uno de los objetivos principales de los estados modernos. Sin embargo, hablar de población también es hablar de individuos, es reconocer que, al igual que determinadas tecnologías del poder han hallado en el individuo el lugar sobre el que aplicar sus estrategias, la población también se ha convertido en el escenario sobre el que una racionalidad muy concreta ejerce su control. Para Foucault tanto las políticas particularizantes y reguladoras que se centran en el individuo como las políticas colectivas y poblacionales tienen siempre por objeto de conocimiento la vida, ya sea en su despliegue biológico o en su realización intersubjetiva. Por eso, las prácticas biopolíticas nacerán del entrecruzamiento entre la arqueología de la vida y de la genealogía de la población. Al formar el individuo y la población parte de la misma realidad, Foucault verá en las prácticas conceptuales que los naturalistas del siglo XVIII y de principios del XIX emplearon en sus intentos de explicar a los seres vivos cierta continuidad con lo que la gubernamentalidad contemporánea realiza con las poblaciones. Ordenar, clasificar y dividir los conceptos que en el razonamiento foucaultiano adquieren una notable importancia para poder pasar a explicar cualquier política poblacional.

En “Crecer y multiplicar”, un artículo escrito por Foucault en 1970¹⁷⁴ en el que comenta el libro de François Jacob, *La lógica de lo viviente*, el filósofo francés dirá que «nos encontramos ante la maravillosa “desenvoltura” de la biología, que llega a situar antes del individuo su empecinamiento en reproducirse»¹⁷⁵. Que la biología se desenvuelve significa, para Foucault, que alcanza a todos los órdenes del saber y en especial al político. Si la filosofía de Canguilhem puede pasar por una filosofía de la vida, en Foucault pensamos que es una filosofía de la vida *en* la norma. El viviente humano, que se ha convertido en un individuo ascendido a categoría de sujeto biológico que existe junto con otra multitud de sujetos, se presenta en la filosofía política de Foucault como encerrado en una red de relaciones de poder que no son más que el reflejo de imposiciones normativas. El sujeto de Foucault, biologizado y normalizado, es el resultado de una labor que empieza a mitad del siglo XVIII con la Historia Natural y que continúa con el desarrollo de la biología en la primera mitad del siglo XIX, llegando a su culmen con las prácticas neoliberales.

El encierro del sujeto foucaultiano, en su sentido disciplinar y normativo, tiene que ser leído a partir de otro encierro que lo ha precedido y hecho posible. Se trata del encierro anatomofisiológico de Cuvier. Como hemos dicho más arriba, Cuvier habla de la vida en un sentido poco clásico cuando se refiere a la necesidad que ésta tiene de definirse por las relaciones que se establecen con el medio. Un medio que determina las condiciones de existencia y que posibilita el funcionamiento de todos los órganos del viviente. La anatomía fisiológica de Cuvier definirá al viviente como aquel que es capaz de morir, una afirmación tiene una doble conclusión. Primero, que el viviente puede ser comprendido como una realidad en el sentido anatómico-fisiológico, individual y con una normatividad esencial. Y, en segundo lugar, que ese viviente tiene que establecer con su medio una serie de relaciones particulares para poder seguir existiendo, por lo que tendremos que referirnos a la ecología, como hace Darwin. Si la biología es también una ecología, esto es, una ciencia que se ocupa del estudio de los seres vivos en relación con su ambiente, tal vez conviene recordar cómo para Darwin o para Haeckel

¹⁷⁴El interés de Foucault por la biología como elemento político recorre gran parte de su obra a finales de los años sesenta y principios de los setenta como lo demuestra el hecho de que “Croître et multiplier” sea un texto escrito en noviembre de 1970 y “La situation de Cuvier dans l’histoire de la biologie”, publicado a principios de ese mismo año, sea una ponencia dada en unas jornadas dedicadas a Cuvier en mayo del año anterior.

¹⁷⁵ FOUCAULT, M.; “Crecer y multiplicar”, en VV.AA, *Lógica de lo viviente e historia de la biología*, traducción de Joaquín Jordá, Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1975, p. 98.

hablar de individuos y de poblaciones de individuos tiene que ver con la distribución de los mismos en un espacio en el que abundan y se transforman. Ecologizar al individuo tiene para Foucault una importancia central en la elaboración de su concepto de población pues, en cierto modo, no hay población sin medio. Pero ¿cómo entiende Foucault el medio? Dirá que «es lo necesario para explicar la acción a distancia de un cuerpo sobre otro. Se trata, por lo tanto, del soporte y el elemento de circulación de una acción»¹⁷⁶. Lo que importa destacar en esta acepción foucaultiana del medio es que se trata de una noción imprescindible al tratar de una realidad que pone en cuestionamiento los problemas derivados de la circulación y de la acumulación de individuos. El medio, escribe Foucault, «es una cantidad de efectos masivos que afectan a quienes residen en él. Es un elemento en cuyo interior se produce un cierre circular de los efectos y las causas, porque lo que es efecto de un lado se convertirá en causa de otro lado»¹⁷⁷. Pero si hay que destacar algo de esta perspectiva foucaultiana del medio es el hecho de referirse principalmente a una población, pues con el medio, dirá Foucault, «me refiero a una multiplicidad de individuos que están y sólo existen profunda, esencial, biológicamente ligados a la materialidad dentro de la cual existen»¹⁷⁸. El problema que se presenta en el esclarecimiento de la noción de medio, derivado del modo de disposición que debía adquirir una ciudad para hacerse correctamente gobernable, reside en que con ella asistimos a «la irrupción del problema de la “naturalidad” de la especie humana dentro de un medio artificial»¹⁷⁹, con lo cual Foucault ha realizado el tránsito perfecto desde lo biológico y natural a lo social y artificial. Es decir: la noción de medio, dentro de la cual debemos entender el movimiento y la distribución de poblaciones de individuos, permite a Foucault introducir la artificialidad del análisis político y de las relaciones de poder en un ámbito como es el de la naturalidad biológica. Con ello, lo biológico ya no se separará más de la política. Es más, define en gran medida las políticas que las sociedades neoliberales desarrollan permanentemente y en las que la noción de salud, que se presenta casi como marcador epistemológico, adquiere un lugar central dentro las estrategias biopolíticas. Como afirma Foucault, con la aparición del medio físico y de las técnicas políticas que se dirigen a ese medio¹⁸⁰ surgirá también el territorio y, con él, toda la serie de estrategias de seguridad que

¹⁷⁶ FOUCAULT, M.; *Seguridad, territorio, población*, traducción de Horacio Pons, Madrid, Ediciones Akal, 2008, p. 34.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 35.

¹⁷⁸ *Ídem.*

¹⁷⁹ *Ídem.*

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 37.

buscarán ajustar al viviente humano a determinadas normas. Por eso, «el concepto de regulación está en el origen de toda formulación biopolítica»¹⁸¹ como elemento corrector y normalizador de los comportamientos humanos.

El concepto de población define para Foucault la unidad cuerpo-especie o, lo que es igual, al individuo y su grupo. Se trata de un concepto que adquiere su sentido a partir de la noción de medio, que en Foucault viene caracterizado por el movimiento y los desplazamientos dentro de un territorio. Implica velocidad y lentitud de esos movimientos, con lo cual el concepto de control adquiere una ubicación central en su pensamiento. Si hay un medio físico, un territorio, por el que las poblaciones puedan desplazarse y transformarse, existirán también “medios de control” que ralenticen precisamente todo movimiento. Y si existe un control, existirá a su vez una adecuación a lo normal. Si leyésemos esta ecuación desde una oculta ontología foucaultiana, podríamos afirmar que ser no es sino *adaequatio* a la norma. Ser no es sino ajustarse al rigor de los procesos de control y de imposición normativo que las sociedades modernas ejercen. Y de la misma manera que el viviente se ajusta a las imposiciones normativas de su medio, las poblaciones también lo hacen. Sobre esta afirmación, Foucault no deja de recordar cómo el descubrimiento de la vida por parte de la biología a principios del siglo XIX corre paralelo a uno de los momentos centrales en la historia política contemporánea como es el del crecimiento y expansión de los Estados europeos. Se refiere al hecho de que coinciden en la episteme moderna dos fuerzas que, lejos de separarse, se unirán en un territorio común: el interés por la vida, ya sea con el propósito de conocerla o con el de poseerla. Foucault no separa estas tendencias sino que las situará inmersas en lo que él denomina “condiciones de aparición” de un concepto, observando de este modo la intimidad que comparte la vida con el saber y con el poder, ya sea buscando desarrollar las potencialidades del viviente o incrementar la riqueza del Estado por la gestión de su población de vivientes. Por esta razón, en Foucault el orden social no es más que la prolongación del orden biológico mantenida por una relación de carácter técnico. Igual que el viviente se asimila a su medio en virtud de una normatividad esencial, el viviente humano y las poblaciones ajustan sus movimientos y sus conductas a partir de una normatividad que podríamos denominar técnica. La normatividad social no es más que el efecto del anhelo de organización; la

¹⁸¹ CUTRO, A.; *Technique et vie. Biopolitique et philosophie du bios dans la pensée de Michel Foucault*, op. cit., p. 79.

regulación se impondrá después. E igual que las especies animales parecen tener un plan de organización prescrito para existir, las poblaciones también se ajustan a normas para rendir y producir un beneficio colectivo que será gestionado por el gobierno.

5.2. El concepto de salud y su proyección en las políticas contemporáneas.

En el espacio se experimenta la globalización del mundo moderno. En él se desplazan tanto individuos como poblaciones enteras y la vida adquiere su comprensión y es disciplinada. El concepto de medio, que para Foucault es la base para entender su noción de población, se introduce en la biopolítica contemporánea de dos maneras. En un primer momento, la noción de medio hace de catalizador de las expectativas territoriales e imperialistas estatales. En segundo lugar, sobre el medio se centran las políticas de control que todos los Estados implantan sobre poblaciones enteras y donde el sujeto es normalizado. Lo que la arqueología de la vida le ha enseñado a Foucault es el hecho de no entenderla sino inmersa en una red de relaciones que escapan a la mera investigación de laboratorio. Como recoge Foucault en “Crecer y multiplicar”, para F. Jacob,

[...] hoy, no se interroga la vida en los laboratorios. Ya no se intenta delimitar sus contornos. Nos esforzamos únicamente en analizar los sistemas vivientes, su estructura, su función, su historia... Describir un sistema es referirse tanto a la lógica de su organización como a la de su evolución. La biología se interroga actualmente por los algoritmos del mundo viviente¹⁸².

Describir la historia de los sistemas vivientes, su evolución, tal como lo entiende Jacob, es volver a insistir en la relevancia del medio. Al afirmar Foucault que «ya no hay que pensar en la vida como en la gran creación continua y atenta de los individuos; hay que pensar lo viviente como el juego calculable del azar y de la reproducción»¹⁸³ se está refiriendo a la importancia que para la vida adquirió el entorno. Sin embargo, lo que podemos también leer en esta afirmación es el hecho de que en la lógica de estos sistemas vivientes se asiste a un “juego calculable”, es decir, susceptible de ser

¹⁸² FOUCAULT, M.; “Crecer y multiplicar” en VV.AA.; *Lógica de lo viviente e historia de la biología*, *op. cit.*, p. 102.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 102.

intervenido interna y externamente. Al igual que la vida se mide por la relación con su medio merced a una normatividad vital, el viviente humano tratará de ajustarse a ese medio a partir de regulaciones normativas que lo definen como normal y que son asumidas por las estrategias biopolíticas que buscan potenciar la vida de sus poblaciones.

El moderno sistema mundial no es únicamente financiero, sino también biológico. A partir de esta concepción, la biopolítica de Foucault interpreta las relaciones entre Estados y entre sociedades con las matizaciones de los conceptos biológicos, desde la necesidad de defender una sociedad de los agentes patógenos externos hasta la imposición de políticas preventivas. La unidad del saber científico sobre la vida y la utilización de ese saber para el beneficio económico y estatal lo ejemplifica a la perfección Reviel Netz cuando escribe que «el giro pasteuriano en medicina empezó tras la devastación de 1865, cuando la ciencia francesa intentó impedir nuevos desastres económicos causados por enfermedades animales»¹⁸⁴. Lo destacable es, sobre todo, observar cómo el estudio de la vida se pone al servicio de la política y de la economía, y cómo de esta relación los gobiernos liberales y neoliberales no solo han expandido su modelo económico sino que también han expandido el modelo biológico a través del paradigma de la salud. Pero, ¿en qué consiste este modelo biológico para Foucault?

Por Canguilhem sabemos que hasta casi finales del siglo XIX la terapéutica no dejó de buscar el restablecimiento del estado normal de la enfermedad y que fue con el trabajo clínico de médicos como Leriche cuando la relación médico-paciente comenzó a replantearse. La importancia dada por Canguilhem al concepto de norma sólo puede entenderse en su justa medida teniendo en cuenta que no sólo se trata de un concepto que remite a reglas o a regulaciones. Más allá de esto, para Canguilhem, igual que para Foucault, detrás de la distinción normal-patológico no hay más que un trabajo de desplazamiento de la alteridad y un retorno a la medida común, es decir, la adecuación a un ideal. Esta relación entre lo normal y lo patológico, dimensionada por las estrategias

¹⁸⁴ NETZ, R.; *Alambre de púas. Una ecología de la modernidad*, traducción de Jaume Sastre i Juan, Buenos Aires, Eudeba, 2013, pp. 61-62. Netz se refiere a la famosa peste bovina que en 1865 tuvo lugar principalmente en Europa y que se expandió con celeridad debido, sobre todo, a la “cercanía” y a la “acumulación” de animales en el espacio, es decir, a la distribución espacial de una población de vivientes en un medio.

biopolíticas de las sociedades contemporáneas, alcanzará en la medicina su punto de inflexión cuando el concepto de salud se convierta en el pilar central de numerosas políticas. Si resulta difícil trazar una línea de demarcación entre lo normal y lo patológico, también lo es delimitar qué es la salud y qué es la enfermedad sin caer en criterios netamente estadísticos o en juicios que remitan al exceso o al defecto de la capacidad normativa. Habitualmente, «el concepto de salud, en su aproximación puramente empírica, suele situarse en referencia a la normalidad, de tal manera que la enfermedad y toda suerte de anomalías aparecen como una quiebra de esta normalidad»¹⁸⁵. Este *absolutismo de la normalidad* al que todo viviente debe someterse fue cuestionado por Canguilhem en su intento de incorporar la voz del paciente en la relación médica, optando por «una concepción *relativa* de la normalidad que tiene en cuenta la unicidad del individuo en debate con su medio de vida»¹⁸⁶ y en la que se pone el acento no sólo en esa relación, sino también en su propia historicidad. Por otro lado, la concepción que Canguilhem quiere invertir y que impera en las sociedades occidentales es la que mantiene el concepto de salud como criterio de normalidad al que todos los individuos deben aspirar. El concepto de salud instalado en las sociedades actuales no es más que la continuidad de una visión de la medicina que no asumía la diferencia más que como posibilidad de futura corrección. Como escribió en 1934 Kurt Goldstein, la salud y la enfermedad se definen principalmente por el tipo de comportamiento que llevan a cabo, ya sea por reacciones ordenadas que tienen carácter placentero o por reacciones catastróficas, que «aparecen no solamente como “incorrectas”, sino desordenadas, inconstantes, contradictorias, mezclando las manifestaciones de un estremecimiento psíquico y físico»¹⁸⁷. Así, la *salud tiene que ver con el comportamiento ordenado*. Aun aceptando que la salud se mida por un comportamiento ordenado o catastrófico, para Goldstein la enfermedad no deja de ser “un estremecimiento de la existencia; la enfermedad la pone en peligro. Por esta razón su determinación exige como punto de partida el *concepto de ser individual*»¹⁸⁸. La enfermedad es una *medida defectuosa* de la relación del viviente con su medio, «un

¹⁸⁵ EBISSIENINE, C. G.; *La problématique de la santé et de la maladie dans la pensée biomédicale. Essai sur la normalité biologique chez Georges Canguilhem*, Paris, L'Harmattan, 2010, p. 13. Traducción propia.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 16.

¹⁸⁷ GOLDSTEIN, K.; *La Structure de l'organisme. Introduction à la biologie à partir de la pathologie humaine*, texte augmenté de fragments inédits et traduit de l'allemand par le Dr. E. Buckhardt et Jean Kuntz, Paris, Gallimard, 1951, p. 33. Traducción propia.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 345.

atentado a la capacidad de rendimiento y a su duración»¹⁸⁹; es sufrimiento del individuo. El valor de lo individual, priorizado en esta concepción antropológica de la medicina de Goldstein, influyó notablemente en Canguilhem y en Foucault. Es significativo que algunos trabajos de Foucault como *Los anormales* o *El poder psiquiátrico*, sin olvidar por supuesto la *Historia de la locura*, establezcan su objeto de estudio desde la semántica médica derivada del debate filosófico de lo normal y lo patológico, en el que estar sano no es otra cosa que comportarse de manera ordenada.

Si la vida se “descubrió” y fue elevada a ciencia por el trabajo de los naturalistas y por algunas filosofías vitalistas¹⁹⁰ de principios del siglo XIX, habrá que añadir a esto determinadas reformas sociales implantadas en ese mismo siglo y cuya finalidad no fue otra que racionalizar las cuestiones derivadas de la enfermedad, el contagio y la pandemia. Las políticas de centralización estatales fueron produciendo regulaciones sanitarias y reglamentaciones médicas con el único fin de crear una «experiencia de normalización»¹⁹¹ extensible y aplicable a toda la sociedad. Buscaban generalizar una experiencia de salud a través de la asunción en el individuo de determinadas prácticas sanitarias, con lo cual esta incipiente medicina social ejercería en la población su trabajo totalizador al reducir la alteridad al discurso de lo mismo. De este modo la medicina se convirtió en uno de los engranajes esenciales en el desarrollo progresivo de los Estados europeos, llegando a constituir el centro sobre el que se entrecruzan los intereses del saber y del poder. Una relación que Foucault percibió muy pronto al comprender que la medicina formaba parte del *ethos* liberal y neoliberal, así como de sus condiciones de aceptabilidad. Por eso, en la conferencia impartida en Rio de Janeiro en octubre de 1974 titulada “La naissance de la médecine sociale”¹⁹², Foucault desarrollará los puntos a partir de los cuales el sistema médico despegó a partir del siglo XVIII. En este escrito Foucault verá la íntima relación de la medicina con el nacimiento de la biopolítica,

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 347.

¹⁹⁰ En el capítulo titulado “Aspectos del vitalismo”, en *El conocimiento de la vida*, *op. cit.*, pp. 95-115, Canguilhem estudia la manera en que la Escuela de Montpellier, que tanto influyó en Bichat, trató de introducir el vitalismo en la disciplina médica al situar en el organismo viviente ciertas propiedades internas que venían a determinar su desarrollo vital y su relación con el mundo.

¹⁹¹ CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, *op. cit.*, p. 188.

¹⁹² FOUCAULT, M.; “La naissance de la médecine sociale”, en *Dits et Écrits*, II, 1976-1988. Esos puntos son denominados por Foucault como *bio-historia*, es decir, aquellos efectos producidos a nivel biológico por la intervención médica, la *medicalización*, que alude al hecho de que tantos los comportamientos como el cuerpo humano se hallan integrados en una densa red médica y, finalmente, la *economía de la salud*, el modo de integrar las mejoras sanitarias en el desarrollo económico de las sociedades. *Cf.* pp. 207-209.

viniendo a desarrollar lo que Canguilhem ya había considerado sobre el concepto de salud y de terapéutica, y su correspondencia con lo normal y lo patológico. Sin embargo, las críticas de Foucault buscan «saber si la medicina moderna, es decir científica, que nació al final del siglo XVIII entre Morgagni y Bichat con la introducción de la anatomía patológica, es o no es individual»¹⁹³, y no tanto a investigar en el viviente humano sus capacidades restauradoras de salud. Para Foucault, la medicina no dejará de ser una práctica social que tiene por fundamento cierta tecnología del cuerpo social. Se disfraza en una forma de poder cuyas sutilezas se manifiestan en numerosas prohibiciones y en controles que se imponen en nombre de la salud social, convirtiéndose así en objetivo de las políticas actuales. Esta expansión de los conceptos de medicina y de salud adquiere en Foucault su razón de ser sólo cuando se integran en una genealogía del poder médico, un tipo de poder que ha proyectado sobre la sociedad el paradigma de la medicalización y de la salud para todos. En “Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?”, Foucault escribe que será a partir de 1942, al elaborarse el plan Beveridge, cuando empezó a extenderse un fenómeno nuevo que no era «el derecho a la vida, sino un derecho diferente, más importante y complejo, que es el derecho a la salud»¹⁹⁴. Con esta apreciación de fondo, sus análisis aclaran el lugar que ocupa la medicina en el centro de nuestras sociedades, defendiendo como conjetura biopolítica que la vida de la especie humana, en su unidad, es el objeto de un proceso de captura médica. Una captura que busca normalizar tanto el cuerpo anatomofisiológico como los comportamientos humanos. Las nuevas políticas del cuerpo han problematizado al sujeto y han hecho que «el descubrimiento de los antibióticos y el nacimiento de las cajas de seguridad social conjuguen sus efectos para alimentar una “somatocracia” todopoderosa, que se instala en el lugar y el sitio de las viejas pastorales del alma»¹⁹⁵. Nos parece importante esta concepción somatocrática instaurada por la medicina moderna pues podemos apreciar en ella el modo que tiene el biopoder de gobernar también las enfermedades, lo cual significa conocer la relación entre la enfermedad y el viviente humano, y la normalidad que se ha de restaurar. En definitiva, la medicina moderna abarca hoy todos los ámbitos de desarrollo del viviente humano, mostrando su lado autoritario al imponer criterios de comportamiento unidos a hábitos

¹⁹³ *Ibid.*, p. 209. Traducción propia.

¹⁹⁴ FOUCAULT, M.; “Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?”, en *Dits et Écrits*, II. 1976-1988, *op. cit.*, p. 40. Traducción propia.

¹⁹⁵ VANDEWALLE, B.; *Michel Foucault. Savoir et pouvoir de la médecine*, Paris, L’Harmattan, 2006, p. 123. Traducción propia.

saludables de vida, lo cual redundaba en detrimento de la libertad de ese viviente. Como afirma Foucault,

[...] en realidad, la intervención autoritaria de la medicina en un dominio cada vez más vasto de la existencia individual o colectiva es un hecho absolutamente característico. Hoy, la medicina está dotada de un poder autoritario sobre las funciones normalizadoras que muy bien van más allá de la existencia de enfermedades y de la demanda de la enfermedad¹⁹⁶.

5.3. Vida y muerte en las políticas contemporáneas.

Foucault hizo de la medicina uno de sus objetos de estudio predilectos, de ahí que la arqueología de las condiciones de posibilidad de una medicina clínica capaz de medicalizar a todos los vivientes sea parte del proyecto foucaultiano. Si la razón siempre ocupó en la filosofía occidental un lugar central dentro del discurso dominante, Foucault buscó escuchar aquellos otros argumentos marginales e, incluso, los que se mantenían callados y silenciados. Por eso, no es extraño que Foucault vea en Canguilhem no solo al maestro que le permitió estudiar las dinámicas epistémicas europeas desde la óptica del dualismo normal-patológico sino que, además, vería en él al estudioso que se alineó en aquella deriva que venía de Schopenhauer y Nietzsche y que situaba tanto al cuerpo como a sus enfermedades en un lugar de relevancia filosófica. El sujeto cognoscente llegará a desinstalarse de la cómoda posición que toda nuestra historia metafísica le otorgó y a reconocerse como viviente afectado por un medio que lo constituye. Ésta es una de las razones por las cuales junto al estudio del descubrimiento de la vida, Foucault situará la muerte del viviente en el mismo nivel de importancia. Foucault sitúa la muerte en el mismo plano que la vida desde el momento en que la estudia desde el mismo ángulo, es decir, el anatomofisiológico.

La reflexión sobre la vida y la muerte ocupó progresivamente un lugar central en la política de finales del siglo XIX debido, sobre todo, a la formación del moderno sistema-mundo y a la expansión colonialista europea, así como al hecho de que los gobiernos tuvieron que gestionar a sus poblaciones desde las exigencias de una premisa:

¹⁹⁶ FOUCAULT, M.; “Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?”, *op. cit.*, pp. 49-50.

hacer vivir, dejar morir. Considerada como activo, la población pasó a convertirse en una realidad sobre la que las tecnologías liberales de gobierno ejercerían sus cálculos racionales permitiendo, de este modo, la efectividad analítica de la biopolítica. Para hacer inteligible las relaciones de poder en su conjunto y con ello el tipo de racionalidad sobre la cual la gubernamentalidad de los Estados liberales ejerció su dominio sobre la población, Foucault partió de una reflexión arqueológica sobre la vida y la muerte. Si el propósito de la arqueología es «mirar qué tipos de discursos y “juegos de verdad” hicieron posible que unas determinadas prácticas de gobierno gozaran de “aceptabilidad cognitiva” en un momento específico de la historia»¹⁹⁷, el “descubrimiento” de la vida del que habla Foucault les proporcionó a estos gobiernos el objeto de estudio ideal para poder incrementar su poder. Y ello a través de dos formas: analizando los modos de potenciar la vida a partir de un conocimiento sobre la misma cada vez más preciso y conociendo los procesos que llevan a la muerte.

Las páginas que Foucault dedicó a Bichat en *El nacimiento de la clínica* nos indican que desde muy pronto la reflexión sobre la muerte ocupó un lugar central en su pensamiento. Se trata de un interés que también está presente en la obra de Canguilhem, para quien los conceptos de normal y de patológico se hacen comprensibles en la relación vida-muerte. Para Canguilhem, la historia de la ciencia no se enfrentará de manera científica a la muerte hasta que Bichat no lo haga, pero esto ocurriría después de que la anatomía comparada y la fisiología adquirieran dentro del saber médico todo el peso que se merecían. Partiendo de sus observaciones anatómicas y fisiológicas, Bichat pudo llegar a establecer una definición de la noción de vida a partir de la certeza de la muerte. Si para Bichat todo proceso viviente no es más que oposición a la muerte, habrá que reconocer la existencia de fuerzas de muerte que asaltan continuamente al viviente, como los estímulos externos y los procesos psíquicos que se reflejan en la oposición entre la vida interna y el medio externo. Y si para Canguilhem la posición de Bichat es fundamental para hacer comprensible la biología moderna a partir del desarrollo de la anatomía y de la fisiología, para Foucault,

¹⁹⁷ CASTRO-GÓMEZ, S.; *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, Universidad Santo Tomás de Aquino, 2010, p. 48.

[...] Bichat ha dado un carácter relativo al concepto de muerte, haciéndolo decaer de este absoluto, en el cual aparecía como un acontecimiento que no se puede cortar, decisivo e irrecuperable: lo ha volatilizado y repartido en la vida, bajo la forma de muertes particulares, muertes parciales, progresivas y tan lentas como para concluirse más allá de la muerte misma¹⁹⁸.

Con Bichat, dirá Foucault, «la vida, la enfermedad y la muerte constituyen ahora una trinidad técnica y conceptual»¹⁹⁹. A partir de este momento, será posible situar en un mismo espacio y en un mismo tiempo la vida, la enfermedad y la muerte, cada una con sus mecanismos propios. La unidad del viviente que reclamaba Canguilhem y que, para Badiou, era constituyente del sujeto, aparece en Foucault como una realidad conceptual susceptible de ser apropiada, potenciada o eliminada por los dispositivos gubernamentales. Al tratarse de una unidad conformada a partir de unas técnicas y conceptos específicos, la vida dejará de entenderse como algo independiente de sus procesos de degeneración y de muerte, haciéndose así comprensible cómo la filosofía política y la reflexión sobre el liberalismo que hace Foucault se inscriben esencialmente en una unidad relacional entre la biopolítica y la tanatopolítica. No hay práctica liberal que no sitúe sus políticas de la vida del mismo lado que las políticas de la muerte. Estudiar la vida conlleva situar en un mismo plano la enfermedad y la muerte; si la vida, como nos decía Jacob, se estudia ahora a partir de una concepción que privilegia los *sistemas vivientes*, nunca podrá dejarse de lado el sentido de una fisiología de la muerte y una clínica de las enfermedades. Estudiar la vida implica conocer también cuáles son los mecanismos biológicos de la longevidad y de la muerte de los individuos, pero es también situar este saber en el marco estadístico que afirma que envejecer no es más que un aumento de la tasa de mortalidad con la edad. Tanto la vida como la muerte entran, de este modo, en las políticas “estadísticas”. Por eso, cuando el Estado tomó a su cargo el destino de sus poblaciones lo que estaba haciendo no era únicamente implantar los medios para que sus individuos pudieran alcanzar sus deseos. Todo lo contrario, buscaba gobernarlos con instituciones, procedimientos, tácticas y cálculos para “civilizarlos” y “disciplinarlos”. Sólo así fue posible hablar de políticas de natalidad y de longevidad, sobre todo si se tiene en cuenta que «el envejecimiento es casi siempre un fenómeno propio de la domesticación o de la civilización, más que un producto de la

¹⁹⁸ FOUCAULT, M.; *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, traducción de Francisca Perujo, Madrid, Siglo XXI Editores, 2006, p. 198.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 197.

naturaleza. De hecho, en la mayoría de las especies en estado salvaje, los individuos tienen muy pocas probabilidades de alcanzar el término “normal” de su existencia por efecto del envejecimiento, ya que, antes que de muerte “natural”, suelen morir en las garras de un depredador»²⁰⁰. De esta manera, la biologización del saber médico se consolidó cuando fijó al conocimiento de la vida el conocimiento de la muerte y consideró, por otro lado, que sólo a partir de esta unidad estructural sería posible conocer los niveles más básicos del viviente, en los que se halla precisamente la muerte. De ahí que, como dirá Foucault, «no es que el hombre muera porque ha caído enfermo; es, fundamentalmente, porque puedo morir por lo que llega el hombre a estar enfermo»²⁰¹. Para el filósofo francés gracias a Bichat, entre otros, «el pensamiento médico está comprometido por derecho propio en el estatuto filosófico del hombre»²⁰². La fisiología de la muerte se abre al interés del filósofo a partir de la definición propuesta por Bichat, quien no encuentra una definición de la vida más que a partir de la muerte. Dirá Bichat que «se busca en consideraciones abstractas la definición de la vida; se la encuentra, creo, en una estimación general: *la vida es la unidad de funciones que resisten a la muerte*»²⁰³. Unidad funcional que en Bichat remite a la vida como un resultado, y no como una causa. Pero al margen de la importancia que esta definición tuvo para que el estudio de la fisiología de la muerte adquiriese un papel concreto en la medicina, lo cierto es que para la filosofía política de Foucault esta incorporación significaba aproximarse a lo que en la vida hay de subterráneo y que, por ello, se vuelve esencial: la muerte y los modos de gestionarla. De este enfrentamiento con todos aquellos elementos que se oponen a la vida, el viviente sacará como conclusión que está íntimamente unido a la muerte, que aquello que en principio parece extraño y ajeno, me pertenece y me constituye. En última instancia, que vivir es, para el viviente humano, aceptar decisiones externas sobre vivir y morir o, de otro modo, sobre cómo vivir y cómo morir. Con ello Foucault asume que vivir es estar transitado por políticas que imponen modos saludables de vida y por regulaciones médicas sobre la enfermedad, el

²⁰⁰ KLARSFELD, A., REVAH, F.; *Biología de la muerte*, traducción de Carmen Peris Caminero, Madrid, Editorial Complutense, 2002, p. 93. Para estos neurobiólogos franceses, cabe preguntarse qué utilidad tiene el envejecimiento cuando este proceso no termina más que de forma abrupta con la muerte, y qué tiene ésta de favorable para la especie, como pensaban los naturalistas del XVIII. Todo esto no hace más que exigir una nueva reflexión sobre la biología, pero en el sentido que tanto Canguilhem como Foucault habían ya pensado, es decir, a partir de la unidad del viviente en la que tanto la muerte como sus mecanismos se encuentran en el seno del mundo vivo.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 213.

²⁰² FOUCAULT, M.; *El nacimiento de la clínica*, *op. cit.*, p. 273.

²⁰³ BICHAT, X.; *Recherches physiologiques sur la vie et la mort (première partie) et autres textes*, Paris, Flammarion, 1994, p. 57. Traducción propia.

dolor y, finalmente, la muerte. De esta manera, Foucault destacará cómo las sociedades europeas que asumieron el modo de economía capitalista y las prácticas de gobierno liberales fueron adquiriendo paulatinamente unas responsabilidades cada vez más lejanas de aquellas que dieron forma a lo que se conoce como Estados nacionales. Los Estados liberales fueron ocupando progresivamente espacios cada vez más esenciales de la vida de sus poblaciones hasta llegar, finalmente, a decidir sobre cuestiones tan determinantes sobre quién debe nacer y quien debe morir y cómo. Así, la simbiosis entre el conocimiento biológico y las prácticas políticas llegará a completarse cuando la vida y la muerte abandonen su esencia natural para pasar a formar parte de un discurso decisionista y político. Sin embargo, si el concepto de vida parece ser un constructo ideado para cumplir con determinados requerimientos epistemológicos, ¿qué es la muerte? ¿Acaso hay que entenderla también como un marcador epistemológico al estilo de la vida? En absoluto. La muerte la entiende Foucault no tanto como contrapeso negativo de la vida, sino por su capacidad de generar políticas que se oponen a la vida.

«La muerte no es más que accesoriamente natural; la muerte es sobre todo política»²⁰⁴. Se encuadra en una política muy específica: *hacer vivir, dejar morir*. La fórmula foucaultiana no resulta para nada abstracta ya que el objeto sobre el que se aplica no es otro que la población, concepto que aparece en el universo de su filosofía política justo después de que la anatomía fisiológica haya hecho del viviente un objeto susceptible de ser dominado e informado por reglas, en lo que es su dimensión disciplinaria. Podemos afirmar que la existencia de una *anatomopolítica*, encargada del control, gestión y dirección de unidades orgánicas, tiene lugar en Foucault después de haber entendido lo que significa la unidad del viviente. Esta anatomopolítica, centrada en la unidad del viviente y en su relación con su medio natural y político, dará paso a la biopolítica cuando el concepto de población haya tomado ese carácter de *recurso viviente* necesario para el crecimiento del Estado. Sin embargo, tiene razón A. Cutro cuando afirma que «el paso de la anatomopolítica a la biopolítica no es simplemente un paso de lo singular a lo múltiple»²⁰⁵, sino que se consolida cuando se parte de un poder que es fundamentalmente cuantificador y se llega a otro que toma una dirección cualificante, y ello «a partir del momento en que la sexualidad es reconocida como el

²⁰⁴ TAÏEB, E.; “Avant-propos: du biopouvoir au thanatopouvoir”, *Quaderni. La Revue de la communication*, 62, Hiver 2006-2007, p. 5. Traducción propia.

²⁰⁵ CUTRO, A.; *Technique et vie. Biopolitique et philosophie du bios dans la pensée de Michel Foucault*, op. cit., p. 79.

fenómeno fundamental de los vivientes»²⁰⁶. De esta manera, sólo cuando el cuerpo individual sea considerado como especie y el poder tome a su cargo el control de aspectos concretos del viviente humano, se puede afirmar que la noción de biopolítica adquiere todo su significado. Pero si el conocimiento de la unidad del viviente humano incluye también el saber sobre la muerte, parece lógico asumir que la noción de biopolítica tiene en la tanatopolítica su antinomia, sobre todo si se piensa que en las sociedades contemporáneas, y la historia reciente nos lo confirma, el ser humano se encuentra bajo la sombra de la muerte, ya sea por la existencia de determinadas políticas de exterminio o por los debates bioéticos. Por eso, tanto la vida como la muerte, tanto la salud como la enfermedad, posesiones que para bien o para mal el viviente humano reconoce como “suyas”, dejaron de ser ámbitos estrictamente personales para pasar a formar parte de las decisiones políticas y de sus prácticas y estrategias de gobierno, revelándose así la servidumbre absoluta del viviente y su ubicación en el cruce del saber y del poder.

Por consiguiente, tanto para Canguilhem como para Foucault la vida no puede entenderse al margen de las normas. Vivir es estar *en* la norma y *darse* normas. Es señalar la relación del viviente humano respecto a las normas sociales y biológicas, ya sea a partir de una situación anómala o bien percibiendo la patología. En su relación con el medio, la realidad se le presenta al viviente de manera hostil por la continua presencia de la muerte, pero su normatividad vital le permitirá desarrollar todas aquellas actividades enfocadas a mantener su existencia. Esta plasticidad vital que ha definido lo que llamamos vida desde el nacimiento de la biología a principios del siglo XIX, se convertirá en el objeto sobre el que determinadas políticas se irán centrando desde los dos últimos siglos en su búsqueda interesada de maximizar la vida o, por el contrario, de eliminarla. Estas políticas, que coincidirán con la aparición del capitalismo incipiente y con la implantación de estrategias liberales durante los siglos XVIII y XIX, vendrán determinadas por el desarrollo, a su vez, de dos conceptos: el de población y el de salud.

²⁰⁶ *Ídem.*

6. CONCLUSIONES.

En Foucault el concepto de biopolítica remite a la forma que sobre la vida biológica ejercen todos aquellos mecanismos y dispositivos que la gubernamentalidad ha ido desplegando en los últimos tiempos. Se refiere a la forma en que la vida pasó de ser un objeto de estudio científico a convertirse en el centro de las políticas de los Estados modernos. Sin embargo, lejos de presentarse como una noción exenta de problemas, relacionados con la penumbra que puede ofrecer su definición, la biopolítica aparece como una categoría fundamental dentro de la filosofía política contemporánea. Administrar la vida de las poblaciones se ha convertido hoy en la práctica más recurrente de todo gobierno, que ve en la implantación de dispositivos de todo tipo la manera de hacer que estas poblaciones puedan ser normalizadas y reguladas según unos fines bien establecidos. Por esta razón, la biopolítica ha llegado a convertirse en una categoría de análisis en la que coinciden los dos aspectos constituyentes del ser humano. Por un lado, al ocuparse de la vida de las poblaciones en su sentido biológico, la biopolítica tomó de las ciencias que estudiaban a los seres vivos un conocimiento preciso sobre los modos de expansión y de mantenimiento de la vida, y de su relación con la muerte. Por otra parte, si el conocimiento del viviente fue imprescindible para la aparición de la biopolítica, no lo fue menos el hecho de situar a ese viviente en el centro de una red de relaciones de poder a través de la implantación de sistemas y dispositivos disciplinarios y de control. De esta manera, en la biopolítica se unificarán tanto los dispositivos de poder como los discursos del saber para tomar a su cargo al viviente humano con la intención última de ajustarlo a la norma reproductiva de su existencia biológica y social. En este sentido, Foucault observó cómo en el nacimiento de la biopolítica venían a confluír los intereses del saber y del poder. Según el filósofo francés, en el tránsito de la *episteme* clásica a la *episteme* moderna se dieron las condiciones de posibilidad para que surgiesen distintas positividades que se unieron en un proyecto único: la racionalidad moderna. La arqueología foucaultiana descubrió en el concepto de vida el elemento esencial sobre el cual las prácticas de gobierno liberales fueron afirmándose y desplegándose, y ello por varias razones. Como hemos intentado demostrar a lo largo de todo este trabajo, si la vida es el resultado del trabajo conceptual realizado por los naturalistas europeos en el tránsito de los siglos XVIII al XIX y que termina con la aparición de la biología moderna fue porque se aportaron nuevas respuestas al problema de la vida. Además de esto, el paulatino ensanchamiento del

mundo permitió que el conocimiento de nuevas formas de vida reclamase también un lugar en la historia o, al menos, en *su* historia individual y evolutiva. Por eso, junto a la crítica del modelo descriptivo de la Historia Natural, la biología naciente aportó también el tiempo del viviente; rompió con la continuidad histórica y asumió su discontinuidad, aceptando el juego de la vida y la muerte con su medio. De esta manera, la tesis foucaultiana de que la vida fue el criterio exigido por la ciencia para discriminar dos épocas le permitió pasar del estudio individual del viviente a un estudio del viviente en su conjunto como población. La aparición del concepto de especie en las ciencias naturales, le permitió a Foucault comprender que el concepto de población, como conjunto de vivientes en su existencia biológica, era susceptible de ser “comprendido” por las prácticas políticas. De este modo, a partir de la aparición del concepto de población como activo estatal sobre el que los Estados podían ejercer su poder, fueron surgiendo numerosas formas de normalización y de regulación cuyo único fin es el mantenimiento, la potenciación o la eliminación de los individuos que la componen. Por eso, del trabajo realizado por Foucault se puede colegir la intencionalidad en absoluto inocente de las prácticas políticas contemporáneas.

Este trabajo busca situar el concepto de vida en el centro de la filosofía política de Foucault. No se trata solo de insistir en la relevancia política y filosófica de su concepto de biopolítica ni de rastrear su nacimiento sino que, por el contrario, busca realizar una arqueología del concepto de vida y poder demostrar cómo dicho término da unidad a una serie de trabajos dispersos en su obra en los que Foucault filosofa sobre la posición que hoy ocupa la reflexión sobre el viviente en el seno de sus relaciones sociales. Como hemos podido observar a lo largo de este trabajo, la presencia del concepto de vida en su obra es clara y manifiesta, sobre todo si se tiene en cuenta la enorme importancia que sobre él tuviera Georges Canguilhem. Sin ir más lejos, la reflexión foucaultiana sobre el cuerpo como superficie sobre la que se inscriben las reglamentaciones sociales y la construcción de discursos como el médico, el sexual o el psiquiátrico no puede entenderse sin tener en mente la discusión planteada por Canguilhem en torno a lo normal y lo patológico. Tampoco podemos entender al último Foucault, aquel que todavía cree en la posibilidad liberadora y revolucionaria del individuo (pese a estar sometido continuamente a procesos de reglamentación y de regulación social) sin tener presente a Canguilhem, para quien la inmanencia de la normatividad del viviente humano hace siempre posible la nueva creación de normas. A

nuestro juicio, la introducción en la filosofía del “problema” de la enfermedad, como hace Canguilhem, le permitió a Foucault hablar de la medicina en términos de biología. Esta biologización de la medicina, extensible a todas las políticas estatales de los Estados actuales, sitúa al individuo en una posición de cierta ambigüedad pues, por un lado, se trata de emplear todo el conocimiento científico desarrollado por las ciencias de la vida con el propósito de que el individuo lleve a cabo una buena gestión de su salud y, por otro lado, ese conocimiento se vuelve contra el individuo al ser reducido a un mero viviente sobre el que poder ejecutar políticas de exclusión o de eliminación. Y esto, como demostró Foucault, porque conocer la vida es también conocer la muerte.

No cabe duda de que las reflexiones de Foucault sobre la vida han generado numerosos debates en el panorama filosófico actual. La recepción que sus planteamientos biopolíticos tuvieron en Italia a través de los trabajos de Agamben, Esposito y Negri demuestra la vitalidad de su pensamiento. Si bien estos pensadores han buscado reinterpretar a su manera el concepto de biopolítica de Foucault, limando algunas sombras y confusiones que el filósofo francés mantenía en su obra, lo cierto es que gracias a ellos la biopolítica ha alcanzado en el pensamiento contemporáneo el estatus de categoría filosófica. Hacer una filosofía sobre el *bíos* y la *zoé*, o sobre la *immunitas* o la *communitas*, exige situar en el centro de toda reflexión el concepto de vida en su relación con el medio. Significa también instalar el concepto de vida en correspondencia con el gobierno y la soberanía, pues toda decisión última sobre la vida no es más que política. Por eso, Agamben ha podido situar al viviente en el centro de la política de los “campos” y Esposito su concepto de inmunidad ligado al de defensa de la vida. De esta manera, a partir de los análisis arqueológicos y genealógicos realizados por Foucault, podemos plantearnos cuál es realmente el aporte teórico que el estudio de la vida ofrece a la filosofía política contemporánea. Lo que muestra la filosofía política de Foucault es la naturaleza bipolar de las políticas de la vida, que al mismo tiempo tratan de potenciar la vida a partir de la implantación de políticas de salud pública y, a la vez, se ocupan de la gestión de la muerte a todos los niveles. Una gestión de la vida y de la muerte que, en definitiva, ocupa el centro de los cálculos de las políticas neoliberales en la actualidad. Por eso cabe también preguntarse si puede o no comprenderse el concepto de biopolítica al margen de la reflexión del liberalismo, pregunta que para Foucault tiene una fácil respuesta: la biopolítica es la tecnología política del liberalismo naciente. Por ello, Foucault ha podido elaborar una alternativa crítica a la filosofía del

poder a partir de la introducción de conceptos como los de biopolítica o gubernamentalidad. Pero dichos conceptos son, sin duda, herederos de la reflexión sobre la vida llevada a cabo en *Las palabras y las cosas*, donde Foucault ya trabajó los conceptos de especie y de medio, y que le llevarían posteriormente al concepto de población. Por consiguiente, las derivas tanatopolíticas y anatomopolíticas que la biopolítica ha podido generar no son más que el resultado de la relación del viviente humano con las prácticas políticas contemporáneas y con los dispositivos de control y de normalización por ellas implantadas. Una normalización que, como bien supo apreciar Canguilhem, rige la vida social y la vida política, desde la psiquiatría hasta cualquier trabajo humano; una normalización que decide la forma de las cosas y de la psique a partir de la imposición de ciertos modelos normativos que marcan profundamente cuáles son los límites de lo normal y de lo anormal. Por ello, ubicar la reflexión sobre la vida en el centro de la discusión filosófica actual, como pretendió Foucault, es llevar el concepto de vida y de normatividad al centro del debate sobre la vida humana.

7. BIBLIOGRAFÍA.

Bibliografía principal.

- FOUCAULT, M.; *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, traducción de Francisca Perujo, Madrid, Siglo XXI Editores, 2006.
- FOUCAULT, M.; “Crecer y multiplicar”, en VV.AA.; *Lógica de lo viviente e historia de la biología*, traducción de Joaquín Jordá, Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1975.
- FOUCAULT, M.; “Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?”, en *Dits et Écrits*, II., 1976-1988, Paris, Gallimard, col. Quarto, 2001.
- FOUCAULT, M., *Il faut défendre la société*, Cours au Collège de France, 1975-1976, Paris, Gallimard, 1997.
- FOUCAULT, M.; “Introduction”, en *Dits et Écrits*, I. 1954-1975, Paris, Gallimard, col. Quarto, 2001.
- FOUCAULT, M.; “La naissance de la médecine sociale”, en *Dits et Écrits*, II. 1976-1988, Paris, Gallimard, col. Quarto, 2001.
- FOUCAULT, M.; *Las palabras y las cosas*, traducción de Elsa Cecilia Frost, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1997.
- FOUCAULT, M.; “La situación de Cuvier en la Historia de la Biología”, en *Saber y Verdad*, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1985.
- FOUCAULT, M.; “L’extension sociale de la norme”, en *Dits et Écrits*, II. 1976-1988, Paris, Gallimard, col. Quarto, 2001.
- FOUCAULT, M.; “La vie: l’expérience et la science”, en *Dits et Écrits*, II. 1976-1988, Paris, Gallimard, col. Quarto, 2001.
- FOUCAULT, M.; “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder*, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1979.
- FOUCAULT, M.; *Seguridad, territorio, población*, traducción de Horacio Pons, Madrid, Ediciones Akal, 2008.
- FOUCAULT, M.; “Réponse à une question”, en *Dits et Écrits* I. 1954-1975, Paris, Édition Gallimard, Col. Quarto, 2001.

Bibliografía secundaria.

- ARQUIOLA, E., y MONTIEL, L.; *La corona de las Ciencias Naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*, Madrid, CSIC, 1993.
- BADIOU, A.; “Y a-t-il une théorie du sujet chez Georges Canguilhem?”, VV.AA., *Georges Canguilhem. Philosophe, historien des sciences*, Paris, Éditions Albin Michel, 1993.
- BALIBAR, É.; “Science et vérité dans la philosophie de Georges Canguilhem”, en VV.AA.; *Georges Canguilhem. Philosophe, historien des sciences*, Paris, Éditions Albin Michel, 1993.
- BICHAT, X.; *Recherches physiologiques sur la vie et la mort (première partie) et autres textes*, Paris, Flammarion, 1994.
- CANGUILHEM, G.; “El concepto y la vida”, en *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- CANGUILHEM, G., *El conocimiento de la vida*, traducción de Felipe Cid, Barcelona, Editorial Anagrama, 1976.
- CANGUILHEM, G., “El problema de las regulaciones en el organismo y la sociedad”, en *Escritos sobre la medicina*, traducción de Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2004.
- CANGUILHEM, G.; *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*, traducción de Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005.
- CANGUILHEM.; “Introducción. El objeto de la historia de las ciencias”, en *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- CANGUILHEM, G.; *La connaissance de la vie*, Paris, Vrin, 2006.
- CANGUILHEM, G.; *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*, traducción de Juan Rovira, Barcelona, Avance, 1975.
- CANGUILHEM, G.; *La formation du concept de réflexe aux XVIIe et XVIIIe siècles*, Paris, PUF, 1955.
- CANGUILHEM, G.; *Lo normal y lo patológico*, traducción de Ricardo Potschart, México D.F., Siglo XXI, 2005.
- CANGUILHEM, G.; “Régulation”, *Encyclopedia Universalis*, t. 19, Paris, 1989.

- CASTRO, E.; *El vocabulario de Michel Foucault, Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2004.
- CASTRO-GÓMEZ, S.; *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores; Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar; Universidad Santo Tomás de Aquino, 2010.
- CHOMSKY, N., y FOUCAULT, M.; *La naturaleza humana: justicia versus poder*, traducción de Leonel Livchits, Buenos Aires, Katz editores, 2006.
- CUTRO, A.; *Technique et vie. Biopolitique et philosophie du bios dans la pensée de Michel Foucault*, Paris, L'Harmattan, 2010.
- DELEUZE, G.; *Conversaciones*, traducción de José Luis Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2006.
- DROUIN, JEAN-MARC; “De Linneo a Darwin: los viajeros naturalistas”, en SERRES, M., (ed.), *Historia de las ciencias*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1991.
- EBISSIENINE, C. G.; *La problématique de la santé et de la maladie dans la pensée biomédicale. Essai sur la normalité biologique chez Georges Canguilhem*, Paris, L'Harmattan, 2010.
- GOLDSTEIN, K.; *La Structure de l'organisme. Introduction à la biologie à partir de la pathologie humaine*, Texto augmenté de fragments inédites et traduit de l'allemand par le DR E. Buckhardt et Jean Kuntz, Paris, Gallimard, 1951.
- KLARSFELD, A., REVAH, F.; *Biología de la muerte*, traducción de Carmen Peris Caminero, Madrid, Editorial Complutense, 2002.
- LE BLANC, G.; *Canguilhem et la vie humaine*, Paris, PUF, 2010.
- LE BLANC, G.; *Canguilhem y las normas*, traducción de Elena Marengo, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.
- LE BLANC, G.; *El pensamiento Foucault*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2008.
- LECOURT, D.; *Para una crítica de la epistemología*, traducción de Marta Rotjtzam, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- LEGRAND, S.; “El marxismo olvidado de Foucault”, en LEMKE, T.; LE BLANC, G.; *Marx y Foucault*, traducción de Heber Cardoso y Elena Marengo, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2006.

- MACHEREY, P.; *De Canguilhem a Foucault: la fuerza de las normas*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2011.
- NANCY, J.-L.; *La creación del mundo o la mundialización*, traducción de P. Perera Velamazán, Barcelona, Paidós, 2003.
- NETZ, R.; *Alambre de púas. Una ecología de la modernidad*, traducción de Jaume Sastre i Juan, Buenos Aires, Eudeba, 2013.
- PALTRINIERI, L.; *L'expérience du concept. Michel Foucault entre épistémologie et histoire*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2012.
- PICHOT, A.; *Histoire de la notion de vie*, Paris, Gallimard, 1993.
- POTTE-BONNEVILLE, M.; *Michel Foucault, la inquietud de la historia*, traducción de Hilda H. García, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2007.
- REVEL, J.; *Foucault, une pensée du discontinu*, Clamecy, Mille Et Une Nuits, 2010.
- ROSE, N., *The politics of life itself. Biomedicine, power, and subjectivity in the Twenty-First Century*, Princeton, Princeton University Press, 2007.
- ROUDINESCO, É.; *Filósofos en la tormenta*, traducción de Sandra Garzonio, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- SABOT, P.; *Para leer Las palabras y las cosas de Michel Foucault*, traducción de Heber Cardoso, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- TAÏEB, E.; “Avant-propos: du biopouvoir au thanatopouvoir”, *Quaderni. La Revue de la communication*, 62, Hiver 2006-2007.
- VANDEWALLE, B.; *Michel Foucault. Savoir et pouvoir de la médecine*, Paris, L'Harmattan, 2006, p. 123.